

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

JULIO-AGOSTO DE 1920.—NÚMERO 64.

Localización de las facultades sensitivas según los antiguos

El problema de la localización de las facultades es uno de los que han preocupado más seriamente a los filósofos griegos, a los médicos árabes y a los fisiólogos, clínicos y psicólogos de nuestros días. Los filósofos escolásticos no le han dedicado especial atención; pues si bien es cierto que Alberto Magno le consagra largos capítulos, en cambio los posteriores sólo le mencionan de pasada, sin detenerse a estudiarle críticamente; bien sea porque lo creyeran definitivamente resuelto, o porque les absorbían la atención más altas especulaciones, o también, y es lo más probable, porque no eran muy dados a la experimentación fisiológica y a la disección de animales y cadáveres, que son las fuentes principales de conocimiento en esta difícil materia.

Entre los tratadistas escolásticos de los últimos tiempos hay bastantes que ni siquiera mencionan la cuestión, y los que, dándose aires de modernidad y bien informados, la tocan con más o menos detenimiento, lo hacen generalmente con tanta superficialidad y con tal desconocimiento de la materia, que revelan a las claras no sólo ignorancia de los descubrimientos de la Neurología sino también falta de estudio metódico y reposado de los antiguos escritores; pues con frecuencia ignoran sus verdaderas opiniones o atribuyen a unos los méritos que a otros corresponden.

Con la pretensión, quizá inmodesta, de poner las cosas en claro, queremos dedicar al tema algunas páginas, concretándonos por ahora a exponer las opiniones de los antiguos y dejando para más adelante el análisis de los resultados positivos logrados en los últimos decenios, que tienen singular importancia, pero que no se pueden tratar por el momento sino que es preciso esperar a que se publiquen y depuren los datos

abundantísimamente recogidos durante la última guerra, que desgraciadamente suministró material clínico copioso, de cuyo estudio empiezan a ocuparse las publicaciones técnicas.

Mientras se organizan y discuten los nuevos datos y llega la hora de ofrecer a nuestros lectores la síntesis de las verdades bien fundadas que de ellos se deduzcan, nos ha parecido que sería útil hacer una ligera reseña histórica del problema y de las diversas soluciones que en la antigüedad se le han dado, argumentos en que se fundaban, métodos de investigación que se seguían y elementos nuevos que las distintas escuelas fueron aportando.

Esta manera histórica de estudiar los problemas; este remontarse río arriba en el curso de las ideas, hasta dar con la fuente; este ir despojando las cuestiones de los elementos accesorios y parásitos que sucesivamente se les fueron yuxtaponiendo, hasta descubrir el núcleo primitivo y sencillo a cuyo alrededor se fueron agrupando en estratos sucesivos las consideraciones secundarias, nos parece de grande utilidad en todo linaje de estudios, no sólo para satisfacer la natural curiosidad de saber lo que pensaban los antepasados sino principalmente para dar a los términos del problema su verdadero significado, para juzgar rectamente de las encontradas opiniones, para interpretar sentencias y soluciones que a primera vista parecen absurdas o contradictorias, pero que reciben explicación racional cuando se las estudia en el ambiente en que fueron formuladas, y, finalmente, para discernir en justicia la parte de mérito que cada pensador ha tenido en el esclarecimiento del asunto o la culpa que le cabe por haberle embrollado o por no haber sabido aprovecharse de la labor de sus predecesores.

La división de este estudio es muy sencilla y no ha menester de explicación: expondremos primeramente cómo plantearon y resolvieron el problema de las localizaciones los médicos y filósofos griegos; indicaremos las alusiones a estas controversias que se encuentran en los Padres de la Iglesia y partidos a que se inclinaron; trataremos después de las opiniones de los médicos árabes, y, por último, nos ocuparemos de ver lo que sobre el particular pensaron Alberto Magno y Santo Tomás (1).

(1) De algunos puntos de esta cuestión se ha ocupado brevemente, pero con claridad el P. H. Noble, O. P., en una nota de la *Revue Thomiste* (marzo-abril de 1905), titulada: "Le cerveau et les facultés sensibles". El autor que mejor ha estudiado las opiniones de los antiguos sobre el sistema nervioso es J. Soury en su extensa obra *Le Système Nerveux Central*, París, 1899. Esta es la cantera de donde, manifiesta o disimuladamente, sacan material histórico la mayor parte de los neurólogos posteriores, que parecen tener a menos el consultar las obras antiguas. Nos han servido bastante sus indicaciones, y en lo que diremos de Poseidonio, cuyos escritos no hemos podido consultar, nos fiamos de Soury, si bien comprendemos que su juicio no siempre es seguro; y así, por ejemplo, trata con injustificado desdén a Alberto Magno, ■

OPINIONES DE LOS GRIEGOS.

Subiendo contra corriente en la historia de las localizaciones se llega hasta el siglo V antes de la Era Cristiana, en que *Alcmeón de Crotona* consignó las primeras indicaciones de carácter científico.

Este médico, cuyos escritos no se conservan, gozó de gran fama entre los griegos por su conocimiento de las Ciencias Naturales, lo que le valió el sobrenombre de *el Físico*; y, según algunos, fué el primero que se atrevió a hacer la disección del hombre. Pero no debió de ser muy profunda su ciencia fisiológica, pues, según dice Aristóteles, sostenía la extraña opinión de que las *cabras respiran por las orejas* (1).

No se sabe a ciencia cierta si sus ideas son originales o si son un eco de las enseñanzas de Pitágoras, de quien era discípulo (2). Pero sea de esto lo que fuere, a él se atribuye la paternidad de algunas afirmaciones peregrinas, como aquella de que el alma gira por el cuerpo como el sol por los espacios (3), y de otras más sensatas que han ejercido grande y duradera trascendencia en la fisiología de las sensaciones. Tales son las dos siguientes: *El cerebro es el principio de la sensación y del movimiento. Las sensaciones se transmiten al cerebro por unos conductos (πόροι) que parten de los órganos de los sentidos.*

Esta segunda proposición, que hoy miramos como un absurdo sobre el cual no merece la pena parar mientes, influyó hondamente en la dirección del pensamiento por espacio de largos siglos; y en Aristóteles se nota particularmente este influjo, que es preciso tener presente para interpretar sus palabras y para conciliar aparentes contradicciones que se manifiestan como evidentes e inexplicables cuando se leen sus obras con criterio moderno y pensando que daba a los vocablos el mismo significado que hoy tienen, pero que fácilmente se desvanecen, quedando claro y lógico su pensamiento, si se interpretan sus textos con exégesis racional y poniéndose en el ambiente científico en que fueron escritos.

Así, por ejemplo, Aristóteles niega terminantemente que los nervios sean sensibles y que ejerzan influencia alguna en la sensación (4); su

quien no parece haber leído, y en algunas referencias a los Padres de la Iglesia se fió demasiado de los índices de Migne, que no siempre son exactos en las citas. A todos los otros autores que citamos los hemos estudiado directamente en las fuentes.

(1) "Neque enim Alcmaeonis sententia vera est, qui dicit capras auribus spirare." (*De Hist. Animal.*, l. I, c. XI.)

(2) DIÓGENES LAERCIO: *De vitis, dogmatibus et apophthegmatibus clarorum Philosophorum*, l. 8, c. V.

(3) *Ibid.*, y ARISTÓTELES: *De Anima*, l. I, c. II.

(4) "Partium enim animalium corporum ea quae simpliciter terra constant, ut ossa, nervi, pili, nihil sentire videntur." (*De Anima*, l. 3, c. V.)

función se reduce a unir los huesos (1). Y, por otra parte, tiene que admitir que las impresiones de los órganos externos de los sentidos se transmiten por los nervios a los centros internos. Mirando las cosas ligeramente se halla contradicción entre afirmar por un lado que los nervios de los sentidos no intervienen en la sensación y decir por otro que los nervios de los sentidos transmiten las impresiones. ¿Hemos de creer que Aristóteles, el más dialéctico de los filósofos, en un asunto de importancia que trata repetidas veces, haya incurrido en tan manifiesta contradicción como un Unamuno cualquiera? ¿Habremos de pensar que a la entrada del Liceo —la casa solariega de la Lógica— debía de haber dos estatuas análogas a las tan famosas de la Porta del Popolo de Roma, las cuales, según la malicia de las gentes, están diciendo con sus gestos: *aquí se hacen las leyes y allá se observan?*

La contradicción se desvanece y el pensamiento se presenta limpio y lógico si se da a las palabras del filósofo el sentido que en su tiempo tenían y no el que ahora les damos. *Nervio*, lo mismo para Aristóteles que para muchos de los antiguos, no significaba lo que para nosotros; sino que bajo esa denominación comprendían lo que ahora llamamos *nervios, ligamentos y tendones*. Creyendo idénticos estos tres elementos, es como se explica que Aristóteles y otros muchos afirmaran que los nervios son insensibles, pues sin duda sus experiencias habían recaído sobre los tendones y de ahí generalizaron la ley. En cambio, cuando habla de los órganos de los sentidos, no hace mención de los nervios, sino de los *conductos* por donde, siguiendo las enseñanzas de Alcmeón, supone que se transmiten las sensaciones (2).

Galeno protestaba contra la confusión de nervios, ligamentos y tendones, y después de señalar las diferencias que entre ellos hay, dice: "*Sin confundere omnia volueris, quod multi post Hippocratem fecerunt, appella, si vis, nervos omnia; modo triplicem afferas differentiam, ut, sensiferos et voluntarios appelles eos qui a cerebro dorsique medulla oriuntur; copulantes, qui sensu sunt expertes, et tertio loco eos censeas, qui ex musculis in nervum desinentibus proficiscuntur*" (3). Pero, no obstante estas razonadas y claras advertencias, la confusión todavía continuó y hasta se deja sentir en el mismo Alberto Magno, quien, reconociendo y explicando la diferencia (4), llama a veces nervios a los tendones; y aun hoy es el día

(1) "Ossa namque omnia, se invicem tangentia quae coaptantur, nervis colligantur, et circa omnia ossa nervorum multitudo adest." (*De Hist. Animal.*, l. 3, c. V.) Véanse también: *De Partibus Animalium*, l. 2, c. IX, y *De Spiritu*, caps. VI y VII.

(2) "Oculorum sensorium, uti et cetera sensoria, meatibus quidem impositum est (ἐν τοῖς πόρνοις)." (*De Animal. Generat.*, l. 2, c. VI.)—*Ibid.* l. 5, c. II, y *De Juvent. et Senect.*, c. III.

(3) *De Hippocrat. et Plat. Decretis*, l. 1, c. IX. Citamos por la edición de Venecia, 1562.

(4) *De Animalibus*, l. 3, tract. 1, c. VII.

en que se advierte el efecto de esta confusión en el lenguaje del vulgo y en expresiones corrientes y consagradas por el uso. De manera que el error tiene larga historia y no han bastado para desterrarle las protestas de Galeno ni los grandes descubrimientos de la Anatomía.

El otro error de *los conductos de los sentidos* también ha tenido fortuna y corrió en Anatomía como verdad inconcusa por espacio de largos siglos, admitido por todos, incluso los que llamaban nervios a los transmisores de las sensaciones, y el mismo Galeno pasó por ello, aunque se resiste a creer que en los nervios más delgados haya semejantes canales.

Hoy nos maravillan estas afirmaciones de hombres serios y avezados a la disección; pero si se escarba un poco cerca del error, se encuentran muy pronto sus raíces. Supuesta la teoría de los espíritus animales, que eran cosa material, había que buscar canales por donde circularan y por donde llegaran a los sentidos desde el corazón o desde los ventrículos cerebrales. Por otra parte, la Embriología enseña que los nervios ópticos son huecos en los fetos. Sin duda, viendo este hecho aquellos cultivadores de la Anatomía en ciernes, creyeron que era propiedad común a todos los nervios, lo mismo en el estado embrionario que en el adulto; y como la generalización cuadraba bien con su teoría de los espíritus, no se pararon en más averiguaciones y sentaron la ley general.

¿Que semejante proceder es contrario a las leyes de la inducción, y que debieran haber sido más escrupulosos en el análisis de los hechos? No cabe duda. Pero hay que tener presente para su disculpa que las inducciones incompletas han sido siempre y son todavía el gran pecado lógico de las ciencias naturales; que en aquellos oscuros tiempos no se afinaba tanto en la observación, como se hace ahora, y que es innata la tendencia a llevar el agua a su molino y arrimar el ascua a su sardina, lo que en el terreno científico equivale a proyectar sobre los hechos las teorías preconcebidas y a interpretar la realidad según las necesidades del momento. Aquellos fisiólogos en agraz necesitaban encontrar cauces por donde llegaran los espíritus a los sentidos; les pareció verlos en los nervios, y sin detenerse en más averiguaciones, enlazaron los dos errores y los echaron a andar por el mundo, apoyando la flaqueza del uno en la debilidad del otro, al modo como suelen hacerlo los borrachos prudentes, que se enlazan en parejas a fin de que los tambaleos del uno se contrarresten con los contrarios del otro; dándose así el caso de que dos hombres o dos errores, que no pueden sostenerse a sí mismos, se apoyen mutuamente.

Aclarado este punto secundario de la teoría de Alcmeón, pasemos a la proposición principal, o sea que *el cerebro es el principio de la sensación y del movimiento*, la cual ha sido el motivo de reñidas polémicas entre los griegos y aun forma hoy el núcleo de toda la fisiología del sistema nervioso.

Ignóranse las razones en que Alcmeón apoyaba su tesis; pero esto no debe de ser obstáculo para considerar al médico de Crotona como el padre y fundador de la doctrina de las localizaciones cerebrales. Aquella su sencilla afirmación, que la ciencia posterior ha ido aclarando y modificando con peros y distingos, es el hilillo de agua cristalina que brota de la roca y que, poco a poco y después de muchas vicisitudes y rodeos, llega a convertirse en río caudaloso.

Encontrada la fuente de la teoría fundamental en el asunto que nos ocupa, no queda sino ir siguiendo su curso al través de los siglos y de las escuelas, ver los obstáculos que se le ofrecieron y los nuevos raudales de doctrinas que se le fueron juntando; algunas, limpias y depuradas; otras, cenagosas y revueltas, que enturbiaron la corriente.

Las enseñanzas de Alcmeón estuvieron muy lejos de conquistar la adhesión general; antes, por el contrario, los médicos y filósofos griegos se dividieron en dos bandos, de doctrina opuesta e irreconciliable. Entre sus defensores se cuentan Anaxágoras, Demócrito, Hipócrates, Platón, Demócrites, Herófilo, Stratón, Erasistrato y Galeno.

Contra éstos se levantaron los defensores de los fueros del corazón, los que ponían en este órgano el asiento de las facultades principales, relegando el cerebro a un lugar muy secundario. Sobresalieron en la defensa de esta doctrina Empédocles, Diógenes de Apolonia, Aristóteles, Praxágoras, Epicuro y los Estoicos; distinguiéndose estos últimos por la particular atención que al asunto consagraron; pues no sólo Zenón, el fundador de la escuela, se ocupó de él detenidamente y propuso nuevos argumentos para probar la supremacía del corazón, sino que varios de sus discípulos escribieron sendos tratados sobre localizaciones, y en particular Crysippo amontonó toda clase de pruebas, aunque sin pararse mucho a pesar su valor, cual si le preocupara más el número de las razones que su fuerza probativa.

La cuestión se planteaba en estos términos: ¿En qué parte del cuerpo reside la facultad principal (*ἡγεμονικόν*), tanto del hombre como de los animales?

Claro está que en esta contienda, como en todas, no habían de faltar espíritus radicales que negaban hasta la existencia de semejante problema, negando el supuesto en que se fundaba; pues decían que no había tal facultad ni tal órgano principal.

Partidarios de este anarquismo fisiológico y psicológico fueron el filósofo Discearco y los médicos Andrés y Asclepiades, de quienes se burla donosamente Tertuliano (1). Y es curiosa la razón en que se fundaban: decían que ni la cabeza ni el corazón pueden ser considerados como miembros principales e indispensables para la vida y funciones del

(1) *De Anima*, c. XV

animal, puesto que las moscas y las langostas siguen volando después de ser decapitadas y las cabras y las tortugas andan sin corazón (1). Pero una doctrina que se apoyaba en tan flacos fundamentos no podía resistir las sacudidas de la crítica, y así se vino muy pronto a tierra y se vió ahogada por la fuerza de los hechos y de la evidencia; y toda la discusión quedó empeñada en torno al problema de localizar las facultades sensitivas y motoras.

Para no alargarnos demasiado en disquisiciones de interés secundario y porque además no hay datos suficientes para exponer todos los matices que los diversos partidarios de las dos escuelas dieron a sus opiniones, estudiaremos sólo el modo que tuvieron de plantear y resolver el problema Aristóteles y Galeno, que pueden considerarse como los campeones de los dos bandos contendientes. El primero merece particular atención, no sólo por ser el fundador de la Escuela sino porque del análisis de sus conceptos se puede sacar no poca luz para interpretar muchos puntos de sus obras, que de otro modo aparecen oscuros; y a Galeno se debe dedicar especial estudio, porque, no obstante ser de los últimos que intervinieron en la discusión, adujo tal cantidad de hechos y sacó de ellos tanto partido, que, en realidad, logró dirimir la contienda; y además sus doctrinas influyeron notablemente en el pensamiento de los Escolásticos.

ARGUMENTOS DE ARISTÓTELES EN FAVOR DE LA SUPREMACÍA DEL CORAZÓN.

Aristóteles en este punto fué víctima de la Lógica; pues si bien es verdad que alega en favor de su opinión observaciones y experiencias, también lo es que la dirección de sus razonamientos fué dada por un principio metafísico por él muy explotado y del que en este caso se empujó en sacar consecuencias que no estaban contenidas; de tal manera, que los hechos experimentales que aporta son siempre traídos para robustecer aquel principio y para darle base objetiva.

El principio y eje de toda su teoría es que en el organismo animal, como en todo sistema de movimientos, debe de haber un primer motor, del cual dependan todos los movimientos; un órgano principal que influya primaria, directa y eficazmente en todos los otros y de donde partan todas las energías.

Supuesto este principio general, trata de averiguar por medio de la observación y de la experiencia cuál sea este órgano primario bajo cuya suprema dirección se mueven y funcionan todas las facultades sensitivas y motoras.

(1) El mismo Aristóteles dormitó en esta cuestión de las tortugas, puesto que en dos diversos pasajes de sus obras de Historia Natural se hizo eco de la patraña de que las tortugas viven largo tiempo sin corazón. Vid. *De Juvent. et Senect.*, c. II, y *De Respiratione*, c. XVII.

Para probar que este órgano es el corazón emplea multitud de argumentos que no se encuentran sistematizados en ninguna parte de sus escritos, sino que fué esparciendo por diversos lugares, según la oportunidad se los presentaba, pues parece que tuvo especial empeño en remachar el clavo, dando repetidos martillazos sobre el mismo tema. Resumiremos las principales razones que aduce, agrupándolas en dos secciones: *argumentos positivos*, con los que directamente trata de probar su tesis, y *argumentos negativos*, o sea aquellos que invoca para impugnar la supremacía del cerebro y su intervención en las sensaciones y movimientos.

ARGUMENTOS POSITIVOS: 1.º *El corazón es el primer órgano que se forma en el embrión*; luego, al menos por prioridad de tiempo, le corresponde la supremacía.

En este hecho embriológico de la formación del corazón hace el Filósofo mucho hincapié; le repite multitud de veces y con frecuencia hace constar que tiene sobre ello ciencia cierta por la disección y por el estudio de los embriones. Véanse los siguientes textos:

"Haec ex sectione animalium clariora fiunt, atque etiam ex generatione: statim enim cor, quod omnium partium primum consistit, sanguinolentum est." (DE PART. ANIMAL., l. 3, c. IV.)

"Cor animantium sanguine praeditorum primum gignitur: quod per ea constat quae fuimus speculati in iis quae dum adhuc fierent, nobis vidisse contigit." (DE JUVENT. ET SENECT., c. V.)

"Cor primum distinctum in omnibus conspicitur animalibus quae sanguinem habent... Patet hoc cum ex investigationibus circa animalia, tum ex dissectionibus." (DE ANIMAL. GENERAT., l. 2, c. IV.)

2.º Las dos premisas del segundo argumento son de un valor científico muy diverso. La una cierta, psicológicamente hablando, la formula así: *El principio del movimiento es el mismo que el de la sensación*:

"Principium sensus eadem parte oriri qua et principium motus, definitum supra alicubi est..." (DE SOMNO ET VIGILIA, c. II.)

La otra premisa, que es un absurdo anatómico y fisiológico y que le valió a Aristóteles una fuerte y merecida reprimenda de parte de Galeno, como luego veremos, está concebida en estos términos: *El corazón es el principio de todos los movimientos*:

"Hoc principium igitur in iis quae sanguinem habent, partem eam quae circum cor est, obtinet: nam quaecumque sanguinem habent, habent et cor, a quo motus sensusque principis origo pendet." (IBID.)

"Copia quoque nervorum in corde est, idque probabili ratione: hinc enim motus oriuntur, qui trahendo remitendoque efficiuntur: itaque ministerio tali et robore opus est." (DE PART. ANIMAL., l. 3, c. IV.)

3.º El corazón es el principio de todos los sentidos y de todos los movimientos; por tanto, le corresponde la supremacía:

"Quum itaque principium sensuum totiusque animalis in corde contineatur, hoc ob eam rem primum gignitur." (DE ANIMAL. GENERAT., l. 2, c. IV.)

"Principium sensuum esse cordis locum, deffinitum jam est quum de sensu ageremus." (DE PART. ANIMAL., l. 2, c. X.)

"Motum etiam rerum suavium ac molestarum, denique omnium sensuum hinc (in corde) oriri eodemque desinere manifestum; id autem ita esse rationi quoque consentaneum est: principium enim unum esse oportet, ubi fieri potest, aptissimus autem locorum medius est: medium enim unum est, et tale ut undique attingi vel eodem vel simili modo possit... Nec ratione tantum ita rem se habere constat, verum etiam sensu: nam in foetibus statim cor ante alias partes moveri cernitur, quasi animal esset, ut quod principium sit naturae eorum quae sanguinem habent." (IBID., l. 3, c. IV.)

4.º En el último texto transcrito queda indicado otro argumento más explícitamente enunciado en las siguientes palabras del mismo capítulo:

"Situs ejus (cordis) itidem sedem obtinet principalem: circiter medium enim positum est... natura enim rem nobiliorem constituere in locis nobilioribus solet, nisi quid majus impediat."

No es preciso hacer resaltar la flaqueza de esta razón, que sirvió de pretexto a Galeno para hacer un chiste, como más adelante diremos. Ya se echa de ver que a los partidarios de esta doctrina no les sobaban los buenos argumentos cuando los usan tan ruines y despreciables.

5.º El primer órgano de la sensibilidad debe de ser aquel que primero está dotado de sangre, cualidad que corresponde al corazón:

"Cor sanguinis quoque principium esse necesse est: animal enim sensu definitur, primum autem sentiendi instrumentum quod primum sanguine praeditum; tale autem cor est, quippe quod et principium sanguinis est et primum sanguinem habet." (DE PART. ANIMAL., l. 3, c. IV.)

6.º Al órgano central de la sensación deben de ir a parar los conductos de todos los sentidos. Es así que éstos se dirigen manifiestamente hacia el corazón o hacia el órgano que hace sus veces en los animales que de él carecen. Luego...

"Cui autem tangendi tributa est facultas, ex terra; cui gustandi, species quaedam tactus est, et ob id sensorium eorum, gustus inquam et tactus, haud procul a corde est." (DE SENSU ET SENSATO, c. II.)

"Duos autem, tangendi nempe et gustandi sensus eo (ad cor) aperte tendere cernimus; quare et reliquos eodem proficisci necesse est." (DE JUVENT. ET SENECT., c. III.)

"Meatus (πόροι) enim sensorium omnium, ut dixi in tractatu de sensi-

bus, tendunt ad cor, aut si corde carent, ad id quod cordi respondet (καρδίαν πρὸς τὸ ἀνσλογον) (DE ANIMAL. GENERAT., l. 5, c. II.)

Tenemos que confesar ingenuamente que, a pesar de haber leído repetidas veces las obras en que el Filósofo de Estagira nos dejó consignado su pensamiento sobre las sensaciones y sobre Anatomía humana y comparada, no hemos podido encontrar todas las raíces de este razonamiento; así que no podemos darnos cuenta de cuáles habrán sido las observaciones —desde luego mal interpretadas— en que se fundó para afirmar tan sin ambages ni titubeos que *todos los conductos* de los sentidos van a desembocar al corazón o a sus cercanías.

Respecto de los sentidos de la vista, oído y olfato, él mismo nos dice claramente cuál sea esta comunicación: los conductos, o sea los nervios huecos, de esos tres sentidos llegan hasta las meninges o envolturas cerebrales y allí, en vez de penetrar en la masa encefálica, se unen con las venas que vienen del corazón.

“Olfaciendi vero audiendique meatus qui ad aerem externum pertinent, pleni spiritus nativi, at desinant in venulas a corde ad cerebrum tendentes, oculus solus proprium corpus prae ceteris habet sensoriis... a cerebri humore secernitur pars purissima per meatus, qui ab iis (oculis) tendere ad membranam cerebri visuntur.” (DE ANIMAL. GENERAT., l. 2, c. VI.)

De manera que para estos tres sentidos el fundamento de su aserción es claro: los espíritus animales circularían entre el corazón y los órganos externos de la sensación por las venas y por los canales sensitivos que comunican con ellas en las meninges; pero ¿cuál es el camino que siguen tanto en el gusto como en el tacto? No nos lo declara; sólo nos dice que el hecho es manifiesto: *“aperte tendere cernimus”*; y no sólo esto; sino que el haber visto con toda evidencia que los conductos del tacto y del gusto van a parar al corazón es lo que le indujo, por analogía, a admitir el mismo destino par los conductos de los otros tres: *“quare et reliquos eodem proficisci necesse est”*.

7.º El principio de la sensibilidad está íntimamente relacionado con el órgano del sentido o sensorio común, ya que a éste van a parar todas las sensaciones elementales para ser allí comparadas y nuevamente elaboradas; y el tal órgano está en el corazón.

“At vero sensuum principatus in corde apud sanguinea omnia continentur: nam in corde omnium sensoriorum commune sensorium esse necesse est. Duos autem, tangendi nempe et gustandi sensus, eo aperte tendere cernimus; quare et reliquios eodem proficisci necesse est: in hoc enim cetera sensoria motum facere possunt; haec autem nequaquam ad locum superiorem tendunt.” (DE JUVENT. ET SENECT., c. III.)

8.º El principio de la sensibilidad tiene que estar donde el principio de la vida, o sea en el corazón:

"Praeterea si vita hac in parte (in corde) omnibus collocata sit, esse necesse ut sentiendi quoque principium in ea ipsa sedem habeat, perspicuum est: quo enim corpus animal est, eo etiam vivere; quo vero sensitivum, eo esse animal dicimus." (IBID.)

ARGUMENTOS INDIRECTOS: 1.º El cerebro no puede ser principio de la sensibilidad, porque él es insensible:

"Nec sensus ullius causam cerebrum obtinet, quippe quod ipsum sensus expers non aliter quam quodvis excrementum est." (DE PART. ANIMAL., 1. 2, c. X.)

"Non sentit autem sanguis tactus ullo in animali, quemadmodum neque excrementa alvi; quin neque cerebrum neque medulla." (DE ANIMAL. HIST., 1. 3, c. XIX.)

2.º Sólo pueden sentir los órganos y partes del animal que tienen sangre:

"Sentire autem partes tantummodo possunt quae sanguinem obtinent." (DE PART. ANIMAL., 1. 2, c. X.)

Es así que en el cerebro no se encuentra ni una gota de sangre. Luego no puede sentir:

"Ipsum vero cerebrum omnibus sanguinis expers est, ac neque partem neque magnam venam recipit." (DE ANIMAL. HIST., 1. 3, c. III.)

"Cerebri autem frigiditas et tactu percipi potest, et praeterea eo quod omnium maxime humorum corporis sanguine caret, quippe quod ne tantillum quidem sanguinis intra se continet, atque squalidissimum est." (DE PART. ANIMAL., 1. 2, c. VII.)

3.º Si el cerebro fuera órgano de la sensibilidad estaría en comunicación con los órganos de los sentidos, y esto se ve manifiestamente que no sucede:

"Itaque nullam id (cerebrum) cum partibus quae vim obtinent sentiendi, continuitatem habere, cum intuitu patet, tum vel maxime inde constat, quod cum tangitur, nullum efficit sensum, quemadmodum ne sanguis quidem neque excrementum animalium." (IBID.)

No hay para qué decir que el valor de estas pruebas es muy vario y que algunas nos hacen sonreír compasivamente, pensando en los escasos e imperfectos medios de investigación de que los antiguos disponían; de la misma manera que dentro de unos siglos se compadecerán de nosotros los que de estas materias se ocupen y rechazarán como infantil lo que hoy nos parece científico y concluyente.

Lejos de nuestro ánimo el censurar a Aristóteles, cuya ciencia y talento extraordinario admiramos, por estos y otros errores de observación y de interpretación que demuestran que aquel hombre genial, nacido para

organizar sistemas, para concebir síntesis maravillosas, para cernerse en las altas regiones de la Metafísica, se enredaba en las menudencias de las ciencias experimentales y no sabía andar con paso ágil y firme por los estrechos senderos de la observación anatómica. No es, pues, de extrañar que en este terreno le venciera y arrebatara la palma el espíritu sagaz, minucioso y analítico de Galeno.

En la cuestión de la fisiología del cerebro y de todo el sistema nervioso Aristóteles erró de medio a medio, y por las someras descripciones que nos dejó, y por los errores antes copiados, y por otros que sería fácil amontonar, como, por ejemplo, que en el cerebro no hay más que un pequeño ventrículo (1), que los etíopes tienen el cerebro seco (2), etc., se echa bien de ver que no tenía conocimiento directo de la anatomía cerebral y que había tomado como testimonios de buena ley las patrañas del vulgo o las enseñanzas de algún médico indocumentado. Y no sólo en la descripción del cerebro, sino hasta en la misma del cráneo yerra lastimosamente y en cosa tan sencilla y tan fácil de observar como son las *suturas*; pues nos dice muy en serio que *el cráneo de la mujer se diferencia del del hombre en que solamente tiene una sutura circular* (3).

Pero no obstante que algunos de los argumentos de Aristóteles nos parecen infantiles y su fisiología muy rudimentaria y primitiva, todavía sus razonamientos para probar que el corazón es el órgano principal tienen un carácter mucho más científico y serio que los empleados por los Estoicos para demostrar la misma tesis. Zenón, por ejemplo, aduce el siguiente argumento, ponderado como original y muy demostrativo por su discípulo Diógenes el Babilónico y largamente comentado por Crysippo: "La voz es la expresión del pensamiento; es así que la voz procede del corazón; luego en el corazón y no en el cerebro está la facultad de pensar, o sea la principal (4)."

Y todavía más ridículas son las razones que alega Crysippo; el cual, además de citar en su favor la autoridad de Homero, Hesíodo, Eurípides y Tirteo, discurre del modo siguiente: "Cuando pronunciamos la palabra *ego*, que es la expresión de nuestra personalidad, al articular la *e*, el labio inferior se dirige hacia el pecho; lo cual indica que allí está lo principal de nuestro ser; y esto se confirma por el gesto de tocar el pecho con la mano cuando nos nombramos a nosotros mismos" (5).

(Continuará.)

FR. M. BARBADO, O. P.

Roma, Colegio Angélico.

(1) *De Animal. Hist.*, l. 1, c. XVI.

(2) *De Animal. Generat.*, l. 5, c. III.

(3) *De Animal. Hist.*, l. 1, c. VII.

(4) Vid. Galeno: *De Hippocratis et Platonis Decretis*, §. 2, caps. V y VI.

(5) Galeno: *Ibid.*, c. II.

Respuesta a algunas observaciones sobre el progreso dogmático

Quitadas las verdades de evidencia inmediata, que por desgracia son tan pocas, todas las otras verdades ofrecen siempre ante la inteligencia humana dos caras: una luminosa y otra oscura. En la cara luminosa se fundan las pruebas: la cara oscura da lugar a las objeciones. Por eso nunca queda una cuestión plenamente tratada, ni la inteligencia completamente satisfecha si no se da solución satisfactoria a las objeciones, después de establecidas las pruebas.

Vamos, pues, a contestar brevemente a algunas nuevas objeciones u observaciones que se nos hacen respecto al desarrollo dogmático por vía de conclusión teológica. Las copiaremos literalmente, como de costumbre; pero tomándonos la libertad de subrayar algunas palabras o frases, cuando lo creamos conveniente para llamar hacia ellas la atención del lector.

Observación primera.—“Entiendo yo por dogma de fe toda verdad *formal o inmediatamente* revelada por Dios en la Escritura o Tradición divinas, y propuesta como tal por la Iglesia a todos los fieles.”

Respuesta.—Si nuestro objetante comienza por no tener como dogma de fe, o como definible de fe, sino lo *formal o inmediatamente* revelado, entonces da por supuesto lo mismo que se disputa y lo que precisamente deberíamos probar.

Para que una cosa pueda ser definida como de fe divina, la Iglesia nunca ha exigido que sea *formal o inmediatamente* revelada, sino simplemente el que sea *revelada*. Oigamos al Concilio Vaticano: “Porro fide divina et catholica ea omnia credenda sunt, quae in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia, sive solemnii iudicio sive ordinario et universali magisterio, tamquam divinitus *revelata* credenda proponuntur.” (Concilium Vaticanum, *Constitutio de Fide Catholica*, cap. III.) Como se ve, ni una palabra sobre que sea *formal o inmediatamente* revelada, sino sola y simplemente el que sea *revelada*.

Si de lo que enseña la Iglesia pasamos a lo que enseña la Teología tradicional, encontraremos que, exceptuado solamente Molina, *todos* los grandes teólogos anteriores a Suárez, Suárez mismo y Lugo, y multitud de teólogos posteriores a Lugo y Suárez, enseñan que, para poder una cosa ser definida como dogma de fe por la Iglesia, basta que sea *mediata* o *virtualmente* revelada. Contentémonos por ahora con citar el siguiente texto de Suárez que resume perfectamente la tradición teológica. Dice así: “*Dicendum est tertio, conclusionem theologicam, quae prius tantum virtute continebatur in rebus revelatis, postquam per Ecclesiam definitur, esse propriissime et formaliter de fide... Haec assertis videtur mihi certa, et haberi ex communi consensu theologorum... Neque in hoc invenio theologum contradicentem.*” (Suárez, *de Fide*, disput. III, sect. XI, núm. 11.)

Es libre nuestro objetante en *opinar* lo contrario de eso que Suárez llama, y con razón, doctrina *cierta* y opinión *común* de los teólogos. Pero no cometa el error de tomar su propia opinión como punto de partida, ni mucho menos el de hacerla entrar como elemento necesario en la definición misma del dogma, aunque así lo hagan ciertos compendios de Teología, aun tomistas. En las definiciones de conceptos teológicos, como es el concepto de *dogma*, no deben entrar más elementos que aquellos que enseña la Iglesia, o que son únicamente admitidos por los teólogos: jamás aquellos que son disputables, y mucho menos los que van contra la opinión común entre los grandes maestros de la Teología.

Observación segunda.—“Asimismo entiendo por conclusión teológica, estricta y propiamente dicha, toda verdad *virtual* o *mediatamente* revelada, esto es, todo lo que se deduce del depósito revelado como “*effectus ex causa*” o como “*proprietas ex essentia*”. Esta es, creo, la definición que dan los salmanticenses y Billuart.”

Respuesta.—Esa definición de la conclusión teológica está bien dada, y es la definición tradicional. Pero no está la divergencia o el defecto en la definición sino en la manera de entenderla. Los Salmanticenses, a quienes Billuart no hace sino compendiar, entendieron el virtual revelado o conclusión teológica a la manera de Suárez y Lugo, y *así entendido*, hicieron muy bien y fueron muy lógicos en negar su definibilidad de fe.

En efecto, de la causa al efecto, o de la esencia a la propiedad, se puede raciocinar o pasar por dos vías radicalmente diferentes, a saber: a), por vía de conexión *metafísicoesencial*, que es conexión de consistencia absoluta, y que ni Dios mismo puede hacerla fallar; b), por vía de conexión *natural* o puramente física, que es conexión de consistencia relativamente endeble, pues Dios puede hacerla fallar siempre que le plazca.

Todo el sentido, pues, de esa definición clásica depende de cómo se toman la causa o esencia, y de cómo el efecto o la propiedad, cuando se trata de pasar por raciocinio de un extremo a otro.

Si para deducir como conclusión un efecto *actual* se toma como principio o como mayor la causa en sentido puramente *natural* o físico, esto es, la llamada causa *real* o *in essendo*, v. gr.: “es fuego, luego quema *de hecho*”, tal conclusión no es conclusión *teológica*, que exige certeza absoluta, sino conclusión *física* y falible. De la misma manera, si para deducir como conclusión una propiedad *actual* se toma como principio o mayor, no la esencia *íntegra* o *perfecta*, sino la esencia *pura* o a secas, entre la cual y las propiedades actuales no existe sino *conexión natural*, v. gr., “es *hombre*, luego es *actualmente* risible”, tal conclusión no es ni puede ser conclusión *teológica* sino conclusión *física*.

Pues bien, léanse con atención los Salmanticenses y Billuart (1) y se verá que eso es lo que entienden, con Suárez y Lugo, por conclusión *teológica* o revelado virtual, aunque algunas veces mezclen algunos conceptos procedentes de la idea tradicional tomista. Eso mismo sucede a bastantes compendios modernos.

Al negar, pues, tales autores que la conclusión *teológica* o revelado virtual sea definible de fe divina, en realidad niegan solamente la definibilidad de una cosa que no es verdadera conclusión *teológica* ni verdadero revelado virtual. En cambio, al afirmar que lo revelado formal-confuso es definible de fe divina, afirman la definibilidad de la verdadera Teología, pues han metido en ese formal-confuso, sin darse cuenta de ello, toda la verdadera y propia y única Teología, la cual no existe sin *conexión esencial* o absoluta, u objetivamente *infallable*, entre el principio o mayor y la conclusión.

Observación tercera.—“Los Salmanticenses, en el número 124 de la disputación primera de *Fide*, citan a Santo Tomás y a un gran coro de tomistas antiguos en contra de la definibilidad de fe divina del virtual revelado o conclusión *teológica*.”

Respuesta.—Distinga nuestro objetante dos cuestiones que deben distinguirse siempre en esta materia. La primera es “si lo revelado virtual o conclusiones *teológicas* son de *fide per se*, esto es, prescindiendo

(1) Respondetur negando majorem intellectam de causa *naturali*, sive *in esso* et apparere, de qua loquuti sumus in nostra tertia conclusione (Salmanticenses, de fide, disput. 1.^a, núm. 132).—Porro conclusio potest *virtualiter* contineri is praemissis dupliciter: Primo (y a ésta es a la que llama Billuart conclusión *teológica* propiamente dicha) ratione *conexionis naturalis*, hoc est, ut proprietates in essentia vel ut effectus in causa: ut si dicas “omnis homo est risibilis: atqui Christus est homo: ergo Christus est risibilis”: haec conclusio continetur in praemissis tamquam proprietates in essentia seu ratione *conexionis naturalis* (Billuart, *De Sacra theologia*, dissert. proaem., art. 7). Como se ve, los salmanticenses y Billuart hablan de la causa *natural* o de la *conexión natural o física* entre la causa y el efecto o entre la esencia y la propiedad.

de la definición de la Iglesia". Esta es la verdadera cuestión que tratan los Salmanticenses en dicho número 124 hasta el 127. A esta primera cuestión los Salmanticenses responden, y muy bien, *negative*; y citan, y muy bien citados, a Santo Tomás y a ese gran coro de tomistas de que nos habla nuestro objetante. A cuanto los Salmanticenses dicen en esos números suscribimos nosotros contra Vega y Vázquez y suscribirá todo tomista.

La segunda cuestión es "si la conclusión teológica o virtual revelada son definibles de fe divina por la Iglesia o, lo que es lo mismo, si son formalmente de fe divina *después* de definidas". Esta cuestión no la tocan para nada los Salmanticenses hasta el núm. 143 y siguientes, con motivo de una objeción. A esta segunda cuestión los Salmanticenses responden también, es verdad, *negative*; porque, por haber tomado el virtual y la conclusión en el mismo sentido que Suárez y Lugo, así tenían que responder. Pero en esta segunda cuestión, los Salmanticenses no citan, ni nadie citará, un solo texto de Santo Tomás ni de ningún célebre tomista anterior a la confusión suareciana *en contra* de la definibilidad de fe de la verdadera conclusión teológica. En cambio se pueden citar *en favor* de esa definibilidad textos de todos ellos.

Observación cuarta.—"No puede ser de fe lo que no se conoce por revelación divina sino por razón. Ahora bien, la conclusión teológica se conoce por razón, no por revelación."

Respuesta.—¿Que la conclusión teológica no se conoce por *revelación*? Eso nunca debiera decirlo un tomista. El *medio formal* por el que se conoce toda verdadera conclusión teológica es la revelación divina; aunque el *instrumento*, y nada más que instrumento, que necesita *nuestra* teología, por la debilidad de nuestra inteligencia, es el *raciocinio* o *menor*. Oiga nuestro objetante lo que Santo Tomás consignó al frente de su *Suma teológica*, en su cuestión *primera*, y cómo lo comentaron los dos comentaristas príncipes:

"Cognoscuntur lumine divinae revelationis" (*Divus Thomas*, art. 1, ad 2), "Sunt divino lumine cognoscibilia" (*ibidem*, art. 4). "Propria huius scientiae cognitio est per *revelationem*" (*ibidem*, art. 6 ad 2). "*Ratio sciendi in theologia est lumen divinae revelationis* (*Capreolo*, prologus in I Sentent., q. 4). "*Medium divino lumine fulgens scibile theologicum constituit*" (*Cajetano*, in I partem, q. 1, art. 2). "*Lumen divinum revelans est ratio sub qua theologiae nostrae* (*Cajetano*, *ibidem*).

Tanto, pues, la fe divina como la sagrada Teología tienen por objeto lo *verdaderamente revelado*. Sin más diferencia que la de que lo verdaderamente revelado, pero revelado *en sí*, se conoce sin el instrumento o *medio* del raciocinio, por simple autoridad divina, y por eso se llama revelado *sin medio* o *inmediato*. En cambio, lo verdaderamente revelado,

pero revelado *en otro*, no podemos *nosotros* conocerlo sino con el instrumento o *medio* del raciocinio, y por eso lo llamamos revelado *mediato*. La diferencia, como se ve, no es de revelación y no revelación sino de dos *modos* diferentes de verdadera revelación, o de dos medios distintos de conocer lo verdaderamente revelado.

Observación quinta.—“Como usted nos ha dicho tantas veces, el objeto *formal* o *específico* de la fe divina es lo revelado *inmediato*; y el objeto *formal* o *específico* de la Teología es lo revelado *mediato*. Ahora bien; los objetos formales o específicos de las ciencias o hábitos son incambiables, como lo son las *especies*, a no ser que admitamos el *transformismo* en el dogma, como quieren los modernistas. La Iglesia no puede convertir lo revelado *mediato* en revelado *inmediato*. Eso ni Dios mismo puede hacerlo, como dicen muy bien los Salmanticenses. Usted se ocupó de esa dificultad en un artículo, pero no contestó a ella directamente sino con “circunloquios”, como creo que se lo advirtió el padre Matías en su *Boletín Teológico*.”

Respuesta.—Ahí va nuestra contestación directa y sin “circunloquios”, pues se trata de una cosa clarísima para todo el que haya penetrado la doctrina tomista sobre la verdadera naturaleza de la sagrada Teología, que es el usar siempre de procedimiento *inclusivo*.

Lo conocido por *raciocinio* se llama *mediato*, lo conocido por simple *autoridad* se llama *inmediato*. Pero todo tomista sabe que si el raciocinio es *inclusivo*, como es el de las ciencias matemáticas, metafísicas y teológicas, lo que llamamos *mediato* es solamente *mediato quoad nos*, pero es *inmediato quoad se*. Oigamos a Santo Tomás: “Quaelibet propositio cujus prædicatum est in ratione subjecti est immediate et per se nota quantum es de se” (D. Thomas, in *Poster. Analyt.*, lib. I, lect. 4.º) “Ex hoc enim aliqua propositio est per se nota quod prædicatum includitur in ratione subjecti” (*Summa theologica*, p. I, q. 2, a 1).

Tratándose, pues, de conclusiones *inclusivas*, como lo son todas las verdaderamente teológicas, eso que tanto asusta a nuestro objetante de que “la Iglesia convertiría lo *mediato* en *inmediato*”, se reduce a esta otra cosa bien sencilla: “la Iglesia convertiría lo *inmediato in se* en *inmediato quoad nos*”, lo cual nadie negará que puede hacerlo la Iglesia. Y eso es lo único que la Iglesia hace al definir como dogmas de fe las *consecuencias* teológicas, o mejor dicho, los *consequentes* teológicos.

Otra cosa sería si se tratase del *mediato* o virtual *no inclusivo*, entendido a la manera de Suárez y Lugo, en que en la menor no está el predicado incluido realmente en el sujeto, ni, por tanto, la conclusión realmente incluida en la mayor revelada. Entonces, ni Dios mismo puede hacer pasar ese *mediato* a *inmediato*, a no ser por una nueva revelación. Por eso, para defender la definibilidad de tal *mediato*, fué ló-

gico Suárez en acudir a nuevas revelaciones. Por eso también los Salmanticenses que sabían que no caben nuevas revelaciones después de los Apóstoles, fueron lógicos en negar la definibilidad de tal mediato.

Lo que añade nuestro objetante sobre que las especies de objetos específicos son incambiables, es verdad; pero solamente en el caso en que no se cambie de medio de conocimiento. Si se cambia el medio de conocimiento, lo mismo que pertenecía a un hábito, pasa *ipso facto* a pertenecer también a otro, porque lo formal o específico en los hábitos *cognoscitivos* (y hábitos *cognoscitivos* son la Teología y la fe), no es la *materia* o realidad de lo conocido sino el *medio de conocimiento*. "Quilibet cognoscitivus habitus, formaliter quidem respicit medium per quod aliquid cognoscitur; materialiter vero id quod per medium cognoscitur. (D. Thomas, 2.^a 2.^o, q. 9, art. 3, ad. 3). Species cujuslibet rei praecipue attenditur secundum rationem formalem ipsius, non autem secundum materiam vel subjectum" (ibidem, q. 99, art. 2).

Ahora bien: con la definición dogmática de una conclusión teológica por la Iglesia cambia para nosotros el *medio de conocer* esa conclusión. Antes de la definición, la conocíamos solamente por *revelación con raciocinio*, medio formal de la Teología. Después de la definición la conocemos ya por *revelación sin raciocinio*, esto es, por *revelación explicada y propuesta por la Iglesia*, medio formal de la fe divina.

Hay cambio de medios de conocimiento, y por tanto, cambio de hábitos y de asentimientos. Pero no hay para nada cambio de materia o de realidad objetiva; nada, por tanto, de transformismos ni modernismos.

En resumen, la Iglesia no convierte ni puede convertir lo mediato *no inclusivo* en inmediato; pero sí puede convertir y convierte lo mediato *inclusivo* en inmediato, lo cual no es más que convertir lo *inmediato quoad se* en *inmediato quoad nos*.

Creemos que con esto podrá quizá nuestro objetante acusarnos de repeticiones, innecesarias para su clara inteligencia; pero no de que no le hemos contestado bien categóricamente y sin "circunloquios".

Observación sexta.—Nada es ni puede ser de fe divina, si no es *dicho por Dios*. Yo no creo que las conclusiones teológicas sean lo que Dios dijo sino más bien lo que *nosotros deducimos* de lo dicho por Dios. Son deducciones *nuestras*, no dichos divinos.

Respuesta.—Es evidente que nada puede ser de fe divina si no es verdaderamente dicho por Dios; pero es falso, en la doctrina de Santo Tomás y de la Teología tradicional, que Dios haya dicho solamente los principios y de ninguna manera las conclusiones. Oigamos a Santo Tomás: "Qui dicit unum, dicit quodammodo multa; et haec sunt quae praecedunt articulum et consequuntur ad ipsum, et quantum ad hoc potest ex-

plicari et dividi articulum *fidei* (D. Thomas, III, Sent., dist. 25, q. II, a 1, sol. 3).

Si en ese texto usa Santo Tomás, con su precisión habitual, la palabra *quoddammodo*, es porque hay dos verdaderos *modos* de decir o de dichos: a), *decir* algo, *explicándolo* plenamente; b), *decir* algo, pero *sin explicarlo* plenamente. Hay, por tanto, dos clases de dichos de Dios: *dichos* plenamente *explicados*, *dichos sin explicar*. Los primeros son, según Santo Tomás, los artículos o mayores de fe; los segundos, las conclusiones teológicas: Oigamos de nuevo a Santo Tomás: *Explicare* articulos *fidei* contingit dupliciter... *Alio modo* quantum ad ea quae in ipsis articulis continentur *implicite*, quod quidem contingit dum homo scit *ea quae articulis consequuntur* (III Sent., dist. 25, q. II, art. 1, solut. 3). Quia quaedam sunt quae in *fide* Ecclesiae continentur sicut *conclusiones* in principiis (IV Sent., dist. 13, q. II, art. 1, ad. 6).

Así, pues, la Verdad Primera o Dios terminó de decir o de revelar con el último de los Apóstoles: pero no ha terminado ni terminará de *explicar* lo dicho o revelado. Toda definición de la Iglesia no es otra cosa que explicación que Dios da de lo que ya con los Apóstoles había dicho. Por eso el cardenal Cayetano llama gráficamente a la Iglesia “ministra *fidei*... qua Veritas Prima proponit et *explicat seipsam* et alia credenda (in 2.^a 2.^{ae}, q. I, art. 1.^o, y q. V, art. 3.^o).

Tanto, pues, el teólogo con sus conclusiones sin definir, como la Iglesia definiendo esas conclusiones, no nos dan más que la *explicación* de lo dicho por Dios.

La diferencia está en que aunque las conclusiones teológicas, si son *inclusivas*, sean verdaderamente *lo dicho por Dios*, por estar *incluidas* en lo que Dios dijo, no son, sin embargo, mientras la Iglesia no las define, sino lo dicho por Dios *explicado por el hombre*. En cambio, esas mismas conclusiones, después de definidas, son ya lo dicho por Dios *explicado por Dios*, aunque para esa explicación use Dios del ministerio de la Iglesia.

Por eso el teólogo, por sabio y santo que él sea, por clara que sea su deducción o conclusión, no puede decir más que *visum est mihi*. En cambio, la Iglesia en toda definición infalible —y la infalibilidad se extiende a las conclusiones teológicas y no solamente a los principios— puede decir y dice sin metáfora alguna: *Visum est Spiritui Sancto*.

Observación séptima.—Con los Apóstolos quedó completo y cerrado el depósito revelado. Esta es doctrina común de los teólogos, que ha sido ya consagrada por la Iglesia en la proposición vigésimoprimer del *Syllabus* antimodernista de Pío X.

Respuesta.—Con los Apóstoles quedó cerrado y completo el depósito en cuanto a la *Revelación*; pero no cerrado ni completo, sino abierto y *complendus* por el magisterio divino de la Iglesia, en cuanto a la *ex-*

plicación de las verdades ya reveladas. Esa explicación dogmática o divina de la Iglesia se extiende, como ya hemos visto por Santo Tomás, no solamente a los principios del depósito, sino también a las conclusiones (ea quae ex articulis consequuntur), sin dejar por eso de ser explicación de lo revelado: *explicatio fidei*.

No confunda, pues, nuestro objetante estas dos proposiciones que son radicalmente distintas: primera, con los Apóstoles quedó cerrada y completa la *Revelación* católica: segunda, con los Apóstoles quedó cerrada y completa la *explicación divina* de la Revelación católica. La primera proposición es verdadera, y es la enseñada por el consentimiento unánime de los teólogos, y consagrada por el *Syllabus* de Pío X. La segunda es falsa.

Observación octava.—Después, por tanto, de los Apóstoles, no cabe ya en la Iglesia progreso alguno objetivo, sino puramente subjetivo.

Respuesta.—Nuestro objetante nombra solamente dos géneros de progreso, y salta tan tranquilo del progreso objetivo al *puramente* subjetivo, como si no hubiese un tercer género de progreso: el subjetivo-objetivo u objetivo-subjetivo.

No hay verdadero progreso sin algo *nuevo*: y nada es nuevo sino en la medida que es *distinto* de lo antiguo. Como hay *tres* géneros de distinción, y no solamente dos, así hay tres géneros diferentes de progreso.

Hay distinción de *nombres* o *fórmulas* dentro de un mismo concepto; hay distinción de *conceptos* dentro de la misma realidad: hay distinción de *realidades*. La primera se llama distinción puramente lógica, o de razón racionante, o *puramente subjetiva*. La segunda se llama distinción *virtual*, o de razón racionada, o *subjetivo-objetiva*. La tercera se llama distinción *real* o *puramente objetiva*.

Hay, pues, tres géneros de progreso: a), progreso de puros nombres o de puras fórmulas o de conceptos puramente lógicos, y se llama y es progreso *puramente subjetivo*; b), progreso de conceptos objetivos o aspectos diversos de un mismo objeto o realidad, y se llama y es progreso subjetivo-objetivo u objetivo-subjetivo; c), progreso de realidad a realidad distinta, y se llama y es progreso puramente objetivo.

Después de los Apóstoles no cabe en el dogma progreso *puramente objetivo*, pues eso sería transformismo. Cabe, pero no basta, el progreso *puramente subjetivo*, pues eso se reduciría, o poco menos, a progreso de puro nombre, a casi puros formulismos. Cabe, en fin, y se requiere, y basta el progreso *subjetivo-objetivo* u *objetivo-subjetivo*, que es el que enseña Santo Tomás, y el único en que hallan explicación satisfactoria los hechos evidentes de la historia de los dogmas. Tal es, a juicio nuestro, y salva siempre la sumisión a la Iglesia en materias tan delicadas, el verdadero progreso dogmático. Progreso análogo al de todo principio o

idea fecunda depositada en inteligencias vivientes: análogo al progreso homogéneo de las ciencias superiores de procedimiento inclusivo.

En rigor, pues, tanto los que llaman objetivo al progreso dogmático como los que lo llaman subjetivo, tienen razón, pues participa de ambos. No creemos, sin embargo, que sea prudente el emplear el nombre de *objetivo* a secas; pues por ese nombre, si no se añade nada, suele comúnmente entenderse el progreso puramente objetivo o *quoad substantiam*. Y tal progreso no existe en el dogma.

Con esto queda también resuelta la dificultad que muchos proponen contra el progreso del dogma, y que se reduce a lo mismo. Suelen argüir así: "El objeto formal de la fe divina es la *Revelación*, es así que después de los Apóstoles no crece ni puede crecer la *Revelación*: luego no crece ni puede crecer el *dogma*." Cuando debieran argüir de esta otra manera: "El objeto formal de la fe es lo *revelado* o la *explicación* divina de lo revelado: es así que puede crecer y crece la *explicación* divina de lo revelado: luego puede crecer y crece el dogma.

Observación novena.—Para que haya conclusión teológica, estricta o propiamente dicha, convengo en que no hace falta que la conclusión exprese una realidad nueva; pero sí hace falta, como usted mismo confiesa, que exprese un *concepto nuevo*, y no solamente una nueva fórmula.

Ahora bien; lo mismo da concepto nuevo que *sentido nuevo*, o que *dogma nuevo*. Luego si la Iglesia nos diese como de fe divina alguna conclusión teológica propiamente dicha, tendríamos *nuevos dogmas*. Eso es inadmisibile. La Iglesia no puede darnos nuevos dogmas, aunque sí pueda darnos y nos dé nuevas fórmulas de los mismos y antiguos dogmas.

Respuesta.—Hay tres clases de *conceptos nuevos*. Primera, conceptos nuevos, pero que no son *completamente* nuevos, puesto que se deducen o salen de los antiguos, y por eso se llaman conceptos *derivados* o *conformes*. Segunda, conceptos que no solamente son nuevos, sino que son *completamente nuevos*, puesto que no salen de los antiguos, aunque tampoco son incompatibles con ellos, y se llaman conceptos *diversos*. Tercera, conceptos que no solamente son *completamente nuevos*, puesto que no salen de los antiguos, sino que además son incompatibles con ellos, y por eso se llaman conceptos *contrarios* u *opuestos*.

Tenemos, pues, tres géneros de conceptos nuevos: a), derivados o conformes; b), diversos; c), contrarios u opuestos.

Ejemplo de los primeros, la inmutabilidad absoluta y la eternidad, o la espiritualidad y la inmutabilidad, o la inmaterialidad y la cognoscibilidad. Ejemplo de los segundos, los conceptos de ciencia y virtud, o de cantidad y de cualidad, o de color y de sabor. Ejemplo de los terceros,

los conceptos de espiritual y material, de increado y contingente, de blanco y negro.

Los conceptos derivados o conformes salen unos de otros por raciocinio inclusivo: los conceptos diversos u opuestos no salen ni pueden salir unos de otros, pues no puede salir lo que no está dentro (1).

Cuando se adquiere algo *nuevo*, pero que no sale de dentro de lo que ya se poseía, se llama en la doctrina tomista *nuevo quoad substantiam*: cuando se adquiere algo nuevo, pero que sale por completo de *dentro* de lo que ya se poseía, se llama *nuevo quoad explicationem*.

Los conceptos, pues, *diversos* o *contrarios* son nuevos no solamente *quoad explicationem* sino también *quoad substantiam*: los conceptos derivados son nuevos *quoad explicationem*, pero no *quoad substantiam*.

Con esto es fácil percibir claramente dónde está el flaco de la objeción.

Cuando, pues, nuestro ilustre amigo con tantos autores modernos objeta que, si la Iglesia pudiese definir como de fe las conclusiones teológicas inclusivas, entonces tendríamos conceptos nuevos, sentidos nuevos, dogmas nuevos; basta una simple distinción en cualquiera de las tres formas siguientes:

Primera distinción: nuevos, esto es, completamente nuevos. *Nego*: nuevos, pero no completamente nuevos. *Concedo*.

Segunda distinción: nuevos, esto es, contrarios o diversos. *Nego*: nuevos, pero no contrarios ni diversos sino derivados por completo de los antiguos. *Concedo*.

Tercera distinción: nuevos, esto es, nuevos *quoad substantiam*. *Nego*: nuevos, esto es, nuevos *quoad explicationem*. *Concedo*. Estas tres formas de distinguir expresan exactamente lo mismo.

Cuando de un árbol antiguo brota una rama nueva, la rama es nueva, pero no completamente nueva ni nueva *quoad substantiam*; porque esa rama sale de la misma substancia o savia que ya poseía el árbol. La analogía del árbol con el depósito revelado no es completa, porque en el

(1) Todo esto lo habían condensado Santo Tomás y San Buenaventura en muy pocas palabras. Lo que hoy discutimos sobre si caben dogmas *nuevos*, los escolásticos lo discutían bajo la rúbrica de si cabe *añadir* (apponere) algo al depósito revelado. Oigase la objeción y la contestación: "Contra, dicitur Apocalipsis, cap. ultimo, 18: *Si quis Apposuerit ad haec, apponet Deus super illum plagas*.—Respondeo. Est apponere duplex: vel aliquid quod est *contrarium* vel *diversum* et hoc est erroneum vel praesumptuosum: vel quod continetur *implicite*, *exponendo*, et hoc est laudibile (D. Thomas, in I sent., Divisio textus prologi cum ejus expositione).—Est *additio* in qua additum est *contrarium*: et est in qua additum est *diversum*: et est in qua est *consonum*. Prima additio est *erroris*: secunda *praesumptionis*: tertia *fidelis* instructionis quia quod *implicitum* est, *explicat*." (San Buenaventura, I Sentent., Expositio in prologum.)

Ya hemos visto qué entiende Santo Tomás por *exponer lo implícito*. "Quando aliqua multa virtute continentur in uno, dicuntur *esse* in illis *implicite*, sicut conclusiones in principiis (D. Thomas, De Veritate, quaest. 14 De fide, art. 11).

árbol la savia se forma con elementos que vienen de fuera. Si la savia del árbol se formase exclusivamente de la substancia misma del árbol, sin absorber elemento alguno extraño, entonces la analogía sería más perfecta. Así son los dogmas nuevos o derivados. Ramas nuevas del árbol del depósito revelado.

Observación décima.—De lo contrario, había que decir que la Iglesia perfecciona el depósito revelado, contra lo que expresamente enseña el Concilio Vaticano.

Respuesta.—El Concilio Vaticano no enseña que la Iglesia no pueda perfeccionar el depósito revelado, sino que no puede perfeccionarlo *a la manera* de un sistema filosófico, fruto de invenciones humanas (1).

Como ya dijimos en otra parte, el desarrollo de todo sistema filosófico o humano lleva consigo tres cosas: a), *sustracción* o expulsión de todo dato, por antiguo que sea, que la razón o experiencia muestren que era falso; b), *adición* de todo dato nuevo, que la experiencia o la razón demostrasen que es verdadero, y aunque no estuviese incluido en el dato primitivo; c), *modificación* de sentido en el dato primitivo, cuando la razón o la experiencia muestren que el antiguo sentido era inexacto. Así se desarrollan todos los sistemas humanos, todas las instituciones que son fruto del hombre o de la naturaleza: *quitando, añadiendo, modificando* sin cesar.

En el desarrollo del depósito revelado, que no es fruto del hombre o de la naturaleza, sino de Dios y de Dios sobrenatural, ni la Iglesia ni la verdadera Teología pueden hacer ni hacen ninguna de esas tres cosas. En el proceso de desarrollo por menores de razón *inclusivas*, nada antiguo se *quita*, nada extraño se *añade*, nada se *modifica*. Las menores inclusivas no tienen por objeto quitar, añadir ni modificar nada en las mayores de fe, sino simplemente desenvolver, desarrollar, *explicar* la fecundidad inagotable *encerrada* en esas mayores por Dios reveladas, y que, como divinas, están preñadas y rebosantes de verdad divina, de savia dogmática.

No se escandalice, pues, nuestro objetante, si nos oye decir que la Iglesia perfecciona el depósito. No lo perfecciona a manera de sistema filosófico, pero lo perfecciona; porque perfecciona la explicación del depósito, y esa explicación auténtica dada por la Iglesia entra a formar parte del depósito mismo, y a ser conservada como verdadera y legítima parte integrante del depósito revelado.

A pesar de que todos sabemos por la teología tradicional, y ya lo ha definido el Concilio Vaticano, que la Iglesia tiene la misión divina no

(1) Neque enim fidei doctrina, quam Deus revelavit, *velut philosophicum inventum* proposita est humanis ingeniis *perficienda*, sed tamquam divinum depositum Christi Sponsae tradita, *fideliter custodienda* et infallibiliter *declaranda* (Cone. Vaticano, *De Fide Catholica*, cap. IV).

solamente de *conservar*, sino también de *explicar* el depósito, hay algunos a quienes el excesivo miedo al modernismo, o la lectura de ciertos manuales teológicos los ha hecho tan tímidos o de criterio tan estrecho, que se figuran que esa acción de *explicar* que la Iglesia ejerce es acción, no sobre el depósito revelado, al cual consideran como completamente inmutable e intangible, sino exclusivamente sobre la *inteligencia subjetiva* de los fieles.

A nuestro juicio, están equivocadísimos. Una cosa es para *quienes se explica*, y otra cosa *lo que se explica*. Para quienes la Iglesia explica el depósito es seguramente para los fieles; pero lo que la Iglesia explica o desenvuelve, no son los fieles, sino *el depósito*.

La acción de la Iglesia no es, pues, solamente sobre los fieles sino que es también sobre el depósito mismo revelado. A cada acción o definición dogmática de la Iglesia se verifica en el depósito mismo un grado de desarrollo o crecimiento. Crecimiento no por algo que venga de fuera sino por algo que sale de dentro, como sale siempre todo lo vital u homogéneo. Crecimiento no de nueva substancia sino de explicación o mayor desenvolvimiento de la substancia; pero verdadero y propio crecimiento, verdadera y propia *evolución*, aunque jamás *transformismo* (1).

El Lirinense, cuya autoridad en esta materia todo el mundo reconoce, ha expresado bien tanto lo que la Iglesia no puede hacer como lo que puede hacer en cuanto al dogma o depósito revelado.

Lo que la Iglesia no puede hacer ni hace, lo expresa el Lirinense con las siguientes frases: a), nihil *permutat*; b), nihil *minuit*; c), nihil *addit*; d), non *amputat* necessaria; e), non *apponit* superflua; f), non *amittit* sua; g), non *usurpat* aliena. Nada de esto hace la Iglesia en el depósito; en cuanto a esa manera de obrar, el depósito es sagrado, es inmutable, es intangible.

Lo que la Iglesia puede hacer y hace respecto al depósito mismo (y no solamente respecto a los fieles), lo expresa con las siguientes fórmulas: a), *excolatur*; b), *floreat*; c), *maurescat*; d), *proficiat*; e), *PERFICIATUR*.

Fijese nuestro objetante en esos dos últimos vocablos del Lirinense. Bajo la acción de la Iglesia, que no es otra que la acción del Espíritu Santo, el depósito mismo *crece* (*proficiat*); el depósito mismo *se perfecciona* (*perficiatur*).

(1) De las frases "evolución del dogma" o "dogmas nuevos", aunque sean frases verdaderas, hay que decir lo mismo que dijimos de la frase "progreso objetivo". No deben usarse sin explicación o distinción, pues se prestan a una falsa inteligencia. Cuando sin explicación se dice evolución de una cosa, suele entenderse hoy día evolución "transformista": cuando se dice "dogmas nuevos", suele entenderse "completamente nuevos"; como cuando se dice "progreso objetivo" a secas, suele entenderse progreso del objeto "en sí mismo", independientemente del sujeto. En tal sentido entendidas, esas tres frases serían falsas.

Y es que en el depósito revelado no todos los dogmas se hallaban desde el principio de una manera *formal*, sino que algunos se hallaban de una manera *informe*; no todos se hallaban de una manera *acabada*, sino que algunos no estaban sino *incoados*. A la Iglesia, de quien es instrumento la Teología, la ha encomendado Dios la misión no solamente de *conservar* lo que ya estaba de una manera formal o acabada sino también de *explicar*, esto es, de desarrollar, madurar y acabar lo que no estaba sino *informe* y *esbozado*. “Si qua sunt illa antiquitus *informata* et *inchoata*, accuret et poliat; si qua jam firmata et definita, custodiat” (1).

Bajo la acción, pues, de la Iglesia el depósito revelado no se perfecciona a manera de sistema filosófico o humano, pero *se perfecciona*. No se perfecciona en cuanto a la *substancia*, pero sí en cuanto a su *explicación*. No se perfecciona mediante nueva *Revelación* divina, pero sí mediante perpetua *asistencia* divina. Por ser divina esa autoridad o asistencia, el crecimiento es dogmático. Por ser *asistencia* y no revelación, debe utilizar y utiliza todos los medios humanos, y el medio humano más conatural a nuestra débil inteligencia para desarrollar o explicar el contenido o fecundidad interior de un depósito *intelectual*, cual es el depósito revelado, ha sido y será siempre el *razonamiento inclusivo*. Con otro nombre, la vía de conclusión teológica; la vía “de uno in aliud secundum rationem quod non est aliud secundum rem”. (D. Thomas.)

FR. FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P.

(1) Sed forsitam dicit aliquis: Nullusne ergo in Ecclesia Christi *profectus*? Habeatur plane et *maximus*. Sed ita tamen ut vere *profectus* sit ille *fidei* non permutatio. Siquidem ad *profectum* pertinet ut in *semetipsam* unaquaque res amplificetur: ad permutationem vero ut aliquid ex alio in aliud transvertatur... Quodcumque igitur in hac Ecclesiae Dei agricultura fide patrum satum est, hoc idem *floreat* et *maturescat*, hoc idem *proficiat* et *perficiatur*... Christi vero Ecclesia, *sedula* et *cauta* depositorum apud se dogmatum custos, nihil in his unquam *permutat*, nihil *minuit* nihil *addit*: non *amputat* necessaria, non *apponit* superflua, non *amittit* sua, non usurpat aliena: sed omni industria id unum studet, ut vetera fideliter sapienterque tractando, si qua sunt illa antiquitus *informata* et *inchoata*, acuret et poliat; si qua jam expressa et enucleata consolidet, firmet; si qua, jam firmata et definita, custodiat (Lirinense, *Commonitorium*, caps. XXVIII, XXX y XXXII). Muchos autores, al citar al Lirinense, suelen elegir solamente aquellas frases que hablan del progreso subjetivo. El que lea con atención al Lirinense, sobre todo los capítulos XXIX y XXX, verá con claridad que el Lirinense presenta los dos aspectos que existen en el progreso dogmático: el subjetivo y el objetivo. Progreso, a la vez, del fiel en la fe y de la fe en el fiel.

ALREDEDOR DE LA MONARQUÍA EN AMÉRICA

Al buen antiguo convento de Dominicos de Córdoba del Tucumán, en cuya iglesia se custodian las dos banderas del Ejército británico que, cuando las invasiones inglesas de 1806 y 1807, el virrey Liniers, por la victoria de la reconquista de Buenos Aires, ofreció, en acción de gracias, a la Virgen del Rosario que allí se venera.

El título bien sugiere al lector versado que nos ocupamos aquí de aquel período emocional de la vida de nuestros pueblos de América que gira sobre 1810; y respecto a un sector de palpitante interés que en la revisión de la historia nacional no puede ser postergado, y no sólo no puede ser postergado sino que ni siquiera es dable desfigurarlo, como fuera de uso hasta ahora. ¿Qué razón aconsejaría simular que en 1810 el sentimiento monárquico había emigrado de súbito, al llegar el siglo XIX, del alma de las sociedades del Imperio trasoceánico? Ninguna, como no fuera el jacobinismo rabioso, la hispanofobia descarada y un republicanismo subrepticio. La Historia no puede seguir en manos *diletantes*, con textos de encargo, y forjando una deformación social, que las influencias sociológicas del medio, y un criterio de psicología delatan por inconsistente e irreal y aun falsa.

Reconocer el criterio de los hombres y de las sociedades que fueron, siempre envuelve una noble sugestión, y cuando esos hombres y esas sociedades son las *nuestras*, el deseo pasa a la categoría del deber, porque implica el verificar una transformación mental, y un cambio de tal naturaleza no se decide por la fría letra de la ley.

Además, es bueno observar que aquellas generaciones revolucionarias, es decir, la minoría culta y anhelante, la que guía a toda muchedumbre, se debatía en su ideario con la comparación de las viejas y las

nuevas fórmulas. Las gentes de nuestra América, las que pensaban, creemos, asistían al espectáculo político del mundo de entonces. ¿Cómo pretender y aceptar que los *próceres* forjaban su ideología política a espaldas de la realidad misma? Lo natural, lo humano, lo explicable, es que su economía mental se nutría de las ideas dominantes de su época. Verdad que no eran unánimes. Veamos su repartición.

Un *patriota*, como un *realista*, de cualquier país de la América española, veía que la República era en las antiguas trece colonias inglesas (zona muy limitada), en Francia cayó envuelta en el oprobio de sus excesos, y de Suiza era remota y lejana la referencia y el prestigio. Enfrente estaban Inglaterra, que vencía en Trafalgar, y su Marina, cada día más pujante, sojuzgaba nuevos pueblos a su Imperio, vivía bajo una Monarquía tradicional de gobierno muy civil; Prusia, con Federico *el Grande* y sus pueblos afines de regia institución; Francia, con el Emperador, llevando de victoria en victoria a través de Europa su nombre; Portugal, con sus reyes y su vasto dominio trasatlántico; Suecia, con Carlos XII, tan celebrado de Voltaire; la Santa Alianza, que organizaba el dique a la revolución demagógica, sedimentándola. Y más lejos Rusia, la tierra del zarismo, regida por Catalina, insinuaba ideas de ansiedad; allá en el confín oriental, la China y el Japón, con la seducción de su muralla y de sus dioses.

Ese era el balance territorial que los hombres conductores de la *patria nueva* de 1810 tenían ante sus ojos; podían considerar en un mapa que la institución real privaba; pero ella se transformaba, se tornaba de absoluta en liberal, *constitucionalizándose*. La República, pobre y mediocre, vivía entre pueblos de ignoto destino o de política marginal; aquél era el U. S. A., éste era Helvecia. Y los Gobiernos embrionarios de nuestros pueblos era propio que titubearan. Dudaban de las ventajas de correr una aventura democrática; además, los tiempos no eran propicios; el laurel, de fácil cosecha —puesto que era una *gran guerra civil*, la de la Independencia—, daba gloria a generales innúmeros, a quienes licenciados de levita corta y exclaustrados vehementemente meridionales cortejaban sin pudor. En lenguaje de mitin, nuestra América del Sur no llegó a la ignominia de alzar un trono para una dinastía extranjera o encumbrar a un intrigante nativo. Hubo República desde 1810; pero ¡qué República! Gobiernos de familia, nepotismos, dictadores, tiranos, presidentes vitalicios, caciques, generales, coroneles, revoluciones, motines, intervenciones federales, todos los personalismos grotescos en los partidos sin ideales; Francia, Rozas, García Moreno, Portales, etc., etc., etc., Porfirio Díaz, Estrada Cabrera, Castro. Y esta danza y este ciclo aún perdura... ¡por hoy! Y el Brasil monárquico, en cambio, se ha librado de esta plaga patriótica.

No es de este lugar formular el balance total del siglo XIX para nuestra América, ni discurrir cuál hubiera sido la suerte de aquellos países, tanto en su política interior como externa si hubiera privado el criterio monarquista en la formación gubernamental o el ideal boliviano de una unidad de toda la América española, primero y definitivo paso, cremos, para mantener el Imperio hispánico, pues España no se hubiera sustraído a la *renovación* jurídica del mismo a pesar de los patriotas localistas; de grado o por fuerza hubiera seguido la suerte y el voto de los anhelos de América, no por sentimentalismo sino por una cuestión de dinámica social, es decir, al otro lado del Atlántico estaba la casi totalidad territorial del Imperio. Y hoy está ante ella misma; España, interrogante para el futuro, el 75 por 100 de su raza, es decir, nuestra América.

Claro está que en ambos casos la política interior hubiera sido muy diversa en toda la América española, ni Argentina hubiera soportado un Rozas, menos un Mitre, ni Paraguay un Solano López, ni el Ecuador un García Moreno, y así todos los demás que forman un macabro catálogo, porque, aunque existiendo, no se hubieran desmandado, porque hubiera habido un control. No digamos nada de estos presidentes vitalicios de que todavía conserva ejemplares la América española en 1920, después de un siglo de la Independencia. ¡Qué poder de gobernadores, ni virreyes, ni reyes se iguala a este descaro de los presidentes! Esta adoración, que las burguesías hispanóforas desde 1810 han sembrado en un pueblo hambriento espiritualmente, y explotado a espaldas de la política social, hacia el Estado, la "gran bestia" de sus enemigos, ese Estado que da expansión yanqui no toma en cuenta, se apoya en la arbitrariedad del poder policial, para encumbrar la autoridad y menospreciar a Dios. ¡Y éste sí que es un crimen! Al tiempo.

La política exterior quizá, y seguramente no hubiera conocido la expansión de Estados Unidos, ni las caricias diplomáticas de la Doctrina Monroe a través de sus constantes interpretaciones, siempre extorsitivas para la América española, ni la dolorosa cuestión del Canal de Panamá. Si el Canal no se construyó en el siglo XIX sin la presión yanqui, fué por abandonar los ideales políticos de Bolívar hacia la unidad de la América española, y fué culpa de una política mezquina e intolerante en Colombia, ajena a las inyecciones de progreso que las inmigraciones europeas, no-españolas, traen consigo. Ejemplo: Argentina y Uruguay.

Aquella guerra de la Independencia, originaria de estos problemas, no puede ser mirada con hosquedad por los espíritus españoles modernos, modernos sin el snobismo contagioso, y la declamación estridente, y el desgarramiento territorial. Aparte de la posición humana que ese

movimiento reclama para ser juzgado, hay algo que se insinúa para la comprensión. Y así envuelve desautorización de la hispanofobia en nuestra América al justipreciar la obra de España durante el Imperio —1492-1810— y no Coloniaje como se dice. Tal lo puntualiza Santos Chocano, el poeta peruano, en esta estrofa, cuatro veces bella que recordamos con simpatía argentina:

“Si América venció, fué su victoria
orgullo maternal para la España:
el árbol que comienza a dar frutos de gloria
se los debe al torrente que los baña.”

Concretamente volvamos a aquel sentimiento monárquico, que tan disfrazadamente se agita desde 1810 allí, en los gobiernos grotescamente personalistas, de generales de levita o de doctores de casaca, bien siempre de espaldas a la vida civil, y bien siempre expulsando a la política obrerista. Bien siempre renovando la “causa” y el “régimen”, y bien siempre manteniendo un patriotismo parroquial.

Sobre tema tan vivo no procede, pues, la discusión retórica, máxime cuando el historiador venezolano señor Villanueva aporta su investigación directa. La expondremos aquí. Como toda su labor, aunque no la sujetó a plan, tiene correlación, nosotros la daremos en una serie. El primer libro de que nos ocupamos es precedente para situar los cuatro eslabonados y genéricos de *La Monarquía en América*. Y los dos siguientes exhiben la aplicación de sus trabajos monográficos a dos obras de conjunto. Así se aprecia su esfuerzo total, y su contribución ideológica.

NAPOLEON Y LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

(París, 8.º, XII + 382 págs.)

Este libro por su método se divide en tres períodos. Comprende el primero: I. Régimen prohibitivo.—II. Hacia la independencia.—III. Primeros emancipadores.—IV. Nueva Inglaterra.—V. Proyectos emancipadores.

El segundo: I. Pitt y Miranda.—II. Proyecto de los Girondinos.—III. Venezuela.—IV. La Convención de París.—V. Bonaparte.—VI. Lady Stanhope.—VII. Buenos Aires.—VIII. Cartagena de Indias.—IX. Caracas.

El tercero: I. Bayona.—II. Buenos Aires.—IV. Los Criollos.—V. Napoleón.—VI. La Revolución de 1810.—VII. Hacia el reconocimiento. Así se perciben las grandes líneas de su construcción investigadora.

Da comienzo el señor Villanueva trayendo a recuerdo el juicio de

Lista sobre la situación de España al comenzar el siglo XVIII, en que no le quedaba "ni un navío, ni un general, ni un sabio, ni un buen político; nada, en fin, de lo que constituye la fuerza, la seguridad o la gloria de los Estados".¹⁰ Conviene la oportunidad de citarlo allí y aquí, teniendo en cuenta que en el siglo XVIII los países de nuestra América nacen a una vida pacífica de civismo y sin luchas, y expediciones guerreras; que ese mismo siglo XVIII, en su segunda mitad, será el campo de acción de la obra presente, y que en ese siglo XVIII, con esa situación descendente, España tenía al otro lado del Atlántico un imperio, formado con su esfuerzo civilizador y la levadura de las masas indígenas.

Así menciona la opinión de Montesquieu sobre que "América y España formaban dos potencias bajo un mismo señor, siendo la principal la primera y la accesoria la segunda".¹¹ Este modo de ver nos parece real y de gran significado para las relaciones futuras de los pueblos hispánicos, y quizás valga más como profecía. Ya notaron los hermanos Ulloa¹² la disociación, que diríamos, entre el criollo y el español, precursora de la hispanofobia de importación, creemos.

Con la previsión política natural en su raza, el almirante Vernon anexó a su despacho al Almirantazgo inglés del 6 de junio de 1741 una memoria sobre la *emancipación* de la América española, siendo la primera vez que se escribe tal idea.¹³ Da cuenta Villanueva de cuatro proyectos, para nosotros coetáneos o posteriores: el mejicano¹⁴ y el peruano,¹⁵ que no hicieron aparición, y los movimientos de Caracas¹⁶ y Quito,¹⁷ que explotaron. El sospecha que fueron los jesuitas los instigadores¹⁸ y que entonces "no había ocurrido todavía la emancipación de Nueva Inglaterra",¹⁹ hecho que debe significarse.

Con brevedad, como son estos proyectos, se refiere también a las propuestas del Duque de Newcastle, lord Anson,²⁰ a la del Marqués de Aubarede sobre la independencia de Méjico²¹ y a la de lord Egmont sobre el Estrecho de Magallanes y Patagonia.²² El embajador Conde de Chatelet, 1769, proponía a su Gobierno crear la Louisiana, libre, para ejemplo de la Nueva Inglaterra²³ y mister White, en 1776, decía al *Foreign Office* la utilidad de soliviantar la América española.²⁴ Con todo, debemos señalar que en *La Crise de l'Europe*, 1783, su autor, anónimo, finalizaba así: "Ha llegado el tiempo de acabar con el monopolio que ejerce España en América",²⁵ y en *The History of the public revenue of the British Empire*, 1790, su autor, mister Sinclair, abogaba en las mismas ideas liberadoras y desmembradoras.

Después de la independencia de los Estados Unidos, cobra bríos la manipulación revolucionaria en nuestra América, y desde luego sin ayuda de aquéllos. Existen cuatro proyectos: el chileno,²⁶ el peruano,

1780,⁸⁹ el de Miranda⁴⁰ y el mejicano,⁴³ del que ofrece prueba inédita, y de los otros hace referencia. Cerrándose así el primer período con estos antecedentes ineludibles de germinación política.

El segundo período, ya en el libro como en la Historia misma, lo llena el *Precursor*, pues bien dice: "Desde 1790 quedó concentrada en manos de Miranda toda la acción para emancipar la América española.⁵¹ Estudia documentalmente toda su gestión con Pitt; el proyecto de los Girondinos,⁶⁴ la Memoria Kersaint 1792,⁶⁹ el informe Flassau, 1794,⁷⁵ sobre independizar aquellos países, están insinuados, sin ahondar.

Anota la pérdida que significó para la causa de la libertad la muerte en Londres 7 Fb 1798, del jesuita Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, de Arequipa. Dice, y esto aclara un hecho: "Este hombre recibía del Gobierno inglés una pensión anual de L. 300 y, al morir, dejó sus papeles al ministro de los Estados Unidos, mister King, quien los pasó a Miranda por estar escritos en inglés o francés"⁹¹. El famoso documento, que ahora circula Villanueva, se imprimió en Filadelfia en 1799, en francés, diciéndose que así lo dejara. Miranda lo llevó en español a Venezuela en 1806, en 1808 *La Revista de Edimburgo* publicó fragmentos, y se reimprimió en Caracas en 1811, perdiéndose; y Becerra indicó la necesidad de su búsqueda⁹².

Sigue estudiando las relaciones de Miranda en Francia. De él dijera Napoleón: "He estado en compañía de personas muy notables, entre ellas el general Miranda; este hombre es un don Quijote, salvo la locura; tiene en su alma el fuego sagrado, y desearía volverme a encontrar con él";¹⁰¹ y en otra ocasión afirma: "Miranda es un demagogo; no un republicano".¹⁰³

Las relaciones con lady Stanhope, son recordadas. Se ocupa luego de sir Home Popham, en su proyecto contra Buenos Aires, conjunto al de Miranda sobre Caracas. Después de su fracaso argentino, al marino inglés, escribe Villanueva que, "la Corte, en su veredicto, le *reprendió severamente*, pero le devolvió su espada, considerando que si cometió una falta, lo hizo persiguiendo el bien de Inglaterra.

"Los mercaderes de Londres se reunieron para regalarle una espada de honor en premio de su conducta, digna de alabanza, dijeron, pues tendía a abrir nuevos mercados al comercio británico".¹³⁷

Sobriamente así se sitúa el carácter de política agresiva de la Gran Bretaña, posición que nada tiene de extraño, cuando en su masa ciudadana había tal arraigo de expansionismo.

La expedición confiada a Miranda, extraoficial como la de Popham, fracasó lo mismo. Su carácter lo explica bien Villanueva: "El propósito evidente de éste fué revolucionar por tal medio la América, sin compro-

meterse él en la empresa, no por temör ni por egoísmo, sino por frío cálculo militar..." ¹⁵⁰ Así zarpó el *Leandro*. De Pitt asegura que "todos los documentos tienden a demostrar que él esperó siempre que las colonias dieran el primer impulso por sí mismas, para luego entrar el inglés a intervenir y sacar la mejor tajada de la torta". ¹⁵³ Y de Miranda dice: "Parece que se le dió el dinero, dejándosele entregado a Dios y a la ventura. Y así fué, en efecto." ¹⁵⁵

Los colores de la bandera que enarbolara Miranda los explica Villanueva así: "Ellos estaban en la bandera de la revolución de Gual y España, 1797. En ésta se daban cuatro: *blanco*, en representación de los blancos; *azul*, de los pardos; *amarillo*, de los negros; *encarnado*, de los indios. Miranda modificó, diciendo: América (*amarillo*) separada para siempre por el Océano (*azul*) de la sangrienta España (*encarnado*)."

El tercer período comprende la trama de sucesos históricos que se desarrolla para la Independencia alrededor de Napoleón. Dice Villanueva que, efectuados los sucesos de Bayona, Napoleón ordenó a su ministro de Negocios Extranjeros, Champagny, comunicara todas estas novedades a los Virreyes de nuestra América; mas éste no anduvo rápido, pudiendo los ingleses "frustrar el golpe del Emperador". ¹⁷² La nota, 17 de mayo de 1909, para Buenos Aires salió el 30, y para el mar Caribe el 25 de junio. Ya antes de la abdicación borbónica escribe Villanueva que el Emperador envió emisarios a la América española, y realizada, despachó 32; todos menos tres eran españoles, dándoles como centro a Nueva York. El almirante de la flota inglesa surta en Cádiz, lord Collingwood, avisó inmediatamente a los almirantes ingleses de América por el *Flying-fish*, 18 junio-8 julio, en Barbados, ¹⁸⁶ y envió cruceros para capturar los vapores correos del Emperador. ¹⁷⁶ El Gobernador de Trinidad envió al de Cumaná el *Times* de Londres con las nuevas de Bayona, quien lo envió al Capitán general de Caracas, el que lo hizo traducir por don Andrés Bello, quedando en la perplejidad consiguiente. Pero oficialmente el almirante Cochrane envió notas al gobernador Cagigal y al capitán general Las Casas, avisando las novedades ¹⁸⁹ s. según las órdenes de lord Collingwood.

Las comunicaciones del Emperador que Villanueva publica ahora ¹⁷³ fueron así: a Venezuela, la *Rapide* hasta Cayena, y la *Serpent* a La Guayra, 14 julio ¹⁸¹; a Méjico, el *Centinela*, a Veracruz, julio, (se remite a Alaman) ²⁰³; a Buenos Aires, Chile, Perú, el *Consolateur*, a Maldonado, 9 agosto. Las incidencias de Sassenay en el Río de la Plata las estudia de largo; las ocurridas en Caracas son de recuerdo trágico. El enviado del Emperador, no sabiendo castellano, y el Capitán general, ignorando el francés (!), en su entrevista del 16 de julio tuvieron de

intérprete a Bello. Los saludos que se cambiaron los contraponemos así:

—*Doy a V. E. mis felicitaciones, y a la vez las recibo, por la exaltación al trono de España e Indias de S. M. el rey José Bonaparte, hermano del Emperador de los franceses. Estos pliegos impondrán a V. E. de todas las circunstancias de tan fausto acontecimiento.*

(182)

Casas al oír esta participación, quedó aterrado, pudiendo solamente decir a Bello, después de recibir los pliegos:

—*Respondá usted que me instruiré de estos oficios, y le transmitiré la determinación que adoptare en vista de su contenido.*

(183)

¡Qué lección tan trágica y elocuente dan estas líneas escuetas! ¡Cómo revelan bien la descomposición interior de un gran imperio! ¡Si esta raza hubiera tenido algún gran político desde 1492 a 1810, y no monarquía extranjera en 1700, y cortesanos de capisayo!

Las Casas, en su dolor y responsabilidad, reunió una junta magna. Bello leyó todos los documentos. El elemento peninsular sostuvo que *la América debía continuar ligada a la metrópoli*, porque la fidelidad a Fernando VII en los criollos era un pretexto para la independencia.²⁸⁴ Las fórmulas las contraponemos así:

Los peninsulares decían:

Los franceses antes que la emancipación.

(184)

Los venezolanos contestaban:

La emancipación antes que los franceses.

(184)

La noticia de la abdicación borbónica fué circulando y el movimiento criollo, a su vez, también. Chaquisaca el 25 de mayo de 1809, La Paz el 16 de julio del mismo año crearon *juntas*; en Quito y Buenos Aires, no llegaron a consolidarse. Morillo, el jefe de La Paz, exclamó antes de su ejecución estas palabras, que no caducaron: *Yo muero, pero la tea que dejo encendida nadie la apagará.*²²⁰

Llega 1810, y con él, el áureo presagio del Sol nativo y la República frigia. El 19 de abril la revolución de Caracas está planteada, con su junta; en Bogotá, el 21 de julio, ocurre igual; en Quito, el 22 de septiembre, lo mismo; de todas nos da Villanueva el personal.^{254-258; 260-262} Aunque el virrey Cisneros pensara en la Confederación de Virreyes,²⁶⁴ los criollos se impusieron en Buenos Aires. El Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810 es célebre. La antinomia de peninsulares y argentinos la expresaron claramente sus representantes. Contraponemos sus fórmulas así:

El Obispo Lue:

...que mientras existiese en España un pedazo de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a las Américas; y que, mientras existiese un solo español en las Américas, ese español debía mandar a los americanos, pudiendo sólo venir el mando a los hijos del país cuando ya no hubiese un solo español en él. (265)

El Doctor Castelli:

—La España había caducado en su poder para con la América, y con ella, las autoridades que son su emanación. Al pueblo corresponde reasumir la soberanía del monarca e instituir en representación suya un gobierno que vele por su seguridad. (265)

El argentino nos revela la concepción jurídica del Imperio y la comunidad de una nacionalidad; el español nos exhibe la mezquina ideación de suburbio y el privilegio de los mercaderes. ¡Y España, con estos estadistas, quería gobernar nada menos que un Imperio, cuya existencia jurídica había ya olvidado desde los días áureos del siglo XVI! ¿Cómo era posible que lo absurdo se impusiera? Naturalmente, fracasó.

Otro problema es ya en los próceres el no intentar *rehacer* el Imperio, imponiendo en la Península su criterio y tenían derecho, con presunción *juris et de jure*, pues no eran extranjeros y su porvenir político en ello les iba. Y si como a tales les trataban en el solar secular de su civilización, absolutistas y liberales aprenderían a la larga y de una vez, que la religión, el idioma y la sangre eran comunes a unos y a otros. Y los jóvenes gobernarían a los viejos, por ley de vida. Mas no fué así, y el siglo XIX presenció la disolución, la dispersión de los pueblos hispánicos; y ya nadie cree más que en su función negativa. Tal nos sugieren Lue, y Castelli, en novísima interpretación *interhispánica*. Hay que coordinar la Independencia.

Fué el ideal irrealizado, pero no irreal de Bolívar, con su clara visión de unidad, de civilización y raza; el bloque de los afines en el mundo. O sea el *pan-hispanismo*.

La junta de mayo se instaló el 25, por fin, en Buenos Aires; en Chile, el 18 de septiembre, se organiza la junta, y en Méjico surge el grito de Dolores 270 s. De estos infortunados conspiradores dice: "No contaban aquellos hombres con elemento alguno, a no ser un gran corazón y un grande ideal 272. ¡Bello elogio que comparten todos nuestros revolucionarios de 1810!

Villanueva explica estos sucesos sin comentario.

Se refiere a la actividad de Desmoland 237, y a la iniciativa del Emperador para el reconocimiento de la Independencia la dedica buena atención, 275 ss. fijándose en las instrucciones a Serurier, 4 de octubre de 1810, de Cadore; el despacho de Bassano, 16 de agosto de 1811, casi in-

tegro, ²⁷⁷ s. y las correspondencias de Serurier-Bassano, por él debeladas, y las medidas correlativas tomadas por el Emperador.

Encontramos en este libro los siguientes documentos inéditos, lo que le avalora; los pondremos así: Oficio al Rey de Inglaterra de la conspiración mejicana de 10 de noviembre de 1785. ⁴⁴⁻⁴⁷ Nota de Miranda a Petición sobre la expedición a Santo Domingo. ⁶⁴⁻⁷⁰ Carta de Montané, 22 de julio de 1793. ⁷²⁻⁷⁴ Oficio de Miranda a Pitt, 16 de enero de 1798. ⁸⁵⁻⁸⁸ Carta de Miranda a Duperon, 29 de enero de 1797. ⁸⁹⁻⁹² Carta de Miranda a Pitt, 13 de junio de 1805. ¹²³⁻¹²⁸ Oficio del Conde de Champagny a los Virreyes, 17 de mayo de 1808, con lista de adjuntos. ¹⁷³⁻¹⁷⁴ Nota de Cochrane a Cagigal, 9 de julio de 1808. ¹⁸⁹ Nota de Cochrane a Las Casas, 9 de julio de 1808. ¹⁹⁰ Lista de emisarios franceses. ²³⁸⁻²⁴² Instrucciones a Desmoland. ²⁴²⁻²⁴⁶

Hay, además, otros de menor interés en fragmentos en el texto, junto también con indicaciones de fuentes halladas por Villanueva y utilizadas en su libro.

El apéndice comprende, por su índice, las siguientes piezas inéditas: Carta de Vizcardo ²⁹⁵⁻³²². Acta de la Convención de París, 22 de diciembre de 1797 ³²⁵⁻³³⁴. Correspondencia de la expedición de Caracas, 1806 ³³⁴⁻³⁶². Nota de Sassenay, 23 de mayo de 1810, al Ministro *des Affaires Etrangères* ³⁶⁵⁻³⁷⁰.

Un índice al fin, con un sumario expositivo en cada capítulo, facilita el estudio del libro. Dos retratos de Napoleón I y de Miranda, las grandes figuras de este estudio, enriquecen este libro de investigación directa, que lleva un prólogo justo de Oliveira Lima para el señor Villanueva, el infatigable e inteligente historiador venezolano.

BOLIVAR Y EL GENERAL SAN MARTIN

(París, 8.º, 397 págs.)

Este volumen comprende seis partes tituladas: La infanta Carlota.—Napoleones y Borbones.—El Duque de Orleans.—El Duque de Luca.—El Imperator.—Conferencias de Guayaquil: lo que basta a inducir la sugestión del mismo; además cada parte se divide en varios epígrafes.

Con muy certera mirada el historiador señor Villanueva enjuicia sobre hombres y cosas de lo relativas a nuestra América. Contra la persistencia del equívoco patriótico que arraiga en la redacción de los textos de Historia, lo mejor es poner de relieve los conceptos definitivos que hallamos a través del libro.

“Nada de extraño tiene que los hombres del movimiento emancipador hispanoamericano se detuvieran a encarrilarlo por el sistema monárquico, si se observa que las colonias, al entrar en 1810 a vivir vida soberana e

independiente, no habían conocido otro régimen, no solamente durante el dominio de los castellanos, sino tampoco en la era precolombiana” ¹.

Con tan ecuaníme criterio sitúa el sentimiento monárquico de los próceres, como algo que la realidad de las primeras décadas del siglo XIX ofrece sin rebozos. El cuadro de aquella sociedad minada y joven, en la que la filosofía francesa revolucionaria del siglo XVIII cautivaba algunos adeptos, no tan numerosos como se pueda creer, lo traza como integrado por “las clases directoras; la nobleza criolla y peninsular serán monárquicas y más monárquica la plebe, dominada por el elemento clerical, que había llegado a convencerla que sólo a dos cosas tenía que obedecer, temer y adorar: a Dios y al Rey” ⁶.

La obra, sórdidamente política, de Inglaterra la presenta en su desnudez: “De tiempo atrás venían los británicos minando el edificio colonial del Plata, como lo hacían con el de Venezuela, cual si fueran los dos puntos principales de ataque, como, en efecto, lo fueron” ⁷. Y, efectivamente, el oro inglés surtía sus efectos: Castilla, en Buenos Aires, recibía siete chelines y seis peniques diarios; allí mismo Saturnino Rodríguez Peña y Manuel A. Padilla cobraban pensiones anuales de 400 y 300 libras esterlinas, respectivamente, y otros argentinos, José y Juan A. Moldes y Manuel Pinto, recibieron para el viaje 200 libras esterlinas. Miranda recibía una pensión anual de 700 libras esterlinas. Tal informa Villanueva ^{8, 9, 10}, según sus investigaciones. La venalidad era algo y el patriotismo *s’efface*.

El sentimiento territorial de los inmaculados revolucionarios era complicado. Véase, si no, lo que sigue y el viril comentario que nuestro autor les dedica: “Entre los trabajos de propaganda de Belgrano se encuentra un escrito, en forma de diálogo, donde se declaraba que lo único que podría salvar a Buenos Aires era la Regencia de Carlota, cosa que no implicaría que los argentinos se hicieran por esto portugueses —pues los castellanos, decía, no fueron aragoneses, ni éstos castellanos, porque la reina de Castilla, Isabel, casó con el rey de Aragón, Fernando.— Esto indica la existencia de un grupo de hombres que rechaza un Gobierno extranjero, por temor, seguramente, de perder la nacionalidad. Pero un extranjero los gobierna hoy, Liniers, y extranjeros como Pueyrredón y Rondeau los gobernarán mañana, y extranjeros irán a buscar para ponerles la corona argentina” ¹⁴.

Sin réplica de pasión puede leerse e incorporarse a la ideología propia lo que sigue de la actitud de los revolucionarios; es imparcial y está escrito con *amore*: “Idéntico desconocimiento de las más elementales fórmulas de las relaciones diplomáticas se encuentra frecuentemente en todas las Cancillerías hispanoamericanas durante el transcurso de la revolución. Era que aquellos sencillos colonos tuvieron que improvisarse

de la noche a la mañana en militares, diplomáticos, tribunos, hacendistas y legisladores, careciendo, como carecían, de debida preparación. De esa ignorancia no debemos culparlos, pues fueron suficientemente aptos para aprenderlo todo en los campamentos. Su mayor gloria como fundadores de nuevos Estados reside en la magnitud de su esfuerzo” 26.

Muy significativo es el punto de vista sobre nuestra América de monsieur Serurier, ex ministro de Napoleón en Washington y conocedor de estos problemas. El “observa que no salíamos precisamente de una Monarquía constitucional sino de una absoluta, y que por esto, al adoptar una constitucional, no sólo se evitaría el salto del absolutismo a la República democrática, sino que se daría un paso hacia el perfeccionamiento. Este era el desenvolvimiento gradual de la emancipación señalado por Richelieu a Montmorency-Laval” 72. Serurier, en la Memoria que redactó por orden de Richelieu, anotó las bases 74 s. de la organización política que Francia inspiraría, y el mismo Richelieu marcó con lápiz ciertos párrafos como dignos de ser recordados por la Cancillería, que Villanueva transcribe 75-79.

Ante la terquedad española, alimentada por el derecho divino del absolutismo, que se negaba al reconocimiento de la realidad vigorosa revolucionaria de nuestra América, el ministro Montmorency-Laval juzgó la situación política del Gobierno realista en 1818 así: “Yo no me canso de admirar la serenidad con que se ve aquí el porvenir y la confianza que tienen en sus fuerzas. Apoyándose en éstas, se aíslan, desdeñan los consejos de los amigos y chocan con aquellos que debieran cuidar de conservar en buena amistad. ¿Y con qué elementos cuentan para sostener semejante altanería de lenguaje y hacer frente a los sucesos? Tienen un Ministerio sin unidad, donde cada Ministro está a diario expuesto a ser arrojado de su seno; un Ejército muy endurecido y extremadamente descontento; una Armada que no puede darse a la mar, no obstante la adquisición de la nueva flota, pues sus almacenes están vacíos, los arsenales sin trabajo, los viejos marinos sin ración y sus puertos sin protección. A esto se agrega un Tesoro completamente agotado, y esto es tan cierto, que el Ministro de Hacienda confesaba últimamente a un caballero, quien me lo ha repetido, que le era imposible efectuar el cobro del impuesto territorial” 84. Y Dessolle, refiriéndose a la intransigencia española relativa a las conversaciones entz’ adas con el Gobierno de Madrid para el reconocimiento de los nuevos países, escribía a su Ministro ante Fernando VII: “El Gobierno español vive bajo el imperio de las pasiones y de las ilusiones. No se observa en sus procedimientos ninguna de las reglas de una política previsora sino el efecto de las impresiones del día. Nada se hace en previsión de un incidente interior y exterior que pueda contrariar la expedición, ni se ven las consecuencias

que podrían ocasionar los sucesos de América, si sus Gobiernos dominan la anarquía y fundan el orden en la Administración pública" 142.

Su impresión sobre San Martín difiere del panegírico; escribe el venezolano, lejos del medio local de su país y en el centro de las tierras de Francia, con la mirada que igual oscila del río Colorado al estrecho de Magallanes: "No tuvo San Martín las cualidades de un gran caudillo. Su dureza para imponer la disciplina militar a hombres que por primera vez iban a la guerra le arrebató el amor de sus soldados; lo reservado de su carácter, que llega hasta la impenetrabilidad, no le ganó amistades; el misterio en que envolvía todos sus actos no le aseguró la confianza de sus oficiales; la arrogancia que empleó en el mando le hizo antipático; sus condiciones de antiguo oficial español y el desdén con que tratara a los criollos, considerándolos inferiores a él, fué cosa que levantó cóleras en el corazón de sus tenientes, quienes lo llamaron extranjero (algo semejante ocurrió en Venezuela con Miranda); su falta de educación y de instrucción no le dió prestigio entre la gente culta; soberbio en la fortuna, era apocado en la adversidad; de política no sabía nada, y si algo aparece haber hecho en ella fué todo obra de Monteagudo y de García del Río, sus consejeros. Se conducía con dignidad, pero su vestir acusaba más bien a un pobre hombre que a un gran señor conquistador de pueblos; amaba el licor y tenía las vulgaridades de los soldados españoles, usando dicharachos y gestos de gitanos; pero por encima de tales cosas está su personalidad de gran general, aunque sin llegar a la ciencia de Sucre ni a la rápida concepción de Bolívar. No encontrando medios de adueñarse de las Provincias Unidas, por gozar otros de las auras populares o porque sus compatriotas no le querían o le veían con sospechas o recelos, e imposibilitado para hacerlo en Chile, donde se le había sobrepuesto O'Higgins y donde se encontraba, además, con la antipatía de los chilenos por su persona como extranjero y por la hegemonía que querían imponerles como conquistadores los de Buenos Aires, vió que únicamente del Perú podría hacer su feudo, y a ello se entregó no obstante su pobreza de intelecto. A esta empresa consagró todas sus fuerzas y energías, emprendiéndola definitivamente bajo las banderas chilenas en los momentos en que su patria quedaba en completa disolución y en Cádiz daban la última mano a la expedición destinada a acogotar las Provincias Unidas. Si aquélla hubiera zarpado y echado anclas en el Río de la Plata, ¿qué habría sido de Buenos Aires? ¿Habría tenido San Martín las energías de Bolívar, cuando éste hizo frente a las escuadras y ejércitos de Morillo? De todos modos, él estaba ya sobre el Pacífico" 164-167.

El patriotismo se alarmará de este juicio; pero, bien entendido, los *patriotas*. Ante nuestro sentimiento argentino, San Martín no es un ángel

ni un demonio, es un hombre, y la opinión transcrita es un modo de ver humano; esta posición se presta poco a poetizar la vida. Dentro de ella San Martín no desmerece, y nuestra admiración paisana siempre le acompaña. ¿Es preciso convertirle en ídolo? No.

¿Qué dice Villanueva del *Protectorado* en el Perú? "Al fin tenía lo que desde temprano venía buscando: la jefatura de un Estado. Ya veremos cómo se desenvuelve en una empresa para la que no estaba preparado. Sus cualidades de gran militar, la fortuna que lo llevaba sobre sus alas y su ambición le condujeron a poner sus manos en las coronas de los Incas. ¿intentará colocarla sobre su frente?" 184.

De su abdicación escribe: "Y si se marchó a ocultas, como en fuga, no lo hacía por cobardía, sino en cumplimiento de una de las rarezas de su carácter, que lo llevaron siempre a vivir y a desenvolverse en el misterio de las sombras. Es verdad y es, ciertamente, uno de los cargos más graves que se le han hecho, que, al separarse de la manera brusca que lo hacía, dejaba al país sin centro y, de consiguiente, en medio de la anarquía; pero es de justicia histórica reconocer que él no podía hacer otra cosa, pues de haberse quedado en el país, sólo le esperaba el deshonor de ser preso o fusilado por sus oficiales o encerrado en una fortaleza con un par de grillos por los hombres del Congreso. Sin elementos, sin fuerzas para reaccionar e imponerse nuevamente, lo mejor para todos era que se fuera, y se fué para desaparecer por siempre de la vida pública, llevándose sobre la frente las coronas inmortales de Libertador de Chile y Protector del Perú. Estas descansarán siempre sobre el mármol de su tumba, junto con el sable de Chacabuco y Maipú.

"El acto de la separación le honra, pues demostró con ello buen sentido al saber comprender la situación; y sin pretender violentar a unos ni a otros, va a tomar la vuelta de Chile, llevando por único compañero a un asistente. Cuando llega a Santiago no encontrará sino enemigos. Meses después, al pisar tierra argentina, sus compatriotas le darán las espaldas. Ribadavia intentó reducirle a prisión, y Martín Rodríguez fusilarlo" 260. Y añade: "San Martín, encontrándose amenazado en Buenos Aires y no pudiendo pasar a ningún otro Estado americano, por no querérsele ni necesitarse de sus servicios militares, se embarcó para Londres. Aquí será el mismo adalid de la emancipación hispanoamericana, entregándose a prestar ayuda a los agentes de Bolívar para el envío de armas y buques necesarios al término de la guerra en el Perú" 262.

Surge claro el fracaso político de San Martín, y su carencia de las grandes responsabilidades; pero no hemos aquilatado bien si en este fracaso fué mayor la indisciplina social de aquellas sociedades que rodaban en la anarquía; vale la pena de pensarlo, y quizá San Martín readquiera su valor real. ¿No aparece la ingratitud de sus paisanos en evi-

dencia? Este es el síntoma para nosotros más sospechoso de sus méritos; por algo la mediocridad porteña le llama anónima, cobarde, en la rada, y el ilustre Ribadavia, y el liberal Rodríguez quieren, protegidos por la ley, cumplir su felonía.

Nada de esto dice Villanueva. También cuando habla aquí Bolívar exhibe el sentimiento monárquico de nuestras sociedades patrióticas *post 1810*. No titubea para afirmarlo después que la huella quedó en las Cancillerías europeas. Dice en un análisis contradictorio, sin ingenuidades de historiador de encargo para las escuelas públicas: "Las instrucciones de la misión colombiana no enunciaban la cuestión de una monarquía nacional ni rechazaban el sistema monárquico. ¿Hubiera negociado Bolívar sobre esta base? Es probable, puesto que se puso cuidado en dejar abierta esta puerta. De todos modos, él no cedería el Gobierno a nadie, ni podía cederlo, porque Colombia era él —como el rey francés, podía decir: *El Estado soy yo*—. Desaparecido él, desaparecía el Estado, como sucedió luego. Pero en la cuestión se presentaban varios elementos contradictorios. Ante las condiciones de las Cancillerías europeas de resolver la emancipación en el seno de la Monarquía, se presentaba rechazada la candidatura de todo príncipe europeo, o sea lo de la monarquía extranjera, porque dominio extranjero no aceptábamos; se presentaba, decíamos, la monarquía criolla con Bolívar por monarca, solución a que se oponía su pudor, pudor que fué siempre la barrera entre él y el trono. A éste podría llegarse por medio de una evolución progresiva, y por ello su proyecto de constitución aristocrática de Angostura; punto de transacción, como se anotó, entre la Europa monárquica y la tendencia republicana de la revolución, o el puente entre ésta y aquélla, de considerarse viable la Monarquía en el desenvolvimiento de los sucesos y, sobre todo, en las negociaciones diplomáticas. Por otro lado, había choque entre sus principios aristocráticos y condiciones de noble gran señor con su carácter de caudillo popular, obligado a comer carne cruda con sus soldados en el campamento, y sus declaraciones de liberal, de republicano, lanzadas al mundo en cartas, proclamas y discursos. Chocábanse igualmente sus convicciones de no haber en el Estado elementos para la fundación de la república con la vergüenza de verse obligado a convenir en esto con sus enemigos, cosa que equivalía a confesar la falta de razón política de la revolución.

"Ahora, ahondando bien en su pensamiento, en su corazón, en sus más íntimos sentimientos, parece que pensó siempre, como único medio de asegurar su obra y salvar su gloria, en una monarquía criolla, disfrazada o declarada, bajo el protectorado de Inglaterra. Su cerebro no concibió nunca una república democrática, por considerarla de imposible consolidación" 202.

En aquellas enigmáticas y definitivas Conferencias de Guayaquil entre los Libertadores se destacan ciertas ideas de éstos, según Mosquera. San Martín, entre otras cosas, expuso: "Cuando yo dejé la España, alucinado por los escritos de Buenos Aires y de Colombia, creí encontrar en todo el hemisferio pueblos dispuestos a establecer la república, y con el más vivo patriotismo vine a trabajar por ella; pero confieso a usted que no tengo esperanza de ver realizada una república en estos países." Y agregó: "... dejaré el suelo de mi patria, me marcharé a Europa a pasar el resto de mi vida en el retiro, y ojalá que antes de cerrar los ojos pueda yo celebrar el triunfo de los principios republicanos que usted defiende. El tiempo y los acontecimientos dirán cuál de los dos ha visto con más exactitud el futuro." A lo que Bolívar respondió: "Ni nosotros ni la generación que nos suceda verá el brillo de la República que estamos fundando; yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes, y, al fin, una nueva casta de todas las razas producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con instituciones que son exóticas, como he dicho a usted, en la tierra virgen de América" 246-248.

Del final de estas conferencias de Guayaquil escribe Villanueva como conocedor experto, y lejos de las historias *patrióticas* vigentes en los países de nuestra América: "¿Fueron sinceros aquellos dos hombres? San Martín sí lo fué. La exposición que hizo de sus convicciones políticas fué franca y candorosa. No encierra las astucias del diplomático ni los artificios del hombre de Estado, ni podía suceder de otro modo porque él no era sino un gran soldado. Bolívar hizo diplomacia: en la cuestión de Guayaquil, según la propia expresión de San Martín, le había ganado por la mano; en lo militar se desenvuelve con habilidad y cumple el compromiso a que estaba obligada Colombia por el tratado de alianza firmado con el Perú a 6 de julio de 1822; en la política se maneja con maestría, evadiendo tocarla a fondo. Pero lo hace para legarnos una declamación de sentimientos republicanos que no vivían en su corazón, eminentemente aristocrático.

"Evadía tocar a fondo la cuestión por altas razones diplomáticas" 263. Y agrega: "Para Bolívar no había llegado la hora de negociar directamente con Europa el sistema de gobierno que se daría a los nuevos Estados, no habiendo terminado todavía la lucha. La hora no llegará sino de Ayacucho, es decir, después de afianzada la independencia de todo el continente" 264.

Conviene incidir sobre la condición ideológica de nuestras sociedades americanas *post 1810*. Con claridad verídica ha escrito Villanueva: "Todos aquellos hombres de la revolución hispanoamericana, es bueno repe-

tirlo, salían de la Monarquía y a ella trataban de volver, sin encontrar la fórmula para salvar el predominio de las clases directoras y asegurar a la vez el reconocimiento de los nuevos Estados por las Cortes europeas. No debemos olvidar que la independencia no representaba la idea republicana ni la monárquica, sino la de separación de España para constituir aquellas entidades soberanas bajo el sistema de gobierno que a bien tuvieran darse.” 264

Avancemos en este orden de ideas, pero en concreto, es decir, refiriéndonos al Libertador de Colombia: “Bolívar no se avenía con los proyectos argentinos, ni con los peruanos de San Martín, ni con el primitivo de Itúrbide de coronar príncipes españoles en América; primeramente por el sentimiento de patria que vivía en su alma, pues siempre trató de formar una nacionalidad hispanoamericana, desligada en todo de la tradición española; y luego había aquella especie de antipatía, por no decir rencor, contra el español, no por pasión innoble de su corazón, sino por efecto de aquella guerra cruel sostenida por él en Venezuela y Nueva Granada contra Monteverde, Boves, Morales y Morillo. Coexistía también, y debe decirse con ánimo imparcial, su orgullo, y su ambición de gloria y poderío no le permitían ceder el primer puesto a nadie. Su ambición era tan grande, que hacia el año 14, en Venezuela, hablando con el arzobispo Coll y Prat para poner término a la guerra con Boves, propuso que lo nombraran *Virrey*, con lo que se comprometía a desarmar a sus tenientes. Si se piensa en toda la trascendencia de la cuestión, se encontrará en ella al diplomático y al hombre de Estado, que resuelve en una alta combinación todo el problema de la revolución en aquel año aciago: *el triunfo de los criollos sobre los peninsulares*; pues en este tiempo hubiera podido negociar todavía Madrid sobre las bases del programa de Caracas presentado a Londres en 1810: los primeros puestos públicos de la colonia para los criollos y la autonomía colonial.

”Si en América debía levantarse ahora un trono, sólo a él le tocaba empuñar el cetro. No quería que le llamaran ambicioso, y por ello sus constantes declamaciones republicanas. Pero cuando entra a legislar le es imposible ocultar sus principios y sus convicciones, y busca entonces en los proyectos constitucionales de Miranda, 1790, la base de su célebre Constitución de Angostura, rechazada por el Constituyente de 1819” 265.

“Pero, con todo, Bolívar no podía prestar oído a la propuesta de establecimiento de monarquías españolas, pues esto era volver las colonias al dominio de la Península, cosa a que no estaban dispuestos sus tenientes, quienes querían conservar su conquista para ellos y no para los antiguos dueños ni para nuevos señores coronados. Este sentimiento de la nacionalidad ha sido y será siempre constante en el venezolano” 267. En su carta al doctor Peñalver, sincerando su republicanismo, dice:

“Usted me dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están todos minados por la pólvora moderna y que las mechas encendidas las tienen los furiosos que poco caso hacen los estragos.” Refiriéndose a esta carta, Villanueva le dedica este breve comentario íntegro: “Estúdiese bien este documento, y se verá, apartando las frases de simple adorno retórico, cómo se presenta el hombre de Estado al enunciar el problema político de la revolución y cómo resalta la lucha que se establece en su mente entre el viejo sistema monárquico, cuyos defensores batallan a diario para mantenerlo, y las nuevas ideas republicanas, que vienen abriéndose campo desde los días de la emancipación de las colonias inglesas de Norteamérica. ¡Vedlo cómo se asusta ante la perspectiva del estrago que en la sociedad van a hacer los furiosos, los demagogos!” ²⁶⁸.

Este modo de ver se aleja del panegírico, ¡loada sea la sinceridad de su expresión! Bas Bolívar ¿disminuye en sus empresas y en sus ideales por esto? No. El hombre de la masculina energía y del hispánico empuje, queda en alto. Nuestras juventudes tienen un espejo para la acción directa; ojalá comprendan sus ideales de solidaridad, de *Unidad interhispánica*, animados con el espíritu viril y pujante de nuestra América.

Cómo juzgó San Martín a Bolívar nos lo dirá lo siguiente; no hay en ello huella de rencor. El que dijo “que los hombres son monos, y como a tales debe tratárseles”; el filósofo que de regreso de la superficialidad humana se hacía indulgente, dijo magnánimo de *Simón, el Castellanero*: “A primera vista su persona no predisponía en su favor. Parecía estar poseído de mucho orgullo, lo que contrasta con su costumbre de no mirar jamás de frente a la persona con quien hablaba, a menos que no fuese muy inferior a él. Pude convencerme de su falta de franqueza en las conferencias que tuve con él en Guayaquil. Puede decirse que sus hechos militares le han merecido con razón ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del Sur. Lo que le caracteriza, sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello especial es una constancia a toda prueba, a que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros a que su alma ardiente le arrastra” ²⁸⁰.

Aquellos disociadores de nuestra América, esos de la porteña escuela a la manera de Mitre, no darán pábulo a la rivalidad entre los libertadores. Cuando la comprensión vive entre los hombres, como en este caso, desaparece la posibilidad de las estrechas y mezquinas ambiciones, y ellas se anulan como en los períodos del andino deshielo.

Villanueva escribe de Bolívar una impresión de conjunto muy comprensiva. Hela aquí: “La diosa favorita de Bolívar fué Venus, en cuyos altares ofrendó las más bellas flores de su alma. Entre las mujeres, nos

dice el coronel Hamilton, gozó del prestigio *d'un garçon de bonne fortune*. En su juventud tuvo la pasión del juego; pero ésta la fué corrigiendo con los años, pues a lo último sólo gustaba de hacer su partidita de naipes en grupo íntimo y por puro entretenimiento. Tenía horror al tabaco, a pesar de su vida de soldado. En su mesa era frugal. No conocía el valor del dinero. Leía mucho. Trabajaba más. Dormía poco. Adoraba el baile. Era suave en su trato social y extremadamente afable con las damas; pero, hombre de guerra, tenía con los hombres sus arranques de cólera, *sus crisis de bilis*, como él decía, pero que sabía dominar. De temperamento en extremo nervioso, tomaba a veces su palabra un tono áspero y hasta violento. Era rápido en la concepción, y más aún en la ejecución. Hombre de deporte, era buen jinete y notable nadador. Nunca tuvo acciones que desdijeran de la nobleza de su cuna, pues en el mismo campamento fué siempre gran señor, no obstante haber sabido plegarse ante el medio democrático en que actuaba. Hombre de carácter de hierro, decretó la guerra a muerte y la practicó con la frialdad del convencido, pero sin que esto autorice a llamarlo sanguinario ni cruel; ejerció el derecho de represalia y lo cumplió para dar el triunfo a su causa aterrando al enemigo. Tuvo una gran cultura intelectual, que hizo personalmente en medio de sus campañas, pues en su juventud no fué estudioso; pero sus maestros, don Andrés Bello y don Simón Rodríguez, sembraron una semilla que al fin dió succulento fruto. Sus escritos revelan constante lectura del francés y descuido de la lengua madre. En aquel hombre concurrió un conjunto de influencias literarias, políticas y filosóficas —de los autores ingleses, franceses y españoles— que al cabo llegaron a formar en él un carácter verdaderamente original, pero sobresaliendo siempre el tipo del hispano clásico, como dice Gil Fortoul. Era cristiano católico, pero no clerical. Orientó su espíritu en las doctrinas de los filósofos franceses; siguió muy a la letra los episodios de la Revolución francesa, en los que se inspiró para muchos de sus actos; su romanticismo lo tomó de la lectura de Chateaubriand, y sus proclamas tienen el corte del estilo de Napoleón. Es más bien un francés, pues de inglés no tuvo sino la adaptación que hiciera de los principios constitucionales británicos y del respeto que le inspiraba la seriedad de aquel gran pueblo. Es falso que odiara a España, ni podía hacerlo, porque a la madre no se odia nunca; cierto es, sin embargo, que él mismo lo dijo; pero al decirlo no lo hace sino por ímpetu de desesperación, de impotencia misma ante aquella terrible resistencia que oponía a declararse vencida después de tantos años de diario combatir. Era el grito de cansado gladiador. Ni odiaba tampoco a Francia, que, por el contrario, amaba, siendo, como era, su madre intelectual. Gritaba contra ella por considerarla aliada a España para someterlo y destruirlo. Leía inglés.

e italiano y hablaba correctamente el francés, que escribía de manera bastante pasable.

"Con todos sus defectos y debilidades, fué el más grande de los americanos del siglo XIX, ya se le considere como militar o estadista, ya como diplomático o administrador. Fué, es verdad, un grande ambicioso, ambicioso de gloria y de poder; pero, de no haberlo sido, no hubiera llegado a ser el Libertador de un mundo ni a clavar el estandarte de Caracas en las cumbres del Potosí.

"Su mayor gloria, en nuestro concepto, está en no haberse puesto la corona de Emperador de los Andes o de Emperador de Colombia, que le ofrecieron sus tenientes en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Chuquisaca, y en Londres y París las Cancillerías de Jorge IV, Luis XVIII y Carlos X. No cabe dudar que las circunstancias le llevaron a soñar con ella, que la buscó, que se la dieron; pero no es menos cierto que al ir a tomarla en sus manos retrocedió espantado, ya fuera por pudor, por temor de que sus tenientes le hicieran correr la suerte de Itúrbide, por conservarse consecuente con sus declaraciones públicas, o por miedo de que los liberales le llamaran usurpador, tirano y ambicioso vulgar" ²⁸¹⁻²⁸⁴.

De la rica documentación que el señor Villanueva exhibe aquí, puede dar idea con sólo recordar: la carta secreta de Pueyrredón al Duque de Richelieu, que no se contestó ⁶⁵; el informe de Le Moyne al Marqués de Osmond, por éste traducido y comunicado a Richelieu ⁹¹⁻⁹⁹, y la carta de remisión ¹⁰²⁻¹⁰⁵. Todo esto gira sobre la Monarquía argentina, y de cómo se entendieron Le Moyne y Pueyrredón lo explica bien ¹⁰⁶⁻¹²² refiriendo sus conversaciones, aunque "Pueyrredón destruyó en presencia de Le Moyne toda la correspondencia cambiada entre ellos, a fin de no dejar la menor traza de la negociación, de correr ésta a un fracaso. Inútil precaución" ¹²¹. Continuando este asunto, Desolle redactó una minuta reservada de su conferencia con Gómez ¹³⁰⁻¹³⁴, llegándose por el Congreso de las Provincias Unidas a aceptar las proposiciones francesas bajo bases cuyo texto figura ¹⁴⁸⁻¹⁵¹.

Sobre las conferencias de Pumchaucá, San Martín, presentó las proposiciones transcritas ¹⁷⁹⁻¹⁸¹, y sobre la coronación de Bolívar, trae la carta de Garabuya ²⁷¹⁻²⁷⁶, según el texto del *Foreign Office*.

(Continuará.)

DR. J. FRANCISCO V. SILVA.

Ideas sociológicas del padre Pedro Gerard

Muchas son las personas que conservan aún vivo el recuerdo de nuestro malogrado padre Gerard; muchos los que sienten que su figura se va ya como esfumando de en medio de aquellos que con tanto entusiasmo aplaudieron algún día al oírle pronunciar conferencias brotadas de su abrasado pecho de apóstol. Queriendo en lo posible mantener el fruto de vida que su palabra hizo germinar, nos determinamos a poner en manos del público algunos de sus trabajos, creyéndolos de sumo interés, hoy acaso más que nunca, por haberse calmado un poco las pasiones y por haber abierto el tiempo y la verdad más desahogado cauce a sus orientaciones y a sus tendencias.

Deseando, pues, dar provechoso contentamiento a los lectores de LA CIENCIA TOMISTA empezamos en el presente número a darles la exposición de las principales ideas vertidas por el padre Gerard, aun cuando para ello debamos sacrificar trabajos originales que por turno esperan ver la pública luz en la Redacción de nuestra revista.

Debemos advertir que no poseemos sus conferencias íntegras; nunca existieron escritas tal como él las pronunció; solamente fragmentos de gran parte de ellas, aunque no de todas, han logrado llegar a nosotros. Se nos alcanza muy bien que del gusto de muchos sería ver publicados estos mismos fragmentos tal como los conservamos; otros, sin embargo, optarán por conocer únicamente sus ideas sobre los principales puntos que se debaten en la sociología, sin preocuparse mucho de la forma. Por nuestra parte, en el deseo de complacer a todos, hemos creído conveniente transcribir sus mismas palabras siempre que nos fuera posible, agrupando sus ideas bajo algunos epígrafes generales y fundamentales en este género de materias. Así podrán unos saborear, en parte al menos, la oratoria del gran tribuno, y otros darse perfecta cuenta del sentir de este apóstol, que tan profundamente *vivía* las injusticias sociales y la miseria honda de las clases menesterosas.

Séanos, por último, permitido advertir que personas que están a mayor altura del que estas líneas escribe preparan sobre el padre Gerard un trabajo más personal y más íntimo sobre la vida del gran sociólogo. Nuestros lectores sabrán lo que era por dentro el padre Gerard después de haber conocido lo que exteriormente se mostraba según que de sus doctrinas se deduce.

ESTADO ACTUAL DE LA SOCIEDAD

“La sociedad actual sufre los sobresaltos y paroxismos de una agonía crudelísima. La civilización actual, que aspiraba a salvarla, se convierte en su terrible verdugo, obligándola, en nombre de la ciencia, a blasfemar de Dios y a apostatar de sus divinos preceptos. Vivimos rodeados de un ambiente profundamente impío, y, dicho sea de paso, sociedades que a tal estado llegan y autoridades que tal permiten, jamás tendrán motivos y mucho menos derecho para preguntar a Dios la causa de tal desamparo en la agonía que sufren y en la falta de consuelos de que carecen...”

“Realmente los estertores de muerte en nuestra sociedad son tales y tan manifiestos, que es muy difícil desechar la obsesión de que estamos en vísperas de un colosal sepelio. Y no hay razón para espantarse de lo que estamos palpando; tenía que ser así porque siempre lo ha sido, porque en todos los tiempos unas mismas causas han producido los mismos efectos...”

“Grecia, el pueblo culto por antonomasia, que tan bien sintió la belleza y elevó a una altura inmensa la metafísica, la elocuencia, la poesía, la escultura, la arquitectura y las artes todas, este pueblo llegó a sentir la sed fatídica de lujo y de placeres y le debilitó de tal modo, que cuando Filipo de Macedonia entró con sus famosas falanges en él, no encontró ya un pueblo valiente, guerrero y lleno de vida, sino un pueblo enervado por los placeres y habitado, más que por hombres, por afeminados y mujercuelas fáciles de conquistar. Esta sed de placeres mató a Egipto: Octavio César la conquistó sólo con no rendirse a los encantos de la reina Cleopatra. El imperio colosal de Roma, este pueblo belicoso, severo, infatigable, acostumbrado a combatir siempre, y siempre a vencer, no puede hacer frente a los bárbaros. ¿Por qué? Estaba ya agónico, había ya sentido la sed de los placeres, estaba enredado, envuelto, amarrado con el fausto y lujo de Oriente.”

Decía esto el padre Gerard el 8 de abril de 1912, predicando en Jerez el sermón religioso-social de las *Siete palabras*. Después de hacer ver con arrebatadora elocuencia que esta sed de placeres y esta borrachera de vicios la viene sintiendo desde hace ya tiempo nuestra socie-

dad, y que sin ser profeta se puede augurar para ella un desastroso fin, ya que sed, corrupción y muerte es ley inexorable de la historia que no fallará jamás, añade:

“Al considerar yo nuestra sociedad pareceme estar presenciando aquellos instantes solemnes en que Jesucristo, pendiente de una cruz, daba la vida por el mundo. Hoy, como entonces, el cielo está ya oscurecido; tinieblas densísimas y espantosas nos circundan por todas partes. Las huelgas, a manera de terribles olas, penetran en todas las naciones, no perdonando a las más florecientes ni a las más poderosas. En el pueblo inglés, tranquilo, reposado, frío, acaba de plantearse el problema del salario mínimo, que parece como que no significa nada y representa todo un *consummatum est* de la civilización actual.”

El sermón predicado en la VI Semana social de Pamplona con motivo de la celebración del centenario de la batalla de las Navas de Tolosa abunda en los mismos conceptos.

“La historia se repite —dice el padre Gerard—, y por eso, sin duda, puede con verdad llamársela maestra de la vida. El mundo antiguo alcanzó un grado de esplendor notable; somos los primeros en reconocerlo, pero nadie podrá discutirnos que de toda aquella grandeza no otra cosa de provecho nos queda desde el punto de vista intelectual, filosófico y moral más que restos de un derecho, del Derecho romano, hijo de la opresión y de la fuerza...”

“También hoy poseemos un grado de progreso que supera a cualquier momento de la historia antigua. Lo que ningún siglo ha visto lo pueden contemplar los niños del siglo xx: hombres que se lanzan fuera de nuestro planeta para estudiar los mundos que giran en los espacios; signos que transmiten los pensamientos de continente a continente en milésimas de segundo; sabios que, hundiéndose en el interior de los cuerpos, estereotipan las bellezas que en su seno llevan... Todo esto es progreso estupendo, enorme, que hay que aceptar con orgullo y proclamar con satisfacción; mas quiera Dios que el tiempo no vaya cribando esta civilización moderna hasta dejar de ella tan sólo algunos restos despreciables, como del mundo antiguo nos quedaron. Comoquiera que fuere, es lo cierto que se notan ciertos y sombríos pronósticos que anuncian algo terrible para el porvenir.”

La unidad del plan divino nos hace buscar en la sociedad leyes muy semejantes a las que rigen el mundo físico. “Todos los movimientos del universo y de los seres que lo pueblan; toda la ordenada máquina de los astros, de la creación entera, estriba en la ley de la gravitación universal. Suprímase esa ley y habremos caído en un estado caótico, en que ni seremos posibles los seres vivos que habitamos el mundo ni sub-

sistirá éste, porque los astros irán a chocarse o despedazarse en su desenfrenada carrera.”

Pues bien; en el orden moral podemos observar algo muy parecido: “La sociedad humana está basada en una ley de gravitación constituida por estas dos tendencias: amor a la verdad e inclinación hacia el bien. Pero hay que ser muy ciegos para no ver que esta ley fundamental está harto quebrantada, y el día en que haya desaparecido en absoluto, la sociedad humana se despedazará a sí misma. La aristocracia del siglo XVIII hizo de todo esto un funesto ensayo; quiso vivir sin Dios, creando en este mundo un paraíso a su antojo. Para ello se libertó a sí misma de toda autoridad, de toda ley, de toda continencia; cayó en el más desenfrenado abismo de ambición y de lujuria. Pero ese ensayo no podía permanecer secreto; el pueblo tenía que apercibirse de él y pretender participar del mismo. Eso trajo la sangrienta revolución francesa, brutal, aterradora, pero humanamente lógica. Porque si no existe Dios, ¿en nombre de quién se va a gobernar? ¿Qué otro hombre va ser más que yo mismo para hacer que sacrifique mi voluntad y acate la suya, que abandone mis intentos y me someta a los ajenos.” (Conferencia de Pamplona.)

Indudablemente este es el espíritu que se respira en el infestado ambiente de hoy. Es un hecho desconsolador, tristísimo, significativo de la horrible podredumbre que destroza nuestra sociedad, el que en ningún código del mundo se pone el nombre de Dios, no haciéndose nada a base de ese nombre en la actual civilización. Por eso los clamores de guerra se oyen por doquier, aun cuando lo más negro de la rebelión esté todavía latente. Se aceptan los mandatos de la autoridad cuando se ve encima la amenaza de la fuerza; pero la fuerza de la autoridad son muy pocos los que la respetan.

“Este olvido de lo sobrenatural y este espíritu de insubordinación —dice el padre Gerard— parece como que obligan a Dios a retirarse del mundo dejando a los hombres entregados a su ciencia para que hagan de nosotros miserables simios más o menos perfeccionados. Así vamos caminando, después de tantos progresos, con la inteligencia obscura, corrompidas las costumbres, la amistad deshecha y enzarzados en contiendas horribles todos los miembros de la sociedad.

Las gentes todas sienten la necesidad del remedio; mas, a juicio de nuestro gran sociólogo, son poquísimos los que aciertan a poner el dedo en la llaga.

“Mil veces en la vida hemos presenciado momentos solemnes que se graban con caracteres indelebles en nuestro corazón; momentos tenebrosos llenos de obscuridad; momentos en que todo parece mucho más negro que una noche sin luz y sin estrellas; y son éstos aquellos instan-

tes en que una persona querida, un padre, una madre, un hijo, luchan en contienda gigante en sus últimos momentos entre la vida y la muerte, momentos horribles en que nuestro cariño quiere oponerse a lo que dictan las leyes invariables de la naturaleza... ¡Cuántas veces nos hemos forjado la ilusión de que tal vez el enfermo se salve!"

"Esto exactamente es lo que sucede en la vida de todas las sociedades, pues no en vano nos hemos criado, desarrollado y bebido la civilización de que nos enorgullecemos ante los siglos. Nos hallamos, en medio de tantas luces, al borde de una tumba dando comienzo a la agonía de una civilización. En vista de esto, por todas partes suenan voces de regeneración y de fraternidad y los pueblos todos se lanzan a conquistar los códigos de sus derechos, sin acordarse nadie de sus deberes. Las clases altas se sienten sobrecogidas de temor ante la civilización que perece; creen de buena fe que es justo salvarla y hacen lo imposible para sacar a flote y continuar el imperio de las mentiras y de las farsas. Estamos sedientos de paz, es cierto; pero ¿en qué consiste la paz cristiana? No es sinónimo el nombre de paz, de quietud o marasmo. La paz, como explica Santo Tomás, es la tranquilidad del orden. Aseguremos esto, y habrá paz; sacrifiquemos algunos de nuestros caprichos, de nuestros lujos, y habremos sólidamente perfeccionado la obra social." (1)

Es preciso hablar claro y decir que todos esos tanteos y todos esos equilibrios que el capitalismo está haciendo para conservar la hegemonía del imperio no hacen sino empeorar más y más la situación.

"De este estado jurídico y social que venimos lamentando se han derivado consecuencias que, a pesar de su gravedad, no me explico por qué han cogido de improviso a la sociedad. Las consecuencias a que me refiero son el socialismo y el anarquismo. Repito que no sé por qué producen extrañeza en el mundo. Lo que me asombra es cómo el hombre a quien en medio de explotaciones inicuas le arrancaron la fe, no es anarquista por sus cuatro costados. Si no hay Dios, ¿a qué perder tiempo? La vida se escapa; bien necios seríamos si la dejásemos pasar sin disfrutar de ella. ¿Por qué yo sufro y el mundo goza? ¿Por qué obedezco y por qué me mandan? He aquí las interrogantes, he aquí las dudas, he aquí las primeras materias en ebullición que están formando un horno de explosivos en el pecho de cada pobre; y esto será todo lo terrible que se quiera, pero es lógico; los desgraciados que a tales consecuencias lleguen tendrán siempre el mérito de haber sido consecuentes."

"Cuando considero el actual estado de cosas y veo la guerra sorda que se está fraguando en las entrañas de la sociedad, no puedo menos de decirme a mí propio: ¡esto se va! Pero no es esto lo que más me

(1) Conferencia a los obreros en Sestao (Vizcaya) el 29 de julio de 1912.

atterra; mi espanto llega al colmo cuando me pregunto luego: ¿qué es lo que viene? Horror me da pensarlo; para mí es evidente que vendrá, a no tardar, el triunfo total o parcial del socialismo y dará su última boqueada una civilización que entre la lujuria se hunde. ¡Porque es muy cándido creer que con cañones y bayonetas se detiene el paso de la lucha social! Pese a quien pese, los socialistas, con tesón digno de mejor causa, van llevando sus teorías al triunfo definitivo. Hoy pierden alguna escaramuza en alguna parte del globo, pero estudian con entusiasmo las causas que los han inducido a la derrota. Mañana pierden otra, pero con el recuerdo de la anterior y el estudio realizado se van disponiendo para vencer en la batalla general" (1).

"Este es el hecho innegable, palpable aun para los ciegos; poco a poco se van trastornando los sentimientos y con palabras equívocas se va disponiendo el mundo para la guerra final." "Como siempre, hoy de lo que más se habla es de lo que más se carece. Nunca se habló más de fraternidad que con Robespierre, y en nombre de ella se guillotiné a centenares de miles de personas; ni de pureza de sentimientos que en tiempo de madame Pompadour, y en ellos se llegó a la mayor disolución de costumbres; así nunca más que hoy se ha hablado de libertad, de justicia y de progreso y nunca hubo menos de los que hay. Existen, sí, como antes ya lo hemos reconocido, algunos espléndidos y magníficos, pero para los poderosos." (2)

Así las cosas, vamos navegando trabajosamente por el mar de la vida. Nuestra civilización no se preocupa más que de evitar se perturbe la paz y la tranquilidad pública. Muchos siguen creyendo que allí donde las armas sean impotentes para doblegar a las muchedumbres bastará el oro para sobornar a los jefes que dirigen. El oro puede mucho en el mundo, pero no lo puede todo; podrá sacar del apuro a algún patrono durante algún tiempo, más o menos largo; pero es preciso tener en cuenta que cuando una idea arraiga de verdad en las muchedumbres, el oro es el metal que menos vale y al que menos importancia se le concede (3).

(1) Conferencia de Sestao, arriba citada. Cuando murió Pío X, apuntaba el padre Gerard en su diario lo que sigue: "¿Vendrá el siguiente Papa siendo *Religio Depopulata*? Todo es de temer, y lo que me parece más cierto es que cuando termine la actual conflagración europea, mundial, el mundo dará una espantosa sacudida socialista o anarquista debida a la miseria y al hambre, que, si Dios no lo remedia, se echará encima a poco que la guerra se prolongue." Así pensaba este gran sociólogo el primer año de la guerra, cuando tantos cándidos se hacían la ilusión de que el socialismo había muerto renegando de sus doctrinas pacifistas. El tiempo le ha dado la razón con bien triste elocuencia.

(2) Sermón o conferencia social en Pontevedra en la Novena de San José. 12 de marzo.

(3) En las notas de su *Diario social* correspondientes a un viaje que hizo en 1914 de Madrid a Sevilla en compañía de un afamado fabricante de Manresa se leen estas palabras: "Me explicó gran parte de la táctica de que se valen los patronos en-

Quiera Dios que la sociedad se dé cuenta todavía de estas verdades; de lo contrario, la catástrofe se echará encima y el remedio vendrá ya tarde.

FR. T. S. PERANCHO.

talanes en sus luchas con los obreros, sobre todo con los huelguistas. Todos los patronos de Manresa forman una sociedad. El presidente puede, sin rendir cuentas detalladas, gastar de los fondos del tesoro, siempre que se trate de comprar al jefe de huelga. Me dijo que este era de ordinario el último recurso, pero de efectos maravillosos y eficaces. Son rarísimos los jefes que se resisten. ¡Pobres obreros, siempre engañados por unos o por otros! Me contó otros muchos procedimientos para vencerlos siempre con eficacia. Como por aquí descubrí más y más la desgracia de los pobres, confieso que esta conversación me produjo algún daño. ¡Dios mío: "¿Por qué no se convencerán nunca los obreros?"

El Diccionario de Arqueología cristiana y de Liturgia de Cabrol-Leclercq ⁽¹⁾

La publicación de una obra de esta clase es un acontecimiento de relieve suficiente para que le dediquemos algunas páginas informativas y de presentación como lo hemos hecho anteriormente con el *Diccionario de Teología católica* y con el *de Historia y de Geografía eclesiásticas* editados por la misma casa.

Llevados a una relativa perfección los estudios históricos acerca de las demás manifestaciones de la cultura y de la ciencia cristiana, se nota hoy una especial concentración de esfuerzos para ordenar en sistema y elevar a la categoría de ciencia auxiliar de primer orden de la teología a esa expresión de la doctrina y de las instituciones de los primeros siglos de la Iglesia.

En cuanto a la Arqueología, existían ciertamente diccionarios que en su tiempo fueron obras acabadísimas, como, por ejemplo, el de Martigny en Francia, publicado en 1864 y reeditado en 1877; el de Smith en Inglaterra (1875) y el de Kraus en Alemania (1882-86). Pero los trabajos y progresos realizados posteriormente, tanto en el descubrimiento de nuevos datos como en la deducción de las leyes y principios a que debe sujetarse esta especialidad, hacían necesaria una revisión de los materiales antiguos y un inventario de los nuevos hallazgos. La simple lectura de la lista de monografías publicadas durante los últimos cuarenta años acerca del arte bizantino, de las catacumbas, de la arquitectura cristiana, de la iconografía, epigrafía y numismática y de multitud de excavaciones que se han venido realizando, sugieren la idea de que el procedimiento más expedito, y tal vez el único para poder llegar a tener una noción precisa de ese conjunto de materiales y de las enseñanzas que en ellos se

(1) *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et Liturgie*, publié par le Rme. dom F. Cabrol et le R. P. dom H. Leclercq, avec le concours d'un grand nombre de collaborateurs. Se ha publicado hasta la palabra *Cyzique*, en tres tomos en 4.º mayor de 3.274, 3.331 y 3.278 columnas, París, Letouzey et Ané.

encierran es fundirlos en un Diccionario monumental como éste, campo más apto que el clásico Manual para dar cabida en él a las descripciones amplias y a los documentos literarios que tanta luz aportan a estos estudios.

Las razones que existen para emprender la publicación de un Diccionario de Liturgia son todavía más poderosas, ya que en este punto no hay precedente que llene de un modo satisfactorio las necesidades del momento. Además, los descubrimientos y publicaciones de los últimos años han suministrado un cúmulo de documentos inéditos que en conjunto han cambiado el concepto de los estudios litúrgicos, han suscitado problemas nuevos o facilitado solución para los debatidos hasta hoy. Como afirma muy atinadamente el padre Cabrol en las primeras páginas de esta obra, la ciencia litúrgica está en vías de formación. Contamos con trabajos admirables, repertorios y obras de detalle a los que necesariamente hay que acudir para orientarse en esta materia; mas, a pesar de ello, esta ciencia no está aún suficientemente organizada. No puede decirse que sus principios tengan bastante solidez, el método es con frecuencia defectuoso, se procede a veces con gran desconocimiento de las leyes a que obedece la evolución de los ritos y hasta los instrumentos de trabajo no son todo lo abundantes que fuera de desear. Para proceder con orden hay que comenzar por hacer el balance de lo que se sabe a ciencia cierta, señalar con toda precisión el punto a que hemos llegado en cada cuestión particular para evitar a los principiantes y aun a los maestros esfuerzos innecesarios. Esto exige generalmente una preparación de muchos años, y la forma de diccionario se presta admirablemente a esa necesidad y bastará la lectura de algunos artículos para ponerse al corriente de ciertas nociones primordiales.

“El Diccionario —continúa diciendo el padre Cabrol— facilitará también el trabajo de una clasificación cronológica y geográfica de los ritos, fórmulas, textos y documentos. La confusión que existe sobre esto en nuestros conocimientos y los errores que se han cometido proceden de que no siempre se han distinguido debidamente los tiempos y lugares. Cuando se hayan clasificado todos los hechos se podrá filosofar más fácilmente y con más seguridad.”

Corresponde a un trabajo de esta índole investigar el origen y principios de la liturgia de la Iglesia, tema que ha dado lugar a tantas fantasías expuestas con gran aparato científico cual si se tratase de verdades demostradas. Dados los adelantos de los estudios escriturarios y el esclarecimiento de la historia del pueblo judío, la investigación de los orígenes de nuestra liturgia recibirá grandes luces por su comparación con la liturgia de ese pueblo de quien es indudable que los cristianos tomaron muchos elementos de culto.

También conviene dar cabida en esta obra a la liturgia practicada entre los herejes, terreno poco explorado todavía y que nos llevará a deducciones fecundas para la historia de la liturgia católica, una vez que por este conducto de las herejías se infiltraron eventualmente en las costumbres cristianas prácticas y elementos de procedencia pagana.

Aparte de estos preliminares obligados, el programa para un diccionario como el presente debe abarcar, por ser su objeto propio, los *ritos* (historia de los sacramentos, consagraciones, bendiciones, etc.), las *fórmulas* que a ellos acompañan (aclamaciones litúrgicas, oraciones, exorcismos, prefacios, salmodias, antífonas, responsos, himnos...), los *libros litúrgicos* en que esas fórmulas se contienen y cuya historia ofrece margen para amplios estudios (sacramentarios, leccionarios, evangeliarios, misales, pontificales, breviarios, rituales, etc.); las *gestas* litúrgicas, como poststraciones, genuflexiones y signos de la cruz; las *cosas o elementos* (el agua, sal, aceite, incienso, el fuego, las iglesias, capillas, altares, vasos sagrados, etcétera); las *familias litúrgicas* (oriental, griega, latina); las *personas o jerarquía*, el monacato, los fieles, las vírgenes y los catecúmenos, y, por último, los *tiempos* (la semana, el año litúrgico, las fiestas y la división de horas canónicas).

Sin violentar sensiblemente las líneas de este esquema, que es el que han trazado los directores del Diccionario que nos ocupa, cabe hacer entrar en él la historia de las antiguas instituciones cristianas, de las herejías y ritos sincrónicos de carácter pagano, la descripción de todos los restos culturales de los primeros siglos, que además de tener un valor arqueológico fundamental, reflejan envueltos en un simbolismo exuberante las costumbres, creencias y prácticas religiosas de la época; en fin, todo cuanto de alguna manera pueda contribuir a una más amplia y exacta información de la vida de la sociedad cristiana. Pero la riqueza de materiales adecuados para llegar al conocimiento preciso de la liturgia de la Iglesia en sus formas primitivas obliga más bien a ceñirse escrupulosamente al tema evitando disquisiciones que no sean de estricta necesidad. Por eso se han excluido de este Diccionario las cuestiones bíblicas, teológicas, legislativas y canónicas, de las que únicamente se han tomado aquellos resultados que sirven de base para el estudio de la liturgia y arqueología. De no hacerlo así la empresa hubiera resultado caracterizada y perdería en interés a medida que sus proporciones fuesen aumentando. Una enciclopedia de todas esas ciencias eclesiásticas se tenía por algo imposible en el siglo XVIII, aunque el dominico padre Richard emprendió con éxito la demostración de que podía realizarse, publicando en seis volúmenes en folio su *Diccionario universal, dogmático, canónico, histórico, geográfico y cronológico de las ciencias eclesiásticas*. Pero hoy las dificultades han aumentado en proporciones extraordinarias y la acep-

tación que pudiera tener una obra de ese género sería seguramente inferior a la de cualquiera de estas enciclopedias particulares que publica la Casa Letouzey et Ané de París.

Los tres tomos de la de *Arqueología cristiana y de Liturgia* que han salido a luz, revelan por sí solos un esfuerzo digno de todo elogio. La lectura de sus artículos produce una impresión altamente satisfactoria por el esmero con que están redactados. Bien a las claras se nota que son obra de especialistas que, no contentos con hacer un resumen de lo que sobre la materia se pudiera encontrar disperso en algunos libros, se han tomado el trabajo de revisar cuanto en las colecciones de documentos y en artículos sueltos se ha dado a conocer, haciendo así un estudio personal y acabado, robustecido con la prueba documentaria que tanto suele escasear en publicaciones de este género. En torno a un nomenclátor relativamente pequeño se van agrupando las materias en forma de monografías sin divagaciones ni palabrería huera, antes bien, conforme a toda ley de buena crítica objetiva con madurez de juicio y abundancia de informaciones y de referencias bibliográficas. El investigador acostumbrado al rigor científico que sea garantía de toda afirmación, puede saborear aquí el notable progreso realizado en asuntos de sí tan inseguros. La gran variedad de pruebas que suelen acompañar a la exposición, hacen que se tome con toda confianza las conclusiones propuestas para trasladarlas al dominio de las ciencias teológicas o escriturarias, pudiendo figurar dignamente al lado de los más decisivos argumentos que corroboran la verdad cristiana. Así es como la arqueología y la historia del culto resultan auxiliares preciosos de la teología.

La firma de F. Cabrol figura al pie de un buen número de artículos de liturgia; pero es mucho más considerable la colaboración debida a H. Leclercq, cuyo nombre se lee en casi todos los temas relativos a arqueología y a historia de la antigüedad cristiana. Sin exageración se puede decir que la mitad de la parte publicada de este Diccionario ha salido de su pluma, encontrándose aquí los elementos de las conclusiones científicas que ha condensado en sus dos volúmenes del *Manuel d'Archéologie chrétienne*.

Con muy buen criterio se ha dado amplia cabida a la parte gráfica, que en estas materias es imprescindible. Nada menos que 3.501 figuras, amén de varias láminas en colores, ilustran estos tres tomos publicados.

Por temor a ser injustos no poniendo bastante de relieve todas las ventajas encerradas en esta obra, desistimos de enumerar los méritos que hemos observado en muchos de sus artículos notables, por su extensión, novedad y perfecto acoplamiento de los datos que en ellos se encuentran reunidos.

BOLETÍN DE APOLOGÉTICA

I

OBRAS DE CARÁCTER GENERAL

Es de justicia que demos principio a este Boletín por el examen del *Tractatus de Vera Religione* del insigne Van Noort, bien conocido por sus excelentes libros de texto para los Seminarios (1). El nuevo editor, profesor de Teología in *Seminario Warmundano*, lo ha enriquecido con copiosa bibliografía moderna y con abundantes notas alusivas a errores y orientaciones recientes, que el autor no pudo conocer. De este modo ha colocado el texto de Van Noort a la altura de las actuales circunstancias, sin que él pierda nada de su sabor primitivo, de la concisión y claridad, de la nervuda complexión de su forma original.

Que esas son las características de los textos de Van Noort y en especial de este que examinamos. En breve espacio compendia largas argumentaciones, y las compendia con tal habilidad y maestría, que generalmente no pierden nada de su valor. Al mismo tiempo sabe imprimir a las pruebas notable luminosidad, que las hacen fácilmente asequibles. Claro que a veces la excesiva concisión no deja ver con bastante evidencia la fuerza de ciertos argumentos, que de suyo exigen larga exposición de hechos. Tales son, por ejemplo, las pruebas por la santidad (Sec. II, c. III, a 3), por los mártires (ib.), etc. Pero ello es inevitable dados los marcos reducidos que se impuso el autor; y por otra parte, estas deficiencias pueden y deben suplirlas las explicaciones de los profesores. Además de la concisión contribuye mucho a reducir la extensión de este texto, sin suprimir nada de lo que es esencial en obras análogas, la norma general que en él se sigue de no tratar de cuestiones que se suponen estudiadas en los cursos de Filosofía, o corresponden, según el plan actual de la carrera eclesiástica, a otras asignaturas. "Quare igitur —pregunta con sobrada razón el autor—, nos in praelectionibus nostris, quibus cetero ulm temporis copia sat modica praesto est, ea repeteremus, quae alibi ex professo tractantur? Accedit quod, si nihilominus hanc materiam tangere vellemus, id maxima tantum brevitatem et non-

1 *Tractatus de Vera Religione*, autore G. Van Noort. Edit. 3.ª recognovit. E. P. Rengs. Un vol. es 4.º de XLIV-340 págs. Bussum, P. Brand, 1917.

nisi per summa quaedam lineamentà facere possemus. Atqui harum rerum pertractatio nimis contracta et incompleta, nostro quidem iudicio, obesse magis quam prodesse nata est" (pág. xxviii). Esta excelente observación final, que el autor hace con respecto a las cuestiones bíblicas conexas con la Apologética, vale para todos los demás asuntos. Y sería de desear que los escritores de textos la tuviesen muy en cuenta. Así se evitarían muchísimas repeticiones totalmente inútiles (bastantes es preciso hacer casi necesariamente), y no habría tantos argumentos *mancos* y de escásísimo valor por la manera incompleta de exponerlos.

Al señalar el método a seguir en la Teología fundamental (éste es el nombre genérico que da no sólo al presente tratado de *Vera Religione* sino también al de *Ecclesia*, de *Fontibus Revelationis* y de *Fide*), método científico, o, mejor dicho, racional por el fin que en ella se persigue, hace el autor esta severa observación, que nos revela el sólido criterio que respaldece en toda su obra: "Haud obliviscimur tamen, nos etiam, in hoc scientifico fundamentorum fidei examine catholicos esse, quibus minime opus est adhuc inquirere veritatem, sed solum intelligentiam tum intensive, tum extensive perfectiorem motivorum, quibus nititur." A lo cual añade en nota: "Igitur fundamenta religionis nostrae subijcimus examini *non dubitativo* (quod irrationabiliter simul et impie s. Theologiae candidatis commendabat S. Hermes...) sed confirmativo, cujus finis est a certitudine vulgari progredi ad certitudinem philosophicam" (pág. xxvi). Esa es, efectivamente, la actitud que debe adoptar el apologista, que en nada aminora el valor científico de sus demostraciones por mucho que proteste Harnack, con todos los racionalistas. La eficacia de una prueba no se ha de medir por la convicción o certeza de quienes la aducen, sino por el valor de los principios o hechos en que se funda, por la textura lógica de las premisas y de la consecuencia.

Define Van Noort la Teología fundamental: *Institutio eorum, quae scitu necessaria sunt ad theologiam specialem tractandam* (advierta el discreto lector la inmensidad de *cosas* que abarca semejante definición, a todas luces imperfectísima), y declara que "qua disciplina peculiaris, non nisi ultimis saeculis colitur, fines undequaque ratos et fixos nondum habet" (página xxv). Es cierto; pero verdaderamente nos parece exagerado incluir en ella el tratado de *Fide*, francamente teológico en el riguroso sentido de esta palabra, máxime si se tiene en cuenta el objeto formal que él mismo le asigna: "Sequitur objectum formale Theologiae fundamentalis, in quantum probat factum revelationis, esse cognoscibilitatem naturalem seu historico-philosophicam, in quantum probat revelationis infallibilem ab ecclesia conservationem, esse vel ipsam revelationem (cognoscibilitatem supernaturalem) vel rationem naturalem (cognoscibilitatem historico-philosophicam)" (pág. viii). Todo esto no se aviene fácilmente con la identificación de la Apologética con la Teología fundamental, que se define en esta nota del texto: "Apologetica (seu theologia fundamentalis) enim est cognitio credibilitatis religionis catholicae, sive cognitio veritatum, quae logice praerquiruntur ante fidem catholicam, unde munus apologeticae est reddere religionem catholicam evidenter credibilem, quod munus explet probando fa-

ctum revelationis ejusque ab Ecclesia infallibilem conservationem" (página xxiv). Si la Apologética y la Teología fundamental son una misma cosa y ambas tienen por objeto el probar el hecho de la Revelación y la conservación de ésta en la Iglesia, no se ve por qué motivo se han de ocupar de la fe ni siquiera de *Fontibus Revelationis*.

En cuanto al contenido de la obra poco se necesita decir. Abarca todas aquellas cuestiones que se estudian en tratados análogos. Preceden al cuerpo de la obra dos prolegómenos: uno sobre la Teología general y otro sobre la Teología fundamental. Sigue luego una breve y documentada exposición del Modernismo, entresacada de la encíclica *Pascendi*. Resume todo el tratado de *Vera Religione* en dos secciones: *Theoria religionis* y *De veritate religionis christiano-catholicae*. De la sección primera merece especial mención el artículo III del capítulo II: *De cognoscibilitate revelationis*. Muy compendiosamente, pero con gran exactitud, examina el autor los diversos criterios de la Revelación. Sobre el empleo de los internos, después de afirmar su gran utilidad, añade lo siguiente: "Imo nonnunquam plane necessarius (usus) erit ad removenda praejudicia eorum, qui argumentis externis aurem praebere detrectant, vel quia religionem, de qua agitur, obsoletam esse vel absurditatibus scatere putant, vel quia opinantur religionem aliquam ipsis credibilem et veram fieri non posse, nisi exigentiis atque aspirationibus proprii cordis respondere probetur" (pág. 60). En cuanto al método de inmanencia, cree que ni es inútil ni falaz *ex integro* ni completamente suficiente. Con tal de que la *exigencia*, a que se refiere dicho método, no se coloque en los mismos principios de la naturaleza sino en el instinto del Espíritu Santo, que secretamente invita al hombre a la fe, no hay confusión entre los órdenes natural y sobrenatural. Además debe alabarse todo lo que tiende a ensalzar la Iglesia y los dogmas: "Hujusmodi enim argumenta, añade, multum valent apud viros exultos et honestos, quos nonnumquam adjuvante gratia efficaciter promovent. Nihilominus paucis tamen hominibus apta sunt, quum praeterea eorum aestimatio non parum pendeat a subjectiva et mutabili audientium dispositione... Quod si quaeratur, num hujusmodi argumenta per se sola sufficiant ad veritatem divinam, seu factum revelationis certo probandum, negative respondendum censemus. Directe non probant nisi excellentem utilitatem seu bonitatem religionis catholicae, ut autem ex bonitate ad originem divinam cum certitudine concludatur, constare debet, bonitatem, harmoniam cum natura, vim perfectivam actionis humanae tantam esse, ut possibilitas humanae inventionis penitus excludatur. Hujus autem rei probatio, certa scil. non ita facilis est, et immanentistae eam parum curant" (pág. 106).

En la sección segunda hace la aplicación de los criterios a la religión católica: excelencia de la doctrina cristiana; divina misión de Cristo probada por sus virtudes, milagros, profecías y en particular por su resurrección; moral divino de la religión cristiana demostrado por los milagros físicos y morales, por los frutos de santidad que produce, por sus mártires y por las profecías mesiánicas.

Son dignas de citarse por su sensatez y moderación las siguientes líneas de la *conclusio totius tractatus*: "Argumenta exposita credibilitatem religionis catholicae ita evincunt, ut omnino sufficiant ad gignendam in quotlibet homine, ea serio ac sincere meditante, veram certitudinem moralem de facto revelationis, seu de divina origine religionis catholicae. Certitudinem dico moralem, nam testimoniis aliisque argumentis moralibus nítitur; veram tamen et strictam, quae possibilitatem prudentis dubii penitus excludit. Nec quisquam hanc certitudinem minoris aestimet, quia moralis est; ineptum enin esset in hac materia quaerere certitudinem metaphysicam aut physicam, quippe quae scientiae historicae, qualis est inquisitio de facto revelationis non conveniunt" (pág. 295). Termina la obra con un breve apéndice sobre la religión revelada precristiana y otro bastante amplio y muy sólido acerca de la doctrina de Cristo sobre la *παρουσία*.

Recomendamos vivamente este texto a todos los seminarios y casas religiosas. Es relativamente breve (puede estudiarse con facilidad en un curso al lado de otras asignaturas) y muy bien documentado. Por otra parte, su sano criterio, la moderación y seguridad de sus conclusiones lo hacen muy aceptable. Algún inconveniente ofrece, sin embargo, la exagerada abundancia de notas en alemán y no pocas en holandés, lenguas que no suelen conocer nuestros estudiantes. Nuestra literatura moderna es tan poco conocida del autor, que ni siquiera cita a Balmes (traducido en casi todas las lenguas europeas) ni a Donoso Cortés; no digamos nada de otros escritores de menor cuantía. Defecto es este que, por desgracia, advertimos en la mayor parte de las obras extranjeras.

Más comprensiva que la obra de Van Noort es la *Syntesis Theologiae Fundamentalis* del doctor don V. Sáiz Ruiz, profesor de la Universidad Pontificia de Burgos (1). Abarca, en efecto, no sólo el tratado de *Vera Religione* sino también el de *Locis* con sección especial y bastante extensa para la *Introductio in S. Scripturam*, el de *Ecclesia Christi*, con su correspondiente apartado para el primado del Romano Pontífice y, por último, el de *Genesi, analogia et regula fidei*. Una verdadera *Pantología* sagrada, como diría un escritor moderno (a quien por cierto no se encuentra citado en la obra del señor Sáiz, a pesar de ser uno de los autores más beneméritos de la Apologética y aún de la Teología en nuestros tiempos). Para incluir en su libro estos cuatro tratados tan diversos, en los cuales la Filosofía, la Historia, la Apologética, la Teología y la Exégesis tienen que entremezclarse y darse cita a cada paso, el autor ha tomado por norma las necesidades escolares de la Universidad en que enseña. Esto hace de él un texto útil para aquel centro docente; pero poco recomendable en general, según la humilde opinión de quien escribe estas líneas. Pues ni los *Lugares teológicos* deben figurar en un tratado de Apologética propiamente dicha, ni la introducción a la Sagrada Escritura, tal como hoy ha de estudiarse

(1) DR. V. SÁIZ RUIZ: *Syntesis Theologiae Fundamentalis*.—*Cursus Scholastico-apologeticus*. Un vol. de 656 págs. H. de J. Gili. Barcinonae, 1916.

para satisfacer las exigencias de los modernos progresos científicoexegéticos, cabe en el marco de los *Lugares teológicos*. A su vez, el tratado sobre el génesis, analogía y reglas de fe, en gran parte, por lo menos, es puramente teológico, y, salvo algunas cuestiones, tiene su lugar propio en el curso de Teología dogmática, en el cual necesariamente han de examinarse los diversos problemas relativos al hábito sobrenatural de la fe.

Esto quiere decir que no estamos conformes con el señor Sáiz Ruiz en el modo de concebir la Teología fundamental, y menos si se le da el nombre de Apologética. Pero, en cambio, aplaudimos sin reserva la seguridad de sus doctrinas y conclusiones, el sano criterio teológico que resplandece en toda su obra. Y no podía ser menos, inspirándose, como lo hace el autor, en teólogos como Santo Tomás, Suárez, M. Cano, etc., entre los antiguos; Perrone, Mazzella, Franzelin, Gati, Hettenger, Kleutgen, Zigliara, Hurter (este es su mentor predilecto, del cual apenas se aparta), Wilmers, Mendive, etc., entre los escritores más recientes. Y aquí he de notar con gran placer que el señor Sáiz no se olvida de nuestra literatura teológica y apologética, antes bien cita con frecuencia a los autores y revistas españoles.

No hay para qué resumir en este Boletín el contenido de este libro de texto, que apenas difiere de otros análogos sino por sus vastas proporciones, a pesar de lo relativamente reducido de sus páginas. Baste al lector saber que el señor Sáiz se ha esforzado por examinar en tan breve espacio las innumerables cuestiones, con sus preámbulos, observaciones, solución de dificultades, corolarios, etc., que suelen estudiarse en los tratados correspondientes de otras obras mucho más voluminosas. Es, como reza el título, una verdadera síntesis de Teología fundamental, según él la concibe, siguiendo en esto a otros muchísimos escritores de indiscutible mérito y gran nombradía...

No tenemos que hacer críticas de importancia al libro del señor Sáiz, excepto la ya apuntada en cuanto al modo de concebir la asignatura en cuestión. Algunas de sus conclusiones, o, mejor dicho, el tono general de muchas pruebas suyas, parece demasiado optimista. Esa es la sensación que da. En realidad, el autor es muy ponderoso en sus afirmaciones. No se forja la cándida ilusión de descubrir evidencias por todas partes. Así, la tesis fundamental con que termina el tratado de *Vera Religione* revela la moderación que suele adoptar de ordinario. Hela aquí: *Quamvis factum revelationis non videatur posse dici evidens (in toto complexu) est tamen plane certum, evidenter credibile et evidens etiam obligatio revelationem amplectendi* (pág. 168). Y aquí advierto una laguna importante, que sería conveniente desapareciese en la siguiente edición. Me refiero al estudio comparado de las principales religiones. Un artículo, siquiera breve, bien lo merece este asunto, que no puede faltar hoy en ninguna obra apologética. ¡Hasta en esto nos dió ejemplo Santo Tomás, antes de nacer la flamante ciencia, que tanto utilizan nuestros adversarios para combatirnos!

En cuanto a la exposición de los motivos de credibilidad, algunas reservas conviene hacer. Desde luego, es difícil, por las páginas que a ella consagra el señor Sáiz, formarse idea clara del valor y aplicación de los motivos internos. Del método o criterio de inmanencia —que califica de *omnino falsum et arbitrarium*—, sólo da a conocer su aspecto vituperable, modernista. Frases hay que dan la sensación de que, fuera de los milagros y profecías, no existe prueba alguna en Apologética digna de tenerse en cuenta, so pena de tiznarse uno con las negruras del racionalismo, protestantismo o modernismo. Véanse estas líneas. *Igitur in revelatione vera investiganda non ad rationalistica, protestantica aut modernistica criteria, sed ad catholica, ad miracula, scil., et prophetias, est recurrendum* (pág. 64).

La prueba por las profecías como la expone el autor (defecto común a muchos libros de texto) está sujeta a innumerables dificultades. En vez de examinar los diversos vaticinios mesiánicos en sus detalles, cuya aplicación al Mesías es con frecuencia difícilísima, mejor sería enfocar el asunto desde un punto de vista general, que es como resulta más eficaz la argumentación, si bien carece de ciertas *evidencias* admirables, que tanto agradan al vulgo. El vaticinio de Daniel (cap. IX, vs. 24 y siguientes) es obscurísimo, y apenas debiera figurar más que como mencionado de paso en una *síntesis de Vera Religione*, pues exige muchísimas aclaraciones, y aun con todas ellas, no es fácil que convenza a ningún crítico. Y no es esto negar que sea verdadera profecía mesiánica —asunto que no es del caso investigar aquí—, sino que afirmamos sencillamente que su empleo en Apologética es muy embarazoso y poco menos que estéril. Véanse, si no, las complicaciones cronológicas en que se mete el autor al calcular las setenta semanas famosas (págs. 109-112).

Algo nos duele, por tratarse de una obra española, tener que hacer estas observaciones críticas, que, en último término, en nada aminoran el valor real de este texto, que viene a acrecer nuestra escasa literatura moderna sobre materias apologéticas; pero la sinceridad y el deseo de que esta literatura sea cada día más metódica y rigurosa, más científica y conforme a los actuales progresos de las ciencias eclesiásticas, nos obliga a ello. Seguramente el señor Sáiz conoce mejor que nadie las lagunas y deficiencias de su libro, que, por otra parte, acusa en él grandes conocimientos y vasta cultura teológica. Los apéndices que van al fin serán utilísimos a los estudiantes para conocer en sus fuentes las decisiones de la Iglesia sobre los errores modernos.

Obra excelente en su orden son las *Institutiones propaedeuticae ad S. Theologiam* del P. Cristian Pesh (1), que acaba de llegar a nuestra Redac-

(1) *Praelectiones dogmaticae*; auctore CHRISTIANO PESCH, S. J. Tomo I, *Institutiones propaedeuticae ad sacram Theologiam*. Un vol. de xxiv-482, in 4.º, Herder. Friburg B., 1915.

ción con gran retraso, pues esta quinta edición se publicó en 1915. Hemos dicho que es excelente en *su orden*; porque no intenta el autor principalmente escribir un tratado de Apologética, sino una introducción a la Sagrada Teología: "*Hoc nomen apologeticae secundarium tantum finem hujus tractatus indicat; primarius enim finis non est defendere religionem et Ecclesiam Christi, sed viam parare ad theologiam supernaturalem*" (pág. 33) (1). Realmente eso es el libro del ilustre jesuita, y no otra cosa. El elemento apolo-gético, con ser abundante en él, no es lo que domina, o más bien, está completamente subordinado a los ulteriores tratados teológicos del autor. De ahí que suprime, no sólo las cuestiones sobre la existencia de Dios y obligación de darle culto (que no son problemas apolo-géticos, sino filosóficos), sino también las referentes a la posibilidad de la divina revelación y del milagro, su cognoscibilidad, etc. (pág. 32).

Tres partes comprenden estas *Instituciones*, además de dos largos prolegómenos de *Theologia ejusque historia*; a saber: 1.^a *De Christo legato divino*; 2.^a *De Ecclesia Christi*, y 3.^a *De locis Theologicis*. Y con señalar los tres tratados que abarca el libro ya se pueden formar los doctos idea cabal de su contenido; porque el padre Pesch no rebasa los límites ordinarios que suelen prefijarse en las escuelas eclesiásticas a estas materias. Limitémonos a indicar los puntos culminantes.

Examina con mucho empeño y detenimiento la cuestión de la autenticidad de los evangelios (*authenticitas, sine genuinitas*, que se distinguen un poco de la *authenticitas* en el lenguaje técnico) como base de toda su inquisición, aunque declara, como ello es cierto, que no es propio de este lugar: "*Quaestio enim de authenticitas evangeliorum sine dubio pertinet ad introductionem in S. Scripturam. Verum in institutionibus propaedeuticis seu in theologia fundamentali, ut aliis placet, solutio hujus quaestionis neque supponi neque negligi debet, ne totus tractatus fundamento carere et quasi in aere pendere videatur... Hanc ob causam uberius quam plerumque fieri solet genuinitatem evangeliorum probare studui*" (pág. v). Luego desarrolla con gran amplitud las pruebas de la legación divina de Jesucristo, fija la vista en la hipercritica de los racionalistas alemanes, a quienes combate y critica con conocimiento de causa. Las múltiples citas de textos en alemán serán algún obstáculo para los lectores españoles no versados en este idioma, aunque en el cuerpo de la obra se resumen brevemente las ideas fundamentales en ellos contenidas.

A los criterios internos de la doctrina cristiana les consagra sólo un brevísimo artículo. Algo más merecen, ciertamente. También debiera hacerse estudio especial y detallado de las teorías modernistas; pues breves referencias esparcidas a lo largo de la obra no dan idea suficiente de estos errores, ni bastan para deshacerlos a fondo.

Por lo demás, no hay nada especial que anotar, salvo la maestría con que el autor suele tratar las cuestiones, el enorme caudal de materiales que acumula en su obra, fruto de largas y meditadas lecturas, la exactitud de los conceptos, como conviene a un buen teólogo, la preferencia que general-

(1) Subraya el autor.

mente da a las teorías moderadas. Esto último le lleva a criticar a veces a escritores católicos cuyas ideas no sólo son tolerables sino más conformes con la verdadera crítica moderna. A estas excelencias de fondo podríamos añadir otras notables cualidades de forma, y entre ellas, los numerosos medios que facilitan el manejo del libro, y en particular la hermosísima presentación tipográfica, que es un alarde de claridad y buen gusto a que nos tiene acostumbrados el señor Herder. Vivamente descamos que se propague por nuestros seminarios el texto del padre Pesch, aunque en algunos puntos diferimos de sus opiniones. Nunca olvida, cuando la ocasión le brinda, de mostrar sus preferencias de escuela en frente de la verdadera tradición tomista, aunque el caso rara vez se da en estas materias generales de introducción a la Sagrada Teología.

Modestas en extremo son las pretensiones de la *Teología fundamental* del muy ilustre señor don Francisco Salvador Ramón, canónigo de Guadix, la cual forma parte del *Cuestionario teológico* que dicho señor viene publicando (1). Aspiración única suya es "ayudar a los señores sacerdotes, principalmente a los del clero parroquial" (pág. 7), para que pronto y fácilmente puedan prepararse a concursos de curatos, a los opositores a escuelas, y, en fin, a la propaganda religiosa "entre personas de fe dudosa" o que deseen hacer más ilustradas sus creencias. (Ib.) Por eso la ha escrito en castellano y en forma sencilla, al alcance de cualquier mediana cultura. Advirtamos de paso que, para mejor lograr fin semejante, hubiera sido preferible, o que no se adujesen textos en lengua latina, o que se tradujesen, bien a continuación de su forma original, bien colocando ésta al margen. Pues si bien para los sacerdotes no ofrece dificultad alguna tropezar a cada paso con semejantes textos, en cambio para muchísimos de los individuos a quienes se dedica la obra será cosa demasiado enojosa encontrarse frecuentemente con definiciones, decisiones de la Iglesia, textos del Evangelio, de Papas y teólogos, en una lengua que no entienden en absoluto, como suele acontecer con personas aún bastante ilustradas.

Dada la finalidad de esta *Teología fundamental*, no se le puede pedir exquisiteces científicas o análisis técnicos y profundos de los asuntos que estudia. Bastante ha hecho el autor con resumir en 252 páginas, de letra no muy apretada, los tratados de *Vera Religione*, de *Ecclesia Christi*, *Romano Pontifice*, *S. Scriptura* y *Traditione*, con otro final sobre las relaciones entre la fe y la razón. Por cierto que en una nota de este último se dice que el padre *Pertillanges* (supongo que será errata de imprenta, y se referirá al célebre dominico padre Sertillanges) sostuvo al principio el error del señor Le Roy (Le Roig dice el texto equivocadamente), se-

(1) *Cuestionario Teológico*, por el M. J. Sr. D. Francisco Salvador Ramón, canónigo por oposición, etc., etc. Tomo I, *Teología Fundamental*. Un vol. de 252 páginas. Guadix, 1918.

gún el cual "cuando se dice que Dios es personal, no se afirma que debemos atribuir a El personalidad en sentido filosófico, sino que le debemos tributar honores y cultos propios de persona" (pág. 230). Quisiéramos saber cuándo y en dónde defendió el cultísimo filósofo y teólogo dominicano semejantes enormidades. Precisamente él fué uno de los que con más acierto combatió los extravíos de Le Roy a raíz de publicar éste sus famosos artículos en la *Quinzaine* sobre el tema: *Qu'est ce qu'un dogme?*

La suma brevedad a que se ve forzado el señor Salvador le hace ser conciso en extremo y omitir muchos detalles de importancia. Otros varios pudiera suprimir, sin menoscabo alguno de lo substancial. En cuanto a las doctrinas, es sólido, netamente ortodoxo, como no era menos de esperar. Sus autores favoritos son Hettinger y, sobre todo, Mazzella, a quien cita y sigue muy a menudo. Es notable que al mencionar en los diversos trazados los errores antiguos y modernos acerca del dogma, la Revelación, el milagro, las profecías, la Iglesia, etc., etc., apenas recuerda para nada a los modernistas, que en nuestros tiempos tantas sombras esparcieron sobre la mayoría de las cuestiones que examina. Mejor sería omitir las opiniones pasadas de moda y echadas al olvido que las recientes, las que están, por decirlo así, sobre el tapete. Y no es, en realidad, que los modernistas ofrezcan grandes novedades en sus errores; pero los presentan con cierto tono de originalidad, que merece llamar la atención de los escritores católicos de verdad, para desenmascararlos y combatirlos directamente. No hay para qué repetir las críticas que ya quedan hechas arriba sobre el concepto de la *Teología fundamental*, que adopta el autor en conformidad con Mazzella (y otros muchísimos). Sin duda, de Mazzella acá se ha progresado un poco en la especialización de las ciencias eclesiásticas. Y esos adelantos no deben preterirse en una obra de actualidad.

De dos obras inglesas tenemos que dar cuenta a los lectores en esta sección. Comencemos, en primer término, por mencionar siquiera *La Verdad del Cristianismo* del señor W. H. Turton (1). Y decimos mencionar tan sólo, no porque no merezca larga reseña sino porque poco o nada hay que añadir a la que hace años escribimos en esta misma revista (2). A aquellas líneas remitimos al curioso lector. Es una obra excelente en cuanto a su finalidad, y excelente también en lo substancial de su contenido y de sus procedimientos. La actitud del autor, hombre versadísimo en materias religiosas, a pesar de su condición de seglar, y militar por añadidura, se revela en la expresión que menudea en sus argumentaciones en pro del Cristianismo: *It is extremely probable...*

(1) *The Truth of Christianity*, being an Examination of the more important arguments for and against believing in that Religion compiled from various sources by LT-COL. W. H. TURTON, D. C. O. 9 ed. Un vol. de 516 págs. London, Wells Gardner, Darton and Co., 1919.

(2) V. LA CIENCIA TOMISTA, t. III (1911), pág. 347.

Consolador es en sumo grado ver a un protestante seglar preocuparse tan por lo serio, y con tanta alteza de miras, seguridad de criterio y serenidad de espíritu, de cuestiones tan arduas y delicadas como son las que estudia el autor de este libro. Es un ejemplo que debieran imitar nuestros escritores seculares. Para eso sería preciso que estudiaran con más ahínco las cuestiones religiosas, porque, de otro modo, preferible es que se callen, pues no hay calamidad mayor para la Religión (como se ha visto en muchos casos de escritores modernistas) que la Apologética laica. En cambio, suele ser muy eficaz cuando está bien orientada y sólidamente cimentada en los buenos principios. Que la obra del señor Turton encuentra lectores, lo prueba esta novena edición. Que debe de producir frutos abundantes puede sospecharse por la claridad y solidez de sus argumentos. Los que vacilen en la fe, los que estén imbuídos de los prejuicios corrientes contra ella; los racionalistas sinceros, que viven atormentados por el problema religioso, especie de esfinge aterradora, que yergue su cabeza en todas partes; las almas, en fin, deseosas de conocer a fondo los motivos de sus creencias, no podrán menos de encontrar en estas páginas nobles y sinceros consuelos y luz, que las fortalezcan en la verdad o las orienten hacia ella.

No es decisiva del todo la apología del señor Turton, por no atreverse o no haber sabido franquear el lindero, que le pondría en contacto inmediato con la verdad plena, el Catolicismo. Por eso no la recomendamos, sino con reservas y precauciones, a los lectores católicos; pero mucho pueden aprender de ella los que la lean con la preparación conveniente (y las debidas licencias). Hasta cierto punto, la Apologética protestante—tal como la concibe y desarrolla este escritor, cuya actitud escasea bastante en la literatura de sus congéneres—se da la mano y coincide en sus líneas generales con la Apologética católica. Por eso tiene para nosotros mucho de aprovechable el libro del señor Turton, del cual decía en 1903 el *Catholic Times*: “Ardientemente deseamos que se halle un ejemplar suyo en todas las bibliotecas de familias, escuelas e instituciones católicas”; y el *Catholic Herald*: “Aunque escrito por un autor que no es católico, lo recomendamos vivamente como un libro de gran mérito.” (Febrero, 1909.)

La otra obra inglesa que debemos reseñar es el libro de G. J. Walshe: *Los Principios de la Apologética cristiana* (I). El autor toma las cosas desde bastante lejos, *ab ovo*, como suele decirse. Principia nada menos que por la prueba de la existencia del mundo externo y del valor de los principios primeros (caps. I-II), la cual le sirve como de prolegómeno a la demostración del teísmo y crítica de los errores contrarios (caps. III-VII); al estudio de la naturaleza, origen y destino del hombre y sus relaciones con Dios (caps. VIII-X). Con el capítulo XI ya entra de lleno en materia más propiamente apologética. Esboza, en primer lugar, una

(1) *The Principles of Christian Apologetics*. A exposition of the intellectual bases of the Christian Religion, specially written for senior students by R. T. J. Walshe. Un vol. de xvi-252 págs. London, Longmans, Green and Co., 1919.

síntesis brevísima de historia de las religiones no cristianas, para estudiar después el problema de la Revelación y sus criterios (cap. XII). No temos aquí, acerca de los criterios intrínsecos, estas frases que parecen casi despectivas y son, desde luego, sintomáticas de toda una mentalidad: "The intrinsic criteria have reference to the sublimity and excellence of the doctrines involved. But as the subjective element enters largely in a judgement of this sort, reliance is placed on the extrinsic criteria alone" (pág. 172). Ciertamente que hay elementos subjetivos en los criterios intrínsecos —todo criterio tiene algo de subjetivo—; mas no por eso dejan de poseer un valor objetivo real y eficaz en muchos casos, decisivo para personas de cultura intelectual un poco refinada. Para ciertos espíritus imbuidos de las corrientes filosóficas modernas son preludios poco menos que indispensables para hacerles comprender el alcance y valor de las pruebas extrínsecas de la verdad cristiana. Después de un breve examen de las relaciones entre la fe y la razón (cap. XIII), aplica al hecho de la Revelación en sus tres fases, primitiva, mosaica y cristiana, y sobre todo a esta última, las pruebas de las profecías y milagros, los cuales revisten una forma particular (milagro moral) en la rápida propagación del Cristianismo, en su admirable permanencia a través de los siglos y en medio de grandes persecuciones y en el heroísmo de los mártires.

Tal es, en resumen, harto comprimido y abreviado, el contenido de este libro. Predominan en él los elementos filosóficos y científicos, hasta el punto que muchos de sus capítulos, más bien que en una obra apologética, deberían figurar en un curso de Filosofía (en la Teodicea, Psicología...) Así, si no fuera por la finalidad que el autor se propone y a la cual orienta sus excursiones por los campos de la Filosofía, como sucede en el capítulo I, gran parte del II, etc., de la Psicología (cap. VIII), de la Geología y Paleontología (cap. IX), pudiera creerse que no forman parte de un tratado de Apologética. En fin, es posible que los estudiantes ingleses —no en balde la raza sajona lleva la fama de ser positivista— necesiten de estos estudios puramente científicos para defender su fe religiosa, porque el ambiente intelectual anglosajón está saturado de *scientifismo*. Pero de suyo, mirando las cosas desde el punto de vista objetivo, es inaceptable semejante proceder en la Apologética, que ya tiene límites bastante definidos. Eso no quita, sin embargo, que se puedan escribir *apologías* más o menos científicas de la existencia y atributos de Dios, de la espiritualidad, inmortalidad del alma humana, etc. De todos modos, la obra del reverendo T. J. Walshe merece leerse. El autor vierte en ella gran caudal de conocimientos científicos y filosóficos con criterio netamente tradicional, y de ordinario sin el tecnicismo de la escuela. Las cinco pruebas de la existencia de Dios, la crítica del agnosticismo, monismo y evolución materialistas, el examen de las aparentes antinomias entre los diversos atributos divinos... son asuntos que trata con mucha competencia. En el examen del origen del hombre hace un verdadero alarde de conocimientos geológicos y paleontológicos. En cambio, se detiene menos en asuntos más directamente apologéticos, como el milagro, la profecía,

etcétera (dice, no obstante, lo suficiente para poder formarse idea cabal de ellos), y otros los pasa por alto, como sucede con los motivos o criterios intrínsecos de credibilidad.

Aunque ya un poco tarde (no se nos ha enviado antes), algo debemos decir del libro del padre Hugueny, dominico, *Apología de los dogmas*, continuación de la obra que bajo el título general *Crítico y Católico*, ya comenzó a publicar en 1910, de cuyo primer volumen a su tiempo se ha dado cuenta en esta revista (1). La *Apología de los dogmas* consta de dos partes de casi igual extensión. Va consagrada la primera a los "testimonios y orígenes de la Revelación" cristiana. El método que sigue el padre Hugueny en esta apología de carácter medio científico (en el amplio sentido primitivo de esta palabra), medio popular, consiste en exponer ante todo las doctrinas católicas sobre cada uno de los dogmas que se propone defender; luego hace lo mismo con los errores o falsas interpretaciones de ellas que corren entre los adversarios del Catolicismo, y, por último, justifica ante la razón lo bien fundado de tales enseñanzas. Hace ver cómo en muchos casos las objeciones que se mueven contra el dogma proceden, o de no entenderlo bien, o de las exageraciones de ciertos teólogos, que no especifican con rigor los límites entre lo que es de fe y lo que es de libre discusión. Con harta frecuencia gran número de dificultades se desvanecen en cuanto la verdadera doctrina de la Iglesia se expone con toda precisión.

Tal es el procedimiento que adopta el autor en la defensa que hace de la Iglesia, la Tradición y la Sagrada Escritura (capítulos I-III), del dogma de la Creación y del Pecado original (capítulo VII). En los capítulos IV-VI examina el problema de Dios y la criatura y sus mutuas relaciones, la Providencia y la libertad y el mal. El adversario cuyas teorías combate con más insistencia es Bergson, que era el escritor de moda entonces. Hoy este ídolo ha perdido muchos de sus adoradores. El padre Hugueny indica los elementos aprovechables del bergsonismo y su coincidencia con la filosofía tradicional.

A los misterios de la salud, como dice él, o sea a los dogmas del todo inasequibles a la razón y directamente relacionados con nuestra salvación, dedica el segundo volumen. Siguiendo el procedimiento arriba indicado, pasa revista a las doctrinas de la Iglesia sobre la Trinidad, la Encarnación, la Virginidad de María, la Redención y sus frutos, los Sacramentos (y particularmente la Eucaristía y la Penitencia), y los Novísimos. Suele dividir su análisis en dos secciones: el dogma y la historia; el dog-

(1) *Critique et Catholique* por le P. ET. HUGUENY, O. P.: II *Apologie des dogmes*. 1.^{er} P.: *Témoignages et origines de la Révélation*. Un vol. de 272 págs. 2.^{me} P.: *Les Mystères du Salut*. Un vol. de 272 págs. Letouzey et Ané. Paris, 1914.

V. LA CIENCIA TOMISTA, t. III (1911), pág. 252.

ma y la razón. Indica primero los hechos históricos en que se fundan o revelan las actuales enseñanzas eclesiásticas, y luego las dificultades que esas doctrinas plantean ante la razón y las soluciones que se les puede dar.

Como principios que valen para resolver muchas dificultades generales y desvanecer ciertos prejuicios contra los dogmas cristianos, pueden señalarse estas dos afirmaciones, que ligeramente desarrolla el padre Hugueny: Primera. "Las nociones impuestas por las definiciones dogmáticas y sobreentendidas en todas ellas son las de sentido común intelectual en su estado primitivo, y, por tanto, en su significación universal y permanente, y no esas mismas nociones sistematizadas por la reflexión filosófica" (página 83). En otros términos: el dogma no es solidario de ningún sistema filosófico propiamente dicho sino de las ideas vulgares, de sentido común, independientes de toda elaboración más o menos científica. Segunda. "Así las fórmulas dogmáticas como las afirmaciones de la Teodicea racional, tienen el valor de analogías... No pretenden *definir* lo divino, encerrarlo en los contornos fijos de una idea clara y distinta y aplicar a Dios nuestros conceptos con los límites inherentes a su origen sino indicar tan sólo cuáles son, entre nuestras ideas creadas, las que tienen una relación de semejanza remota con la Realidad increada" (pág. 85 de la II parte).

La obra del padre Hugueny merece ser traducida a nuestra lengua. No porque en ella se digan cosas nuevas o extraordinarias sobre los diversos problemas religiosos que estudia, sino porque se exponen con gran claridad y sencillez las principales verdades de nuestra fe más combatidas hoy en día, y al mismo tiempo se resuelven con mucho acierto y seguridad de criterio las dificultades crecientes contra ellas. Por otra parte, cuando se ven vertidas al castellano tantas obras saturadas de errores o... de inmundicias, tantas novelas superficiales y huera, ¿no es de sentir que nadie se preocupe de traducir libros como éste, que tanto bien podrían hacer entre la gente culta, más o menos interesada siempre por las cuestiones religiosas? El padre Hugueny es escritor de sólida formación filosófica y teológica. En esta obra prescinde de partidismos de escuela y hace labor verdaderamente apologética. Es, por tanto, guía seguro en estas delicadas materias. Deseamos que tenga muchos lectores y que alguien se anime a verterlo a nuestro idioma.

* * *

Dos palabras para terminar esta sección, acerca de las conferencias apologéticas publicadas poco ha por el infatigable padre Ruiz Amado (1). Resumen bien el contenido de esta obrita las siguientes líneas con que la anuncia el librero: "Después de establecer el valor relativo de las dos luces que pueden guiar nuestros juicios y apreciaciones (la luz exterior, sensitiva, y

(1) *Valores humanos*. Apología moral del Catolicismo. Un vol. de 236 págs. Librería Religiosa, Barcelona, 1919.

la luz intelectual, que engendra las ciencias), propone el autor la libertad como *clave de los valores humanos*. Estudia brevemente el prodigio que en la misma libertad se envuelve, en cuanto constituye autor de sus actos a la criatura esencialmente dependiente de Dios, y hace ver los *valores infinitos* que de ella se derivan, en cuanto es capaz de dar gloria a Dios o arrebatársela y de merecer un premio eterno o una sanción sin fin. Desde estos elevados puntos de vista examina los *grandes problemas* que la Ciencia no es capaz de resolver sin esta brillante luz: la finalidad y presente estado del hombre en la tierra, el valor absoluto de la ley moral, la necesidad de su observancia para la felicidad temporal y eterna y la armonía de todas estas verdades científicas con las enseñanzas del Catolicismo. Termina con una conferencia titulada *¡Dios sí; la Iglesia, no!*, en que demuestra palmariamente el error de los que imaginan poder ir a Dios sin el magisterio y dirección de la Iglesia por El instituida... Toda la obra descubre la madurez de su concepción y ejecución, y será utilísima a los predicadores y a todos los católicos cultos."

No queremos quitar ni un ápice al elogio del anuncio. Pero no estamos conformes del todo con el autor del libro en algunos puntos. Por ejemplo, en el siguiente: "Porque los teólogos que se fijan principalmente en el *soberano dominio* del Criador, de tal manera se quedan en él, que anulan la libertad (aunque no la niegan), atribuyendo a Dios la *predeterminación* de todas las acciones humanas" (pág. 43). Además de que es curioso eso de *anular* y no *negar* la libertad que se atribuye a la escuela tomista. A pesar de la notita de la página 51, en que se nos advierte que no se trata de una infinidad *simpliciter talis*, es abusivo recalcar tanto los *valores infinitos* de la libertad. Al cabo no es exacto que sea la libertad raíz y fundamento primordiales de la grandeza humana, como el autor da a entender en todo su libro, sino una simple condición *sine qua non*. Lo cual es algo distinto...

II

OBRAS ESPECIALES

EL MILAGRO.—Acerca de las relaciones entre el milagro (y en general los motivos de credibilidad) y la gracia, ha escrito el padre Huby un largo y notabilísimo artículo en *Recherches de Science Religieuse* (1), que bien merece ser resumido en este Boletín. "Los teólogos católicos —dice el padre Huby— conceden de buen grado que en gran número de casos, sobre todo cuando se trata de gente sencilla, la luz de la gracia es necesaria para discernir los signos de la Revelación. Algunos dicen, para suplirlos: "Mas este" socorro ¿es tan sólo algo accidental, o es un socorro esencial, indispensable?" Y como la percepción del milagro, que atestigua la verdad de la Revelación, es idéntica a la percepción de la credibilidad de la Revelación, el problema se

(1) V. el número de enero-febrero de 1918: JOSEPH HUBY: *Miracle et lumière de grâce*.

reduce al siguiente: ¿Es precisa una luz sobrenatural (*une grâce de lumière*, dice el original) para percibir la credibilidad de la religión?" (Pág. 49). El autor cree que se debe responder afirmativamente, lo mismo tratándose de gente culta que de los ignorantes, pareciéndole desde luego extraña esta distinción de clases espirituales en una materia respecto a la cual los privilegios serían más bien en favor de los pequeños, *parvuli*, dado caso que tales privilegios existiesen. No bastan las disposiciones morales, requeridas por todos los apologistas, para percibir el valor probante de los motivos de credibilidad; es necesaria, según él, una verdadera "iluminación sobrenatural de la inteligencia; eso es preciso admitir si se pretende ser lógico y conservar coherencia armoniosa en la doctrina de Santo Tomás" (pág. 57). He aquí, en síntesis, las razones en que se apoya el padre Huby. Según Santo Tomás, ningún hereje *formal* puede adherirse con certeza fundada a ningún artículo de fe. Mas "quien admite que la razón natural, por sus solas fuerzas, puede demostrar la credibilidad de la Revelación, debe admitir la posibilidad de pasar de esta percepción de la credibilidad a un asentimiento natural cierto. Eso es cabalmente lo que niega Santo Tomás; no sólo el hereje *formal* carece de fe infusa sino que su asentimiento no puede alcanzar la certeza natural objetiva, no pasa de ser una opinión" (pág. 52). Por otra parte, Santo Tomás enseña que podemos tener certeza de poseer la fe; luego no parece admitir una fe adquirida, que pudiera confundirse con la sobrenatural. Por tanto, no está en armonía con sus doctrinas una certeza puramente natural de la credibilidad, que nos llevaría a la fe científica, natural. También la teoría escolástica de que las facultades se especifican por su objeto *formal* nos obliga a admitir cierta iluminación sobrenatural de la inteligencia, a fin de que ella se ponga en condiciones para percibir los signos de credibilidad. "La tesis de la especificación de la facultad, por su objeto *formal*, debe aplicarse no sólo al conocimiento de los artículos de fe propiamente dichos, sino también a la percepción de los mismos signos de credibilidad. Son tales signos sobrenaturales, o como dice Santo Tomás, efectos sobrenaturales. Por tanto, para ser conocidos bajo su razón *formal* de entidades sobrenaturales exigen una facultad en armonía con su carácter, elevada a su mismo orden, es decir, sobrenatural. Si se considera el más brillante de estos signos el milagro, se deberá decir que la luz de la gracia es necesaria para conocer el milagro" (pág. 55). Por sorprendente que parezca esta afirmación, ella está en armonía con la doctrina de Santo Tomás sobre la imposibilidad de que un hereje admita con certeza natural la credibilidad de cualquier artículo de la Revelación. "Mas si se admite que el hombre puede llegar al conocimiento cierto del milagro como signo divino por solos los recursos de su razón natural, es preciso concluir que puede emitir un juicio cierto sobre la credibilidad de la verdad atestiguada" por tal signo (pág. 57). Igualmente confirma esta doctrina lo que enseña el Santo Doctor acerca del *lumen fidei*, el cual hace ver la credibilidad de los artículos o dogmas, mientras los que no poseen ese *lumen* "*nec cognoscum ea esse credibilia*", (II.^a II.^o, q. I, a. 5 ad 1). Luego... no pueden

conocer los signos o motivos de credibilidad con certeza sin una participación de dicho *lumen*.

El autor rechaza "el milagro natural" o sea la posibilidad de referir un milagro a Dios como autor del orden natural; y de varias reflexiones acerca de lo que se necesita para percibir los signos sobrenaturales de la Revelación, y sobre todo fijándose en numerosos textos del Nuevo Testamento, en los cuales aparece manifiesta la necesidad de la gracia para creer y la *inutilidad* o ineficacia de los milagros sin la luz sobrenatural, deduce la consecuencia que expone en todo su artículo. "Sin la acción del Espíritu Santo es imposible trascender la sabiduría carnal, no se puede conocer la Providencia sobrenatural de Dios, y como el conocimiento cierto del milagro supone el de su finalidad, esto es, el de la intención divina sobrenatural, sin la gracia el milagro continúa siendo un enigma" (pág. 75).

¿Debilita esta doctrina las pruebas de la Revelación? No. "Si semejante luz es necesaria, no es porque sean insuficientes las pruebas de la Religión, como creerán todos aquellos que consideran la ciencia como el tipo perfecto del conocimiento y la razón como la facultad ideal, y que no conciben la gracia sino en su función modesta, casi humillada, de suplente, algo así como una *Ersatz*. Al contrario, precisamente porque los argumentos de nuestra fe son más fuertes que los de una ciencia puramente natural, es necesario para recibirlos y soportarlos una facultad superior a la puramente natural, una inteligencia iluminada por el Espíritu Santo... Cuando se comprende esta función elevadora de la luz sobrenatural, no cuesta desprenderse de esa impresión algo deprimente que se siente a veces leyendo libros de Apologetica: que las pruebas de una religión que si no es verdadera hace de nosotros "los más desgraciados de todos los hombres", no están exentas de toda deficiencia e imperfección: deficiencia en la certeza que se teme mantener demasiado rigurosa, o que se hace prácticamente inaccesible a los sencillos; imperfección en la evidencia que se tiembla adornar con resplandores demasiado vivos. Creemos, por el contrario, que estas pruebas son fáciles, luminosas, magníficas, decisivas, pero para ojos purificados" (págs. 76-77).

No es del caso, naturalmente, entablar una discusión en regla de todas las afirmaciones del padre Huby. Esto sale fuera de los marcos de un Boletín, y nos llevaría a escribir un artículo tan largo, por lo menos, como el suyo. Es, pues, preciso limitarse a algunas breves observaciones críticas. Desde luego no parece dudoso que *de hecho* la gracia intervenga en toda orientación positiva a la fe. Ya bajo la forma de luz, como irradiaciones de aurora precursora del pleno sol de la fe, que esclarece la inteligencia, ya bajo la forma de energía, que agita y conmueve secretamente la voluntad con inexplicables inquietudes, ello parece cierto que los auxilios sobrenaturales se entremezclan con las buenas disposiciones naturales del alma desde sus primeros pasos hacia Dios en cuanto fin sobrenatural (*de hecho* sólo de este modo es fin del hombre). Ahora bien, la percepción clara de los signos o motivos de creer en la doctrina revelada es uno de los escalones o gradas más importantes de nuestra ascensión hacia

lo divino. ¿Qué tiene, pues, de extraño que la gracia o cierta irradiación suya ilumine la inteligencia todavía incrédula, pero ya bien dispuesta, para ayudarlo a percibir claramente y en todo su valor los motivos de credibilidad? Lo extraño sería que no sucediese eso.

Mas aun concediendo esto, ¿puede admitirse como tesis general de Apologética que es necesaria, esencial a la percepción cierta de los signos de credibilidad, la luz de la gracia? Eso es lo que nos parece muy discutible. Notemos, por de pronto, la afinidad de esta afirmación con la tesis modernista: "No hay milagros más que para la fe." ("Le miracle étant un fait religieux, il n'y a de miracle que par ou pour la foi au moins naissante...") Le Roy en *Annales de Phil. Chrét.*, oct. de 1906, afirmación que sostuvo después repetidas veces). Es cierto que no hay coincidencia perfecta entre la doctrina del padre Huby y la modernista; pero sí cierto parentesco que se nos antoja vitando. Por lo demás, a pesar de ciertas dificultades que pueda suscitar la interpretación de algunos textos de Santo Tomás, tenemos como indiscutible que está en la línea de su doctrina la tesis en que se sostiene la posibilidad de una demostración rigurosa de la credibilidad en el orden puramente natural (demostración, claro está, de orden más o menos moral, pero al fin y al cabo verdadera demostración racional); y, por tanto, que está conforme con la enseñanza del Doctor Angélico la afirmación de que en absoluto para percibir los signos de la Revelación y, hablando más en concreto, el milagro, basta la perspicacia natural de la inteligencia. En este sentido es muy significativa esta respuesta *ad 2^m*: "Unde fides, quae est in daemonibus, non est donum gratiae; sed magis coguntur ad credendum *ex perspicacitate naturalis intellectus*" (II.^a II.^o, q. V, a. 11. *ad 2^m*.) La fe de los demonios, como se desprende de todo artículo citado, no es más que el asentimiento a la doctrina revelada única y exclusivamente, *ex signorum evidentia*, por la evidencia de los motivos de credibilidad; y así no es fe teológica, que tiene más alto su fundamento, en Dios mismo, Verdad primera... Luego... parece posible en absoluto a la inteligencia creada un conocimiento natural cierto de los signos de la Revelación. Si no, ¿a qué viene la tesis defendida por todos los apologistas de que se puede conocer ciertamente el milagro en cuanto motivo de credibilidad? No es admisible que en semejante afirmación se sobreentienda: *Con la luz de la gracia*. Esa sí es absolutamente necesaria para creer; pero para percibir con certeza las razones que justifican ese acto, no parece teóricamente tan imprescindible. Sin duda ellas son "fáciles, luminosas, magníficas, decisivas para los ojos purificados" por la luz sobrenatural. Así las vemos los fieles, y de análoga manera se mostrarán a las almas a quienes Dios comuniqué antes de la fe las irradiaciones sobrenaturales que suelen precederla. Mas ¿no debe decirse que son también, en su orden, fáciles, luminosas, decisivas para toda alma sincera, prescindiendo de posibles auxilios sobrenaturales? Seguramente no las verán con la evidencia admirable con que se nos presentan a nosotros, que ya poseemos la fe; pero les basta la suficiente para infundirles un asentimiento prácticamente cierto de la credibilidad del dogma. Y aquí es de notar que no puede establecerse paridad

entre el modo de conocer los milagros, y, en general, los motivos de credibilidad, los creyentes y los incrédulos. Santo Tomás insiste, efectivamente, muchas veces en la idea de que la luz de la fe hace creíbles las verdades que enseña. Además de los textos que aduce el padre Huby, podría citarse este bien claro: *Fides non habet inquisitionem rationis naturalis demonstrantis id, quod creditur: habet tamen inquisitionem quamdam eorum, per quae inducitur homo ad credendum, puta, quia sunt dicta a Deo et miraculis confirmata*. II.^a II.^{ae}, q. 2, a 1, col. 1.^m.) Los infieles carecen de esa luz tan brillante, que ilumina hasta las mismas cosas naturales relacionadas con ella. En este sentido —y también porque con frecuencia no conocen ni los motivos de credibilidad— puede explicarse la frase del Santo Doctor: *Infideles eorum, quae sunt fidei, ignorantiam habent: quia nec vident, nec sciunt ea esse credibilia*.

Finalmente, ¿es el milagro una entidad de tal manera sobrenatural que su percepción preexija en la inteligencia una luz del mismo orden? Esto supone el autor del artículo en cuestión al hacer extensiva al problema de la cognoscibilidad del milagro la teoría de la especificación de las facultades. Es, ciertamente, el milagro un *effectus supernaturalis*, porque se ordena a la fe (*quia ordinatur ad fidei confirmationem*, como dice Santo Tomás), y porque *fit divinitus*, lo obra Dios directamente en cuanto agente que trasciende toda la naturaleza creada. Pero nada más. Es lo que suele llamarse una entidad sobrenatural modal o *quoad modum*. No puede clasificarse entre las entidades sobrenaturales *quoad substantiam*. Y eso ningún género de milagros, ni aun los de la primera clase. Pues para conocer semejantes entidades no parece requerirse en absoluto una luz sobrenatural.

En eso se funda la tesis sostenida por todos los apologistas de la cognoscibilidad natural del milagro. La demostración de la verdad cristiana, basada en este argumento, supone que convence a la razón de la credibilidad u origen divino de las afirmaciones en cuyo favor se aduce: *Ex hoc signo (miraculo) convinceretur intellectus videntis, ut cognosceret manifeste hoc dici a Deo, qui non mentitur*, como dice Santo Tomás (II.^a II.^{ae}, q. V. a. 11).

Ya va demasiado larga esta nota crítica, y por eso dejamos de recoger otros extremos de este notable trabajo. Estamos conformes con el padre Huby en que de hecho la percepción de los motivos de credibilidad siempre se verifica bajo el influjo secreto de la gracia; pero disintimos en cuanto a la cuestión teórica. Estas palabras de Billuart quizás expresen mejor que las líneas que preceden el pensamiento que deseábamos desarrollar: *Licet absolute loquendo intellectus vi sua naturali possit apprehendere credibilitatem motivorum, cum tamen ista sunt praëmbula et dispositiones ad fidem tanquam ad finem, debent esse ejusdem ordinis cum ipso fine et principali actu seu forma* (1).

Criterio, en el fondo, opuesto al del padre Huby late en todas las páginas del librito que sobre los milagros de Lourdes ha escrito el doctor E. Le

(1) *Cursus Theologiae*, Tract. de Fide, dis. 1 a 6.

Bec. Titúlase: *Demostración del milagro mediante pruebas clínicas* (1). El autor no es teólogo ni propiamente apologista —aunque habla con acierto de los asuntos que con esas ciencias se rozan— sino un médico, como lo denuncia a voz en grito el título de su escrito; un especialista que ha examinado con gran cuidado y competencia científica algunos de los milagros o curaciones maravillosas que con frecuencia se realizan en el famoso santuario. De dos partes consta la obra. En la primera, de carácter doctrinal, expone las condiciones que ha de tener un hecho, y en particular una curación —que a éstas se ciñe principalmente— milagrosa, y hace aplicación de estas condiciones a los fenómenos extraordinarios de Lourdes. Luego rebate las objeciones de los adversarios. En la segunda parte examina detalladamente algunas de estas curaciones (várices, fractura de huesos, tuberculosis vertebral, úlcera, lupus, cáncer, etc.). Nos juzgamos incompetentes para criticar al señor Le Bec. Necesitaríamos poseer sus vastos conocimientos médicos para poder juzgar con acierto de muchísimas afirmaciones suyas. Son asuntos reservados a los especialistas. Pero hay muchos puntos en su obra que pertenecen a la observación vulgar y caen bajo el dominio de todos. A éstos se aludirá en las siguientes líneas.

Es un hecho que las curaciones de Lourdes llaman poderosamente la atención de los médicos. ¿Por qué? En parte, por lo desconcertantes que son para un médico. En ellas se ve la ausencia de todas o la mayor parte de aquellas condiciones que acompañan siempre a toda curación normal: ausencia del factor *tiempo* y, por tanto, de convalecencia; ausencia de tratamiento médico, de medios adecuados al fin pretendido; de toda reincidencia o retroceso... Como fenómenos clásicos especiales de las curaciones milagrosas señala el autor el dolor súbito y la falta de convalecencia. Tres condiciones exige como necesarias para demostrar que ha habido curación sobrenatural: Primera, “existencia de una alteración grave de los tejidos, con pérdida de substancia. Por ejemplo: una úlcera, una caries ósea, tubérculos, etc.” Segunda, “existencia de una cicatrización efectuada instantáneamente, o en un lapso de tiempo evidentemente demasiado corto para una curación natural.” Tercera, “que persista la curación y el restablecimiento de las funciones durante tiempo bastante para evidenciar que no se trata de un simple alivio” (pág. 15).

De donde se desprende que, con muy buen acuerdo, elimina, a imitación de Benedicto XIV, de la categoría de lo milagroso todas las curaciones de enfermedades nerviosas (y eso que a veces son más difíciles de curar que las otras; mas con razón se descuentan por su misma anomalía y las objeciones a que pueden prestarse). Son muy interesantes las observaciones que en el § VII, cap. II, hace acerca de la *Fisiología patológica de la curación sobrenatural*. Pone en evidencia las maravillas fisiológicas y anatómicas que se realizan en cualquier curación milagrosa. Merecen igualmente leerse los capítulos III, sobre la instantaneidad de tales cura-

(1) Un folleto de xvi-192 págs. Traducido al castellano por E. C. D. y editado por Subirana, Barcelona, 1918.

ciones y IV, acerca del valor de los testigos no médicos, tratándose de lesiones orgánicas. Viene después del examen de las explicaciones que han dado los médicos incrédulos de las curaciones milagrosas. Unos las atribuyen al agua de Lourdes; otros, a la sugestión; quiénes, a la fe (como energía curadora, *the faith healing*); quiénes, a fuerzas desconocidas. Respecto al agua, pone de relieve el autor su absoluta carencia de propiedades médicas. "No se trata de un agua medicamentosa como la de ciertas fuentes minerales, de que tanto se usa en terapéutica, sino de un agua químicamente pura, como la de los buenos manantiales de las montañas, y muy débil mineralización" (pág. 61). Las curaciones milagrosas se verifican de estas tres maneras: o con producción necesaria (e instantánea) de elementos no preexistentes en el sujeto, o sin la producción de elementos necesarios, o con la supresión de elementos morbosos. En cualquiera de los tres casos "hay alguna cosa evidentemente contraria a todos los fenómenos clínicos, cuya perseverante observación nos ha conducido a formular leyes sobre la evaluación de los elementos anatómicos. Esto no prueba, de ningún modo, que estas leyes descansen en un error y que, por tanto, sean falsas. Lo que prueba simplemente es que existe una fuerza superior, no sujeta a las fuerzas naturales, que puede ejercer sobre la materia una acción que éstas no poseen. Por todo lo dicho se ve que no hay ninguna *explicación científica admisible* para las curaciones sobrenaturales. Además, éstas contradicen con frecuencia lo que nos enseña la experiencia clínica acerca de las curaciones terapéuticas" (pág. 105).

El análisis *clínico* que de las curaciones milagrosas (unas doce examina en la segunda parte de su libro) hace el señor Le Bec, es muy instructivo. El elemento sobrenatural aparece tan de relieve, que parece palparse. Mas ya se comprende que para llegar a semejante *evidencia* son necesarias muchas y muy delicadas inquisiciones. Esto explica, en parte, la oposición a las curaciones milagrosas que hacen los médicos racionalistas. ¿Quiere eso decir que los hechos no sean ciertos, claros, decisivos? No, sin duda, sino que es preciso despojarse del prejuicio antisobrenaturalista para aceptar lo milagroso. En tanto se considere la naturaleza como un sistema herméticamente cerrado, impermeable a toda fuerza superior; en tanto se piense que ni siquiera existe tal fuerza ni aun puede existir, jamás se dará por milagroso el hecho más contrario a todas las leyes naturales. Se acudirá hasta lo más absurdo antes que inclinarse ante lo sobrenatural. Por eso para muchos es precisa una labor previa de preparación para disponerlos a aceptar la misma posibilidad del milagro, la existencia de una energía superior a la naturaleza capaz de producirlo.

OTROS ASUNTOS.—No pertenece a este Boletín, propiamente, la apología que de la existencia de Dios ha publicado y reeditado, no ha mucho, el profesor J. Ballerini (1). Por eso nos contentamos con una ligera referen-

(1) PROF. GIUSEPPE BALLERINI: *L'esistenza de Dio di fronte alla scienza e al pensiero moderno*. Ed. 3.^a Un vol. de XII-406 págs. Firenze, Libreria ed. fiorentina 1918,

cia, mientras otro no la reseñe más a fondo (1). En realidad, aunque a la Apologética, como ciencia especial, no corresponda entablar una discusión y emprender una defensa de la solución cristiana al problema de Dios, en muchos casos es hoy de todo punto necesario hacerlo, según arriba indicábamos, porque con sobrada frecuencia los motivos de credibilidad —que sólo dentro de una filosofía teísta son comprensibles— carecen de eficacia sobre las inteligencias, por hallarlas extraviadas acerca de este asunto capital. Así que no está del todo fuera de su lugar el que digamos dos palabras de un libro que lo examina bastante bien y *di fronte alla scienza e al pensiero moderno*, que, en resumidas cuentas, no son más que los nombres altisonantes y enfáticos con que se bautiza a sí misma la incredulidad de nuestros días.

En la primera parte, después de poner de relieve lo inevitable de este problema para todo hombre pensador, expone y rebate las soluciones de los incrédulos. Las cuales reduce a tres categorías: unas se fundan en la negación del principio de causalidad; otras circunscriben y limitan dicho principio a la esfera de los puros fenómenos; otras lo admiten como válido, pero sólo para una causa immanente, no trascendente. Las últimas orientaciones de los pensadores modernos respecto al problema de Dios son más reverentes para con el ser divino que “las viejas oposiciones del materialismo y ateísmo. Mas si descendemos al fondo de su pensamiento, y allí tratamos de sorprender el concepto preciso que de Dios y de la naturaleza se han formado, nos hallamos siempre, o casi siempre, de frente a la doctrina del monismo o de la immanencia, bajo una u otra de las formas ya expuestas” (págs. 71-72). En la segunda parte examina las verdades preliminares que supone la recta solución del problema: concepto exacto de los hechos físicos y de un valor (contra los positivistas, que reducen toda la ciencia al estudio de los fenómenos sensibles y sus leyes); ídem de las leyes físicas (contingentismo y sus equívocos); valor de la Metafísica, de los principios del reconocimiento y en particular del principio de causalidad (génesis, concepto, nociones aldeañas, especies de causalidad, paralogismos de Hume, crítica del fenomenismo, relaciones de la causalidad y la psicología, el ocasionalismo, etc.). Por fin, en la última parte examina directamente las pruebas de la existencia de Dios, e insiste más de propósito en la crítica de las teorías opuestas a dichas pruebas.

Al final de la obra va un largo apéndice “en defensa de la divina Providencia”.

Mas esta última cuestión la estudia con mayor detenimiento el señor Ey-mieu en el precioso libro que, con motivo de la guerra europea, publicó hace poco, y ya cuenta con ocho ediciones, según reza la portada (2). La primera parte de esta obra —escrita en estilo encantador— es una apología en regla

(1) Al corregir las pruebas de este boletín leemos la sensata crítica que de este libro publica en el último número de LA CIENCIA TOMISTA (págs. 394-95) el reverendo padre S. M. Ramírez.

(2) ANTONIN EYMIEU: *La Providence et la guerre*. Un vol. de 314 págs. 8.^a ed Perrin, París, 1919.

del gobierno divino. El autor sabe imprimir a este manoseado asunto una novedad de forma tal, que parece proponer soluciones nuevas de este viejo problema, siendo en el fondo las tradicionales. Son tan atrayentes los seis capítulos en que estudia la Providencia en sí misma y sus relaciones con los bienes y males que advertimos en el mundo, desgrana el autor al través de estas páginas pensamientos tan hermosos y consoladores, que bien merecían ser impresos aparte, independiente de los otros seis capítulos (segunda parte), en donde ya se notan a cada paso las prevenciones, espíritu de partido, etc. Es natural. Un francés no puede apenas examinar esta guerra terrible con sangre fría, ni aunque la examine con relación a la Providencia. Es muy interesante el capítulo VI, sobre la pluralidad de humanidades esparcidas por los innumerables mundos que pueblan el espacio. Después de analizar el pro y el contra de la opinión favorable (es independiente de la fe), expone su teoría, que es de verdad curiosísima. ¿Verosímil? Es posible; pero, al fin, no es más que una opinión sin base experimental ni sólidas razones metafísicas. Con todo, es verdad que de ese modo parece más comprensible esa muchedumbre incontable de orbes que se mueven en el espacio.

Consoladora en extremo será para nuestros vecinos de allende los Pirineos la segunda parte. Seguramente que habrá calmado muchas angustias y afirmado la fe vacilante de muchas almas. A nosotros, como apologistas, no nos interesa gran cosa.

Casi otro tanto se puede decir de otra obra del mismo escritor titulada *Los fines de la Providencia respecto a la guerra* (1). En ésta, sobre todo, campea a sus anchas el espíritu de partido, o digamos mejor, la pasión patriótica. Hay, sin embargo, en ella ideas aprovechables para una apologética social. En brillantes párrafos y con la ayuda de datos muy significativos, se demuestra en sus siete capítulos el fracaso definitivo de los grandes ídolos, ante quienes las sociedades modernas se derrocaban en adoración reverente, esperando de ellos una felicidad que jamás vino, ni puede creerse que vendrá en lo futuro, después de los horrores espantosos de la guerra, naufragio universal de todas las promesas que los sumos sacerdotes de las nuevas deidades habían hecho al mundo. Estos ídolos nefastos son la Ciencia (con mayúscula) o más bien el *escientismo*, el dinero, el progreso, el placer (en capítulo aparte estudia benévolo nuestro autor "la ligereza francesa", no ciertamente sin vituperar lo que hay de real en este reproche que se hace a los franceses), la igualdad y el laicismo. Aún podría añadirse a esta serie de dioses mayores que han hecho miserablemente fiasco en la reciente contienda europea, otra retahíla de diosecillos no menos fracasados y corridos. Razón sobrada tiene el señor Eymieu para proclamar la necesidad de cambiar de derrotero, si las naciones quieren hallar su verdadera felicidad. Lo mismo los individuos que los pueblos, jamás gozarán de ventura sólida y duradera sino volviendo sus ojos y afianzando su corazón en el que es "el Camino, la Verdad y la Vida".

(1) A. EYMIEU: *Les buts de guerre de la Providence*. Ed. 5.^a Un vol. de 236 págs. Perrin, París, 1918.

De este soberano Maestro se ocupa monseñor Tissier, obispo de Chalons, en sus diez conferencias apologéticas, editadas bajo el título *El hecho divino de Cristo* (1). Más que una apología científica rigurosa, son las conferencias de monseñor Tissier una defensa popular, al alcance de la gente sencilla y "de los soldados", de la divinidad de Jesucristo.

Precédelas una larga introducción (de 40 páginas) consagrada a demostrar que la divinidad de Cristo no es obra ni del ambiente, ni de los Apóstoles, ni de San Pablo, al cual la atribuyen con insistencia muchos racionalistas modernos. Es la parte de tonos más científicos. Evidente aparece el hecho fundamental: que Cristo se proclamó a sí mismo por Mesías divino, por Dios. Su historia, en particular su muerte, decidida por sentencia oficial del Sanedrín, basada en las afirmaciones del pretendido reo, no se explican sin la afirmación capital de su condición divina. Los Apóstoles, como San Pablo, no hacen más que repetir y explicar las formales declaraciones del Maestro acerca de su propia naturaleza sobrehumana. Monseñor Tissier hace resaltar muy bien los absurdos en que tienen que incurrir los partidarios de la divinización *post Christum*.

En cuanto a las diez conferencias, no hay cosa especial que mencionar, salvo la elocuencia, sencillez y maestría con que el orador desarrolla sus temas. Nos contentaremos, por tanto, con señalar la materia de cada una: el Mesías, el taumaturgo, el profeta, el orador, el doctor, el santo, el padre, el mártir, el resucitado y el maestro. En torno de estos títulos agrupa monseñor Tissier los principales hechos y doctrinas del Evangelio, destacándose de en medio de los diversos cuadros, llena de luz y gloria, la figura adorable de nuestro divino Salvador.

Excelente manera de defender la Religión cristiana es la sabia exposición de las verdades y hechos que constituyen su esencia divina. Es lo que ha realizado el abate Lemoine en su obra póstuma *Creo en Jesucristo* (2). "No es esto —declara el autor— una "Vida de Jesús"; ¡ Hay tantas y excelentes! No es un libro de exégesis; no somos competentes en la materia, y además estamos hastiados de crítica. Cuando leemos el Evangelio buscamos allí sencillamente al Espíritu Santo, que lo ha inspirado; no buscamos los datos de composición ni las cuestiones secundarias, respecto a las cuales nos atenemos a la tradición eclesiástica. Este *Credo* es un acto de fe en el Cristo de la fe, un libro de meditación más que de ciencia; y para predicar el Evangelio según el espíritu con que debe predicarse, antes nos hemos puesto de rodillas ante el libro abierto, cabe los sencillos a quienes se dirige" (pág. xvi). El carácter de la obra se revela en estas sinceras palabras. También de ellas resalta su valor apologético. Quienes busquen con sencillez la verdad cristiana en el Evangelio, y se sientan "hastiados" de una crítica estéril, demoledora, que nunca edifica nada, hallarán luz y consuelos en las cálidas páginas del señor Lemoine.

(1) MGR. TISSIER: *Le fait divin du Christ expliqué aux gens du monde*. Un vol. de XL-272 págs. P. Tequi, Paris, 1918.

(2) *Je crois en Jésus-Christ*, par l'Abbé Lemoine. Un vol. de xvi-336 págs. P. Tequi, Paris, 1920.

Después de resumir brevemente en la primera parte los principales hechos de la vida de Nuestro Señor, y estudiar en la segunda lo referente a su naturaleza divina a través de sus propias afirmaciones, corroboradas por los milagros y por los testigos que presenciaron sus obras, expone en la tercera las doctrinas cristianas (el elemento moral, sobre todo), tales como aparecen en el Evangelio: el reino de los cielos, el mandamiento nuevo, las Bienaventuranzas, etc., etc. Las dos partes finales tienen por objeto la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Una consecuencia o como prolongación del triunfo definitivo del Salvador es la Iglesia, a la cual dedica el último capítulo del libro. Siguen cuatro breves apéndices sobre la Encarnación, la Maternidad de María, la Concepción virginal y la posibilidad del milagro.

En defensa del gobierno de la Iglesia acaba de publicar el reverendo padre G. Neyron, S. J., un hermoso libro, cuyos principales capítulos ya habían aparecido antes en *Etudes* (1). Es, sin duda, un hecho maravilloso la permanencia de la Iglesia católica, substancialmente inmutable no sólo en sus doctrinas, sino también en su forma de gobierno, en sus elementos jerárquicos y en las relaciones que guardan unos con otros. Y la admiración que este hecho produce crece de punto cuando advertimos que esa permanencia tiene lugar durante tantos siglos y en medio de sociedades conmovidas por las más tremendas agitaciones internas y externas, en medio de revoluciones espantosas, que han derrocado tronos, extirpado dinastías, alterado las más hondas relaciones sociales y cambiado por completo las leyes de los pueblos. Como roca gigante en medio de los mares, destácase la Iglesia, llena de vida, a pesar de su inmovilidad, en medio del torbellino incesante de los tiempos, de las razas y de los pueblos. ¿A qué debe atribuirse este fenómeno extraordinario? "Contemplando este orden admirable (de la Iglesia), conservado en medio de nuestras agitaciones contemporáneas, más de uno, sin duda, tendrá, por decirlo así, la sensación de lo divino; reconocerá esta "obra que Dios ha realizado en medio de nosotros, la cual, sin relación con ninguna otra causa y sólo dependiendo de El, lleva por el mundo, con la impresión de su mano, el sello de su autoridad" (Bossuet), y quizás, a vista de este espectáculo, sentirá robustecerse su fe" (pág. 20).

Muchísimas objeciones se han movido contra el sistema del gobierno eclesiástico. Se le ha acusado de centralista en extremo, de opuesto a los justos derechos de los diversos pueblos, de despótico y absorbente, de contrario a la libertad de las almas y a la vida interior... Para rebatir semejantes objeciones, el padre Neyron no ha menester más que exponer las doctrinas y la práctica de la Iglesia, su vida real, no según la fingen sus adversarios o... sus amigos poco advertidos. ¿Que ha habido a través de los siglos ciertos abusos prácticos, deficiencias, etc.? ¿Quién lo duda! La asistencia divina, prometida por Jesucristo a su Iglesia, no garantiza el acierto absoluto de sus ministros en la muchedumbre de asuntos prácticos que sur-

(1) R. P. GUSTAVE NEYRON, S. J.: *Le gouvernement de l'Eglise*. Un vol. de 348 págs. Beauchesne, Paris, 1919.

gen a cada momento. La infalibilidad no se extiende más que al dogma y a la moral: el elemento *político* queda al margen de ella. Pero quien, sin prejuicios, se fije en las líneas generales de la política de la Iglesia, pronto advertirá que se inspira en principios y móviles harto más elevados que los que regulan la política mundana. Por otra parte, si no se quiere incurrir en lamentables extravíos, conviene mucho no confundir los procedimientos y decisiones del Vicario de Cristo con los de amigos y defensores de la Iglesia.

La literatura sobre las conversiones y los convertidos va acreciendo cada día, especialmente allende los Pirineos. Relatos de conversiones, interpretación psicológica y religiosa de las mismas, su valor apologético, etc., son temas que excitan la curiosidad de muchos, y con razón, porque hay en este movimiento de almas hacia la Religión, además de un principio de renovación moral, una confirmación práctica de la perenne necesidad y eterna juventud del espíritu religioso. Es luchar contra lo imposible el esforzarse en arrancar del alma humana las raíces del sentimiento religioso. Por su carácter general y por tratarse de un libro que aspira a "ayudar a algunas almas que se esfuerzan por hallar la ciudad de la luz y de la paz" (página 7), diremos algo acerca de *La conversión*, del padre Huby, que ha recopilado en este folleto una serie de artículos publicados en *Etudes* (1). Son interesantes, sobre todo los cinco últimos, consagrados a la conversión en sus relaciones con los motivos de credibilidad. Opina el padre Huby que en las conversaciones repentinas (*foudroyantes*) no se da la sucesión de actos intelectuales o voluntarios, que los teóricos de la Apologética suelen exigir antes de la definitiva adhesión del alma a la fe. "Estas narraciones (de los convertidos de repente: Ratisbona, Cohen, padre Bracey, O. P.; Claudel, etc.), pueden desbordar el cuadro de teorías demasiado estrechas, como serían las que no admitiesen otro esquema de la conversión que una sucesión de actos intelectuales o voluntarios. Las conversiones repentinas no presentan huellas de este desarrollo por serie" (págs. 53-54). ¿Es realmente así? ¿No será posible que la serie de actos fuese tan rápida y concentrada que ni siquiera aparezca en la conciencia de los convertidos como una línea de momentos sucesivos? Más probable parece esto último.

El autor insistentemente censura y excluye los llamados "suplementos subjetivos de la credibilidad" imaginados por "el padre Gardeil y sus discípulos". Si hemos de juzgar por sus explicaciones, el "padre Gardeil y sus discípulos" no admiten como legítimos otros motivos de credibilidad "para fundar una fe objetivamente cierta que el milagro físico y la profecía" (página 64). Verdaderamente se necesita leer con prevención los libros del "padre Gardeil y sus discípulos" para atribuirles tal enormidad. ¿Qué tomista, discípulo del padre Gardeil o no, ha negado jamás que haya muchos convertidos con milagros o profecías? El autor reproduce en este folleto, cuando la ocasión le brinda a ello, las ideas de su artículo sobre *La luz de la gracia*, etc., y en función de ellas explica las conversiones. Dicho queda arriba lo que acerca de eso pensamos.

(1) JOSEPH HUBY: *La Conversion*. Un vol. de 124 págs. G. Beauchesne, Paris, 1917

En hecho de verdad, el padre Huby viene a confesar que esas iluminaciones de la gracia, esas experiencias íntimas, sobrenaturales, que “basta para fundar una certeza perfectamente objetiva”, son poco menos que inútiles para la verdadera ciencia apologética; porque “estas experiencias son incommunicables por su misma naturaleza. La ventaja de los otros signos, milagros físicos, milagros morales, profecías, consiste, al contrario, en ser hechos patentes, visibles, manifiestos, y, por tanto, capaces de ser expresados o comunicados. Este su poder de irradiación, este valor catequético y social hace de ellos material de primer orden para la apologética; aún más, constituyen su más sólida armazón” (pág. 69). Sin duda es así; y dígame lo que se quiera de la necesidad de la gracia para percibir el valor probante de los motivos de credibilidad, el apoloquista debe esforzarse por exponer con tal vigor esos argumentos que sean *cogentes* para la simple razón natural. Sólo de ese modo tiene cabal cumplimiento la sentencia del Concilio Vaticano: *Ut nihilominus fidei nostrae obsequium rationi consentaneum esset*, etcétera.

¿Son útiles a los apoloquistas las narraciones de los convertidos? Sí: su “primer servicio es ayudar al apóstol a conocer la psicología concreta de sus contemporáneos, sus tendencias y aspiraciones, los obstáculos que detienen a los que caminan hacia la verdad, los argumentos que parecen más aptos a persuadirlos” (pág. 85). Además, pueden servir para afinar y aun modificar las teorías sobre los motivos de credibilidad, del acto de fe, etc.

Con todo, necesario es proceder con mucho tiento. De casos particulares, a veces extraordinarios, no se pueden deducir consecuencias generales. El movimiento moderno de conversiones no ofrece razón alguna para alterar las líneas fundamentales de la Apologética tradicional.

FR. JOSÉ MARÍA GARCÍA GRAÍN.

CRONICAS CIENTIFICOSOCIALES

ESPAÑA

EL MOMENTO SOCIAL PRESENTE. Al considerar los movimientos societarios que han tenido lugar, en la última temporada, en España y en el extranjero, nos confirmamos más y más en nuestra manera de pensar acerca del socialismo o sindicalismo. Ya nos sabíamos de memoria que la táctica observada por los profesionales del desorden no era la de enriquecer al pobre, al obrero, sino la de empobrecer a todo el mundo. De ese modo creían llegar más pronto al fin que persiguen; pues el enfermo, por instinto natural, al sentir cansancio y malestar en una postura, adopta inmediatamente otra. Haciendo la vida imposible a ricos y pobres el cambio no se dejaría esperar, y entonces sería la ocasión de poner en práctica todos sus ensueños.

En los últimos meses hay datos que debemos consignar y que son una prueba de lo que venimos sosteniendo. En la huelga de panaderos de Madrid se vió bien claramente esto. Además de ser una huelga ilegal e injusta, se notó que lo que se perseguía era sostener a la masa obrera en ese estado de tensión muy a propósito para ser instrumento de toda revuelta. Las mejoras que se pedían no aparecieron por ninguna parte, y si se tomó como pretexto el pleito que se venía sosteniendo con la fábrica de "La Fortuna", esto era uno de tantos medios que emplea la Casa del Pueblo, injusto por supuesto, para promover disturbios.

No se temió en este caso dejar sin pan por unos días a todo Madrid y quitar al pobre el único alimento que muchas veces tiene. Pues esto no le importa a la Casa del Pueblo; a ella no la asustan los asesinatos, y tampoco la ha de asustar el que se mueran de hambre muchos obreros; lo que importa es fomentar el desorden, hacer que muchos incautos se sumen en las manifestaciones a los obreros.

Claro está que no consiguieron ni una cosa ni otra; pero basta la buena intención. Por eso su derrota fué mayor, más ruidosa. El pueblo de Madrid, sensato como nunca, no les secundó, y a los pocos días se produjo el pan

necesario para todo Madrid. Entonces se vió también cómo sobaban dos mil obreros, que la Casa del Pueblo obligaba a tener a los panaderos, para así disponer de más borreguistas que sigan sus planes, aunque redunde en perjuicio de la sociedad, pues, naturalmente, esto trae consigo el aumento de precio en el pan.

Al observar estos hechos fácilmente se echa de ver la diferencia que hay entre los dos sindicalismos: el sindicalismo revolucionario y el sindicalismo católico. Aquél no busca más que la destrucción, la ruina de las naciones, para imponer después su dictadura, cruel y sanguinaria; quiere que el mundo cambie de amo: que los ricos sean pobres, y los pobres, ricos. Y cuál será su conducta si llegasen a dominar un día lo hemos visto en la huelga de médicos de la "Mutualidad Obrera", por si nouviésemos sobrados ejemplos en Rusia y otras naciones. La Casa del Pueblo, que se pasa la vida clamando contra los patronos, no quiere abonar a los médicos que prestan su asistencia más que doce céntimos y medio por cada visita, según cálculo de *El Mundo*.

En cambio, el sindicalismo católico aspira a que la justicia social sea un hecho, a mejorar la suerte de los humildes, elevándoles al nivel de los dichosos. Por eso el sindicalismo católico ha convertido hace pocos días a sus obreros ferroviarios en accionistas de las grandes Compañías, interviniendo de esta manera en su dirección y administración; y al obrero del campo va convirtiéndolo en propietario, proporcionándole tierras y dinero para comprarlas. Los resultados de una y otra táctica claro está que han de ser muy diversos. El sindicalismo católico crea riqueza, prosperidad; proporciona el bienestar material y espiritual; trae la paz y la abundancia; el sindicalismo revolucionario trae consigo la guerra, la pobreza y la muerte de las naciones y de los individuos. La elección se hace por sí sola.

ASAMBLEA DE LA "ACCIÓN El domingo 23 de mayo se inauguró la primera
CATÓLICA DE LA MUJER". Asamblea anual de esta benemérita Asociación.

El acto fué presidido por el señor Obispo de Madrid, quien dirigió a la nutrida concurrencia, donde figuraban representaciones de todas las Juntas de provincias, un hermoso discurso enalteciendo los fines que persigue con tanto éxito esta nueva entidad.

El mismo día pronunció el señor Maura en la Academia Española su anunciada conferencia, acentuando la necesidad de reivindicar los derechos de la mujer en la familia y en la sociedad. "La familia —dijo— es el centro de gravitación de la mujer. Apartarse ésta del hogar es desfemenizarse, amonarse, destituírse de su capacidad efectiva. La legislación española es injusta con la mujer, pues le niega, frente al marido, toda autoridad en la administración de los bienes familiares y reduce su misión de madre a soportar las cargas sin participación en los beneficios." Refiriéndose a la vida extrafamiliar, hizo ver el ilustre orador la aptitud de la mujer para las obras de apostolado social en pro de la moralidad, de la clase obrera, de la beneficencia y de la enseñanza. Esto la capacita para intervenir con su voto en la vida oficial del Municipio y en la del Estado. Reconocida en principio

esa capacidad, no hay que apresurar su implantación. Lo que urge es que se eduque a la mujer para el ejercicio de ese nuevo derecho.

El día 25, por la mañana, tuvo lugar en la Academia de Jurisprudencia la sesión de clausura de la Asamblea, y por la tarde, con asistencia de los Reyes, se celebró en el teatro Real una solemne velada. Esta terminó con un elocuente discurso del señor Mella, que, como todos los suyos, fué muy aplaudido. Con gran viveza de colores pintó el orador el estado de la mujer en el mundo pagano, reducida a vil esclava, y la redención que le otorgó el Cristianismo. El Cristianismo dió a la mujer una nueva belleza que el mundo pagano no conocía, cual es la del pudor, de la modestia y de la gracia, que, como aroma perdurable, circunda su alma, siempre dispuesta para obrar el bien. En la cuestión del voto se declaró partidario de la representación por clases.

LOS TRIBUNALES PARA NIÑOS. Era una aspiración antigua entre los juristas la fundación de tribunales para niños. Se quejaban, y con razón, de que al niño delincuente se le llevase a la cárcel ordinaria, donde, en lugar de corregirse, no hacía sino desarrollar sus malas inclinaciones con la compañía que se le proporcionaba. "Al niño —decían— hay que corregirle, pues está en la edad en que se puede hacer; no recluirle para siempre o para que salga más pervertido hasta otra fechoría."

Esta aspiración ha tenido cumplida realización en Bilbao y en alguna otra parte, y creemos que pronto se extenderá por toda España. En estos tribunales a los niños se les juzga por un método en armonía con su corta edad, y, en vez de llevarles a la cárcel, se les lleva al reformatorio, donde se procura que aprendan algún oficio y que salgan hechos hombres. En los primeros juicios en que ha intervenido el tribunal formado en Bilbao ha procedido de una manera digna de alabanza, siendo de notar que aquí los castigados no son los niños sino sus padres, que muchas veces por su abandono son la causa de la perversión de sus hijos. Esta multa se ha destinado a pagar la pensión del niño en el tiempo en que ha de estar en el reformatorio, de donde ha de salir para ser colocado en un oficio determinado y en un puesto que ya se le ha buscado de antemano.

La verdad, no tenemos más que palabras para alabar esta reforma, que está llamada a dar muy felices resultados si se la lleva a la práctica como se debe, y sobre todo inspirándose en los principios salvadores del Cristianismo, que son los únicos capaces de moldear el corazón del niño como el del adulto.

LA CONFEDERACIÓN DE ESTUDIANTES CATÓLICOS. Decir que todo el mundo se asocia es ya un tópico que debe dejarse a un lado por sabido; pero lo que a nosotros nos importa es que todo el mundo se asocie en católico, y esto sí que no es siempre un hecho.

Hoy debemos consignar como dato consolador el que se haya formado, potente y grande, la Federación de estudiantes católicos. El mitin celebrado en Madrid la dió vida ante toda España, y aun ante el mundo entero. En

este mitin, en que tomaron parte profesores y hombres de ciencia al lado de los estudiantes, se puso de manifiesto la necesidad de la unión de todos los estudiantes católicos.

Estas Uniones tienen grandísimas ventajas. El estudiante, al sentirse unido a otros de creencias cristianas y al respirar el ambiente que es prolongación del ambiente de la casa materna, no puede menos de conservar en su corazón los sentimientos piadosos que algún día en él florecieran, y que contribuirán a que sus caídas de joven no sean más que caídas pasajeras, y no entrega definitiva a la corrupción y al vicio.

Por otra parte, ante una organización hay que responder con otra, y la juventud estudiosa es una de las clases sociales que con más esmero debemos cultivar para librarla del contagio. Las grandes revoluciones políticas y sociales, antes de llevarse a la práctica, se formaron y maduraron en la inteligencia de los hombres. No hay que olvidar que al fin la inteligencia es la luz y guía de las acciones del hombre y que sus actos han de ser reflejo, más o menos fiel, de sus ideas.

Al acto celebrado en Madrid han seguido otros en provincias, que deseáramos se multiplicasen hasta llegar a una organización perfecta en toda España. De esta manera, acostumbrándose a llamarse católicos en público, se acabará con esa casta de hombres que se llaman católicos y luego no tienen valor suficiente para defender sus creencias con actos públicos, y, además, contaremos, el día de mañana, con decididos defensores de nuestra sacrosanta Religión en todas las partes donde necesite defensa. Al fin los jóvenes estudiantes de hoy serán los literatos, los profesores, los médicos, los abogados, los diputados y los ministros de mañana, y tal como sea su preparación, así serán los frutos que produzcan.

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA. — LA MARINA ESPAÑOLA.

La industria española está en un período de franco progreso, a pesar de todas las contrariedades y de todos los trastornos que tanto contribuyen a retardar su marcha. En España son varias las grandes sociedades que se forman con un capital de muchísimos millones, lo que indica claramente que nuestra industria y nuestra banca se dan perfecta cuenta de la naturaleza de los negocios de hoy día y procuran ir confiadamente a ellos. En estos días se ha formado la Sociedad Petrolífera Española, con un capital de 25 millones, y de ayer es la compra por banqueros españoles de la grande empresa alemana que explotaba la producción eléctrica y otras industrias derivadas en la República Argentina. El domicilio social, que antes residía en Berlín, estará ahora en Madrid, y con esto nuestro crédito industrial crecerá en aquella República.

En ella se ha constituido también estos días otra empresa hispanoargentina para transportar carnes y frutas en vapores que están dotados de cámaras frigoríficas.

Mas, entre todas las industrias, merecen especial mención la industria eléctrica y la marítima. De la primera es ya una prueba la empresa alemana adquirida por los españoles en 260 millones de marcos, y que desarrolla su negocio en la Argentina, Chile y Uruguay; los famosos saltos de agua del

Duero, que serán los mejores de España y aun del mundo; la Hidroeléctrica Española, que, terminadas las obras del salto de Dos Aguas, producirá 100.000 HP.; la Sociedad de Fuerzas y Riegos del Ebro, que ya dispone de 100.000 HP., y pronto estarán terminadas las obras del salto de Camarasa, y así otras muchas empresas extendidas por toda España, que disponen de poderosos saltos o que los tienen en construcción. Cada día se dan a conocer nuevos saltos de agua, que pronto pasarán al registro civil de las oficinas del Estado. Estos mismos días se han registrado varios en el Duero, en la provincia de Zamora, aparte de los que ya hay concedidos.

Nuestra industria y nuestros técnicos se han convencido de que la riqueza eléctrica que se puede producir en nuestra patria es enorme y que no hay minas de carbón que puedan compararse con ella.

No es menos halagüeño el aspecto que ofrecen ante nuestra vista las industrias que más directamente se relacionan con las construcciones navales. Nuestra Marina mercante perdió bastante en tonelaje durante la guerra, unas 175.000 toneladas; pero como también ganó muchísimo dinero y se despertó el espíritu industrial, pronto se ha repuesto con las nuevas construcciones y con la adquisición de barcos extranjeros por lo cual nuestra Marina mercante debe disponer actualmente de unas 900.000 toneladas, que pronto ascenderá al millón, y lo rebasará. Esto es ciertamente lo que necesita España, pues nuestro tráfico exige de millón y medio a dos millones de toneladas, por lo menos.

Al desarrollo de nuestra Marina ha contribuido, y contribuirá más sin duda, la formación de grandes compañías, por la fusión de otras varias y por la ampliación de las que ya existían. En Bilbao se fusionaron las de Iturri e Ibai, Izarra y Elcano, que forman la Vascovalenciana de navegación. En estos días la Trasatlántica ha hecho una ampliación de su capital, en forma de acciones amortizables, que ha tenido el éxito que era de esperar, dado el crédito de la mejor de nuestras compañías navieras.

Las poderosas Sociedades Euskalduna, Astilleros Echevarrieta, de Cádiz y La Constructora Naval, aparte de otros muchos de menor importancia, están construyendo barcos de gran tonelaje. La Euskalduna, de Bilbao, tiene en grada el *Arizmendi*, de 8.500 toneladas; el *Arza-Mendi*, tanque transporte de petróleo, y el *Arxanda-Mendi*, de 5.000 toneladas, todos para la Compañía Sota y Aznar, y contratados para la misma, el *Arnotegui-Mendi*, de 5.000 toneladas; los *Artibas-Mendi* y *Arráiz-Mendi*, de 5.000 toneladas cada uno, y el *Astea-Mendi*, vapor tanque de 8.000 toneladas. Además, en el ejercicio pasado entregó dos grandes barcos y botó otros cinco.

Los astilleros de Echevarrieta, de Cádiz, lanzaron al agua el vapor *Cabo Villano*, de 15.000 toneladas, para la Compañía Ibarra, y en los mismos astilleros trabajan más de 2.500 obreros en la construcción de otros cuatro grandes buques.

La importante Sociedad La Constructora Naval merece un capítulo aparte, por su importancia y por los altos fines patrióticos que persigue. Sabido es que esta poderosa Sociedad aspira a bastarse a sí misma, es decir, aspira a que todos los elementos necesarios para la construcción de barcos de todas clases se produzcan en España. Son ya varios los que se lanzan al agua

habiéndose construido todo en nuestra Patria. De esta manera nuestra Marina será lo que exigen las necesidades de España y proseguirá en aumento este movimiento industrial, que ha llamado la atención de los extranjeros.

La Constructora Naval tiene actualmente en obra, según la Memoria del mes de mayo, por valor de 137 millones de pesetas. Según la Memoria, la Sociedad ha entregado recientemente a la Marina de guerra dos torpederos, y anuncia para muy pronto la entrega de otros dos. El *Reina Victoria Eugenia* ha sido botado en el Ferrol hace poco, y a éste seguirán dos cruceros rápidos, así como tres destroyers, seis sumergibles y tres cañoneros guardacostas.

A la Marina mercante entregó ocho vapores, la mayor parte de gran tonelaje, y ha botado dos, teniendo en construcción los hermosos trasatlánticos *Alfonso XIII*, *Cristóbal Colón*, *Magallanes*, *Manuel Arnús*, Buque núm. 7, y los vapores *Mar Caribe*, *Mar Negro* y *Mar Adriático*, más otros tres para distintas compañías.

La adquisición de los astilleros del Nervión, en la que tomó parte esta Empresa, tiene por objeto unir esos artilleros a los de Sestao, que son de la Empresa, y así disponer, bajo una dirección, de unos grandes astilleros, dignos de los arrestos de esta Empresa y de España.

Su personal es de cerca de 10.000 operarios, entre el personal técnico, administrativo y el obrero.

Si añadimos a estos consoladores datos el que se establecerán nuevas líneas de vapores, como la que piensa establecer la casa Tayá hasta Oriente, hasta Constantinopla, y que las construcciones en los astilleros pasan de 100.000 toneladas, no podremos menos de inferir que el aspecto de nuestra Marina es bastante satisfactorio y alentador.

LA SEMANA GALLEGA.

Aunque sea brevemente, debemos dedicar algunas líneas a comentar y detallar la celebración de la Semana gallega, que tuvo lugar en Madrid en los últimos días de mayo.

Hace algún tiempo se ha iniciado un movimiento galleguista en España, dirigido por altas personalidades gallegas. Esto no deja de consolarnos, pues creemos que el engrandecimiento de España ha de venir del engrandecimiento de sus hermosas y distintas regiones. Mas en este movimiento galleguista hay una nota muy singular. El galleguismo no está principalmente en Galicia, como podría creerse, sino en Madrid y también en América. Parece que el gallego, tan sentimental, tan encariñado con su tierra, tan inteligente y hasta tan buen negociante, necesita salir de su tierra, y aun de su patria, para sentir vivamente el amor al lugar que le vió nacer.

Parece que el contraste, la comparación de su tierra con las extrañas, le hace apreciar mejor la belleza incomparable de Galicia, una de las regiones más pintorescas de España, la de los hermosos ríos, la de los fértiles valles, la de las montañas coronadas por pinos y toda clase de árboles.

Así se explica que el gallego sienta tan vivamente el amor a su tierra cuando se aleja de ella, y que al conjuro de ese amor se junte con sus pai-

sanos y posea tan hermosas *Casas de Galicia*, como tiene el Centro Gallego de Buenos Aires, La Habana y Madrid.

A la Semana gallega celebrada en Madrid concurrieron el celebrado poeta y sacerdote Rey Soto y don Gerardo Doval. Uno y otro pronunciaron sendas conferencias sobre las eminentes gallegas Rosalía de Castro y Concepción Arenal. También se distinguieron mucho el Orfeón de Lugo, los Coros de Rueda y la Agrupación Artística de Vigo, que interpretaron, en diversas ocasiones, infinidad de canciones típicas, de esas canciones que tan fielmente reflejan el alma de Galicia. Los Reyes honraron con su presencia estas fiestas que, siendo regionales, en Madrid, centro de regiones, están saturadas del verdadero amor a la tierra, que lleva, ante todo, el amor a España.

Durante toda la Semana estuvieron expuestos los cuadros del pintor Castela, el pintor de Galicia, el que supo trasladar al lienzo el alma y el ambiente de Galicia, según lo afirman sus mismos paisanos, que le felicitaron y agasajaron por cuantos medios le sugirió su corazón.

ACADEMIAS.

En la de la Historia.—El día 23 de mayo fué recibido como académico de número el sabio orientalista y catedrático de Lengua hebrea en la Universidad Central don Mariano Gaspar Remiro, que leyó un notabilísimo trabajo acerca de “Los cronistas hispanojudíos”. Le contestó, en nombre de la Academia, el señor Bonilla San Martín.

En la de Medicina.—El doctor don Jacobo López Elizagaray fué recibido en esta Academia el mismo día 23 y versó su discurso sobre el tema “Las crisis agudas de insuficiencia cardíaca”, contestando el doctor Codina, haciendo el acostumbrado elogio del recipiendario.

En la Española.—El ilustre literato don Emilio Gutiérrez-Gamero, al ser recibido en la Academia Española, leyó su hermoso trabajo acerca de la “Novela social”, analizando la evolución y las características de esta clase de novelas en las distintas edades y en sus principales cultivadores. Le contestó el señor Cortázar.

En la de Ciencias Morales y Políticas.—El señor López Núñez era ya muy conocido, por sus relevantes méritos, entre los sociólogos católicos, y el 6 de junio la Academia de Ciencias Morales y Políticas sancionó esa fama al recibirle entre sus miembros.

Su discurso versó sobre el “Ideario de la previsión social”, que le acreditó una vez más de eminente sociólogo. Le contestó el señor Sanz y Escartín.

FR. VENANCIO D. CARRO.

CRONICA DE ARTE

EXPOSICIÓN NACIONAL.

No ha gustado; el público ha ido desfilando por delante de esa infinidad de cuadros haciendo los más variados y graciosos comentarios. Por nuestra parte, he-

amos de manifestar haber sentido, al terminar de recorrer las salas, la alegría de un marino que, al descubrir la tierra, ve el fin de su penoso viaje.

No ha gustado, ni puede gustar, y vamos a decir por qué. La belleza que intentan las artes no es otra cosa que la manifestación de la verdad y del bien. Sólo el bien y la verdad constituyen la belleza. La mentira, el desorden, el mal, son la corrupción de la belleza, y, por tanto, lo antiestético, lo feo. Y así como hay una moral pura que, por encima de las cosas humanas triunfa siempre y es amable, y otra mal llamada *moral*, producto de cerebros enfermizos que intentan justificar una vida de pasiones, y existe una filosofía, una ciencia que es la verdad, invulnerable en todos los tiempos, y otra filosofía, ciencia del mal, constituida por esos sistemas tan diversos, que nunca han sido tierras firmes rodeadas de mares tranquilos por donde pudiera arribar el espíritu humano, sino tierras inhabitables rodeadas de mares tempestuosos, en donde se pierde el espíritu humano; del mismo modo, hay un arte que es un lenguaje del alma, propagador de la verdad, una especie de sacerdocio que consagra las obras de Dios, haciéndolas ver y adorar. Y existe otro arte que intenta la glorificación de la carne, que reproduce las enfermedades del espíritu, que entroniza la materia y adora la mentira y el mal.

El arte que busca la belleza en la verdad ha sido siempre el arte verdadero. En los griegos, y en general en los paganos, la misma sinceridad que les condujo a las cumbres de la verdad, hasta atisbar reflejos celestes que parecen revelaciones divinas, les hizo descubrir también la belleza tan pura que nos dejaron en sus obras, siempre nuevas, por ser verdaderas. En las civilizaciones cristianas el ideal de las artes se agranda, y gracias a la revelación, el arte llegó a expresar la fe de las catacumbas y la austera grandeza de la Edad Media. Y ese arte, tan sencillo a veces y tan profundo siempre, ha sido admirado y comprendido por el pueblo. Y el arte que sigue el camino opuesto a la verdad, ni es comprendido ni admirado; lo que quiere interesar a la vanidad y a las bajas pasiones no puede satisfacer nunca al espíritu. Por eso no agrada el arte que produce obras como la inmensa mayoría de las expuestas en el Palacio del Retiro. Obras en las que aparecen como único objetivo las fluctuaciones de una moda caprichosa, que se complace en la dislocación de la forma, en la glorificación de la carne y de la materia, en la rebelión del espíritu y en la corrupción más depravada.

Vamos a poner algunos ejemplos:

Salomé. Es un lienzo en donde todo es mentira: la composición, la forma y el colorido. *Salomé*, en actitud de bailar, sosteniendo la cabeza del Bautista sobre un plato, mientras que allá, en un rincón, un *reyezuco* sentado no se sabe qué hace. Eso es la composición. El desnudo de *Salomé* es horroroso, la exageración de las formas y el colorido, tratado con ensañamiento, destruye, afortunadamente, el efecto de sensualidad que indudablemente el pincel ha intentado, haciendo el cuadro repugnante por todos los conceptos.

La Senda o Los Pingüinos, como graciosamente ha llamado alguien a

este cuadro. Un grupo de novicias acarameladas, que no se sabe dónde van por entre los peñascos junto al mar. Como son *hermanas*, el artista las ha hecho iguales. La sosería de estas pobrecillas ha hecho pensar en los pájaros bobos: los pingüinos. De nada les sirve una luz brillante; todo es exterior, superficial, falso. Lo chocante es que al autor de ese esperpento le ha adjudicado el tribunal una medalla. Satisfecho debe de estar el señor Alcalá Galiano y Vidriola.

El Juglar de la Virgen. Es un retrato de viejo hecho por Casimiro Iborra. ¡No me ha hecho pensar poco el *mote* de este pobre hombre de bigotes lacios y mirada indefinible! Los artistas de hoy se *las traen* con semejantes *motes*. ¿Qué decir de la *Placidez*, de Rafael Argelés? Yo hubiera puesto inquietud, pues ese desnudo desastroso hace pensar en la caza de alguna pulga que se escurre burlando la mano izquierda, que parece buscar al bicho cruel. *Ya llega el vencedor* es una composición infantil sin color, ni sabor, ni... etc., de Julio García Condoy. Zubiaurre no podía faltar en esta Exposición con sus figuritas de medias bordadas y de pucheros y cazos, en los que es especialista. El *Retrato de C. P.*, que expone Francisco Pompey, está a la altura de su reputación. ¿Para qué seguir? Nuestro criterio es opuesto al del tribunal que, con su fallo, ha hecho enmudecer a los críticos que mandan. A esos críticos halagadores de la vanidad y favorecedores del arte que se nos ha metido en casa y que debiéramos escupir, ya que no por estética, por patriotismo. La escultura es peor que la pintura en esta Exposición: la *Divinidad*, de José Clará, es otra de las cosas que hacen pensar en por qué se llamará así. *El Lobo de mar*, de Juan D'Amello, no se puede mirar sin soltar la risa.

Y ahora vamos a citar algunos de los cuadros que más nos han gustado. *El Retrato de mi madre*, de Alfonso Grosso, es a nuestro juicio, una de las mejores cosas, si no la mejor, de la Exposición: hay en él una sinceridad y una ejecución sobria y excelente. El damasco verde del sillón es una preciosidad y un acierto por la verdad, y en todo ello un cariño cuidadoso que da alma y vida a la composición. El mismo autor expone un monacillo vestido con dalmática, muy gracioso; pero no llega, ni con mucho, al retrato de su madre. *Los Mineros*, de Elías Salaverría, tiene toques muy valientes y de imponente realidad. *Amanecer* es un paisaje muy bello, en el que Manuel Medina Díaz ha sorprendido la luz de la alborada sobre las crestas del Pajares, logrando efectos de color muy delicados. Tampoco nos disgusta el cuadro de Eugenio Hermoso: *La Virgen de los Remedios*. Hay verdad en esas escenas de aldea, y al buscar la alegría franca de las gentes sencillas, sin artificio, logra el sentimiento conmovedor de lo bello. Vázquez Díaz, en el grupo de toreros que él llama *Los Idolos*, consigue expresar con ironía trágica una verdad desconsoladora, pero verdad al cabo; no nos convence, sin embargo, pues, a pesar del mérito de este cuadro, hay en él resabios de imitación que le quitan importancia. ¿Quién no recuerda a Iturrino mirando ese picador de espalda, y quién no ve en toda la composición la influencia de tendencias extranjeras? Nos gusta más el retrato de Eva y, sobre todo, el dibujo de la misma Eva de espaldas y besando a

su hijo. El *Huerto granadino*, de Nájera, es un cuadro que indica una espontaneidad grande y, sobre todo, el colorido nos parece excelente.

De muy buena gana diríamos algo sobre otras Exposiciones celebradas en el Círculo de Bellas Artes y en el salón del Ateneo; pero sería repetir lo mismo que hemos dicho ya. Las tendencias malsanas dominan a nuestros jóvenes artistas. Y los extranjeros que por aquí se nos meten de rondón hacen mucho daño con sus novedades estrafalarias. Hay en España, gracias a Dios, un lastre de sentimiento por la virtud que se refleja en nuestras obras de arte y que se resiente por la impresión que dejan los modernistas desequilibrados que encuentran hospitalidad en la generosidad española. Debiéramos ser menos blandos con esos genios desbordados. ¿Por qué se admitió a... un señor polaco, bolchevique del color, que expuso en el Hotel Palace una serie de mamarrachos que eran un verdadero insulto? Allí había una especie de belenes hechos de papel de color, con luces tras de las ventanas, papeles que parecían los que adornan los vasos de los pueblos, muñecos y cosas tan infantiles como las que a los cinco años hacen todos los chicos; desnudos indecentes, aunque por lo ridículamente pintados no se sabía qué eran; en fin, un conjunto ridículo que había que contemplar con seriedad y que, por ser extranjero, era preciso admirar. Todo eso impresionaba a los artistas jóvenes y les induce a seguir esas tendencias de espíritus enfermos y equivocados. La verdad es el único camino; sentir la verdad es hacerla emoción y belleza.

FR. SECUNDINO MARTÍN, O. P.

ITALIA

Causas del todo extrañas a nuestra voluntad, y conexas con el estado de desorganización que existe en los servicios públicos, han hecho que no llegaran a los lectores de LA CIENCIA TOMISTA las noticias contenidas en crónicas precedentes. La pérdida tal vez no haya sido grande para aquellos que tienen interés en seguir el curso de la evolución social en la actualidad. Los sucesos históricos pasan en aquello que tienen de contingente; pero las causas a que obedecen, los principios ideológicos y morales de donde nacen son los mismos en los hechos de ayer y en los de hoy, como lo serán en los de mañana. La ventaja que trae el seguir los sucesos del día es que por la consideración del conjunto se puede tener una idea más clara del desarrollo de los principios, se pueden sacar mejor las enseñanzas que encierran y predecir con más seguridad las consecuencias que el presente lleva en su seno.

Queremos limitar la presente crónica a dar cuenta de los diversos congresos que en esta temporada se han celebrado, ya que en ellos, mejor que en otros acontecimientos, se dan a conocer las ideas y las tendencias y necesidades actuales. Y comenzaremos por

EL CONGRESO DE DIPUTADOS. Resuelta la crisis ministerial en el mes de abril, el presidente señor Nitti expuso a la Cámara su programa de gobierno en orden a los diversos problemas existentes. Habla primero del "*problema europeo*", declarando que "de los Parlamentos y de los pueblos debe salir una voz humana de unión, de simpatía y de clemencia para los vencidos; deben los vencedores dar al mundo la seguridad de que los pueblos no se verán afligidos con nuevas guerras". El actual espíritu de revolución y violencia no cesará en Europa sino con la renovación del espíritu de paz. Antes que la Sociedad de las Naciones debe existir la Sociedad de los Pueblos de Europa. Hablando así no podemos decir que Nitti cante la palinodia, pero sí que se aparta de las tendencias hasta ahora dominantes entre los aliados, para seguir los principios programáticos del partido popular y del socialismo. "En estos sentimientos de paz —añade— se deben inspirar la política extranjera y la solución del problema adriático."

Sobre el estado económico, el señor Nitti repitió lo que muchas veces dijo: que es preciso que la nación conozca la verdad toda. Y esta verdad es que "la sola diferencia entre lo que cuesta la paz y el precio a que se vende representa una cifra de cuatrocientos o quinientos millones al mes; que sólo los gastos para la administración igualan al total del presupuesto antes de la guerra; que las industrias del Estado sufren hoy un pasivo enorme. Quien pide aumento de sueldos no piensa que daña al país y se daña a sí mismo y a su familia, porque con pretender aumentar la retribución de hoy pone en peligro la retribución de mañana. Se debe predicar en todas partes el aumento del trabajo y la reducción de los gastos. Sin esto no hay salvación".

El problema financiero debe mirar a cubrir los gastos, que ahora paga recurriendo al crédito. Para ello "nos hallamos en la precisa necesidad de exigir mayor contribución a aquellos que se han enriquecido con la guerra, y debemos pedir sacrificios a todos para mantener intacto el crédito público, al cual, durante algunos años, debemos recurrir, como deberán hacerlo todos los pueblos, así vencedores como vencidos. En los proyectos presentados al Parlamento se debe procurar que sean más fuertemente gravadas las ganancias de la guerra; que el impuesto sobre el patrimonio sea pagado en menor número de años, reforzando además la parte alícuota a cargo de los patrimonios mayores, e igualmente la alícuota de impuesto complementario sobre la renta para aumentar los ingresos. Los contribuyentes se sujetarán a estos nuevos sacrificios".

Pero sobre todo es preciso producir más para igualar la importación con la exportación y evitar el desequilibrio del cambio. A lograr esto "propondremos luego al Parlamento un proyecto de ley sobre la transformación de los latifundios y la sistematización de los *usos cívicos* (derechos de pasto, cultivo, tránsito, etc., sobre las posesiones feudales), teniendo en cuenta las diversas exigencias regionales y facilitando la formación de la pequeña propiedad y el desarrollo de la colectiva. Entre las dos tendencias en lucha creemos que debe ser favorecida la que más tien-

da a asegurar a las poblaciones agrícolas la posesión y disfrute de las tierras suficientes a sus necesidades”.

EL CONGRESO DEL PARTIDO P. I. El Partido Popular Italiano celebró en Nápoles su segundo Congreso nacional, y en él ha procurado afianzar su personalidad de partido independiente y definir su programa enfrente de los problemas más urgentes de la vida nacional. Pocas semanas antes parecía a punto de romperse la unidad del partido con la formación de grupos extremos, de derecha e izquierda; parece que por ahora el peligro está conjurado. En su primera orden del día, propuesta por el secretario político señor Sturzo, el Congreso afirmó de nuevo “su unidad en el programa, en los organismos directores y en la dirección práctica”. Los puntos de su programa político, cuya inmediata actuación se debe procurar, son: Reforma de la ley Municipal y Provincial sobre la base del reconocimiento más amplio de las autonomías locales y descentralización de la administración pública; desarrollo de las funciones municipales en el campo agrario y social, con representación directa y proporcional de las clases en las comisiones municipales y provinciales del trabajo; representación directa de los municipios y provincias en el Senado del Reino. Cuanto al sistema electivo recientemente inaugurado para las elecciones de diputados, hace constar que “el sistema proporcional responde a las actuales exigencias de la conciencia política del país”; pero que debe corregirse aún dando mayor amplitud a las circunscripciones electorales y quitando el voto de preferencia. Además pide la inmediata aplicación del voto a las mujeres, ya discutido en la legislatura precedente.

Sobre el problema agrario, la orden del día propuesta por el señor Martini, diputado, se concreta en los puntos siguientes: a), la función eminentemente social de la tierra y de la producción agrícola con el consiguiente derecho de vigilancia, y, en caso necesario, de intervención a favor del esfuerzo productivo por parte del Estado; b), la unión de la propiedad de la tierra con el cultivo de la misma y la aplicación concreta de este principio en el terreno legal para la elevación de la clase agraria; c), amplia descentralización regional de la administración agrícola con representación proporcional a la clase; d), reconocimiento de la legislación relativa a las expropiaciones, ocupaciones y otras limitaciones de la propiedad privada del principio de *utilidad social*, como complemento y desarrollo del principio de *utilidad pública*; e), fomento de los bienes de familia; f), fomento de la cultura agraria y de la popular y libertad y protección para la enseñanza privada.

Estas conclusiones del señor Martini vienen a ser completadas con las del señor Marino sobre la agricultura y el régimen aduanero, que debe tender a desenvolver la producción interna y la exportación de los productos agrícolas, y con otra del señor Pecoraro sobre los latifundios sicilianos, aprobando el proyecto de ley presentado por el partido popular y la extensión del mismo a otras regiones de Italia.

Otros problemas que el partido popular toma muy a pecho son: la reorganización de la enseñanza, sobre la cual el señor Arrile presentó una ex-

tenso orden del día, aprobada por el Congreso, que contiene un entero programa de instrucción elemental media, técnica y superior, basados sobre el principio de la perfecta coordinación de todas ellas, la perfecta distinción de la enseñanza técnica y de la clásica, y la libertad de la enseñanza privada. Es éste un punto muy importante y sobre el que se habrán de reñir duras batallas antes que el Gobierno, dominado por los principios no digo liberales pero sectarios, ceda un punto del monopolio que hasta ahora viene ejercitando en contra el espíritu cristiano. En otro punto no se mostrará tan tenaz, y que constituye el argumento de otra orden del día del señor Gianturco; es sobre el reconocimiento jurídico de las clases. Antes sobre este punto se puede decir que la batalla está ganada, ya que se ha presentado a la discusión de las Cámaras un proyecto de ley sobre Asociaciones en que tal personalidad jurídica viene reconocida. Otro tanto se podrá decir en lo que toca a la representación de las mismas clases en los Consejos del trabajo, tanto nacionales como provinciales y municipales y en el Senado mismo, que ahora se forma todo por nombramiento real.

OTROS CONGRESOS. En Milán se ha celebrado el de Cooperativas, tomándose acuerdos importantes para la mejor coordinación de las asociaciones existentes, para el desarrollo de las mismas y para su reconocimiento jurídico por parte del Gobierno. También obtendrán pronto este *desideratum*, pues está ya presentado el proyecto de ley. En Pisa se celebró el Congreso de la Confederación Italiana de Trabajadores, en el cual tres puntos fueron categóricamente afirmados. El primero, contenido en una orden del día de B. Bellardo, mira a la formación de los Consejos de fábrica y a la participación de los obreros en la gerencia de las industrias y en las utilidades. Es ésta una idea que va ganando terreno y que, junto con la correspondiente de difundir la propiedad agrícola, contribuirá en gran manera a la elevación, primero económica, y si rectamente se practica, también moral y religiosa de la clase obrera y labradora. Los otros puntos tocan a la libertad de organización, al reconocimiento de la misma y a su representación en los Consejos consultivos y en el Senado del Reino. En los mismos principios se inspiran las deliberaciones del Congreso Nacional Colónico celebrado en Florencia por las asociaciones de colonos y aparceros.

Finalmente en Roma se celebró también un Congreso de Arte sacra, que terminó con una visita a la tumba del B. Angélito en la iglesia de la Minerva, y a la tumba de Rafael en la iglesia próxima del Panteón. También se comenzó a conmemorar el XVI centenario de San Jerónimo con una serie de conferencias que inauguró su eminencia el Card. Marini.

Debiéramos terminar esta crónica con la carta de Su Santidad al señor Obispo de Bérgamo sobre el fomento de la acción social del clero, inspirada en las enseñanzas de León XIII, pero la creemos ya bien conocida de nuestros lectores.

Roma-mayo.

FR. P. CUETO.

CHECOESLOVAQUIA

LA IGLESIA CATÓLICA. Al reanudar nuestra comunicación con los lectores de LA CIENCIA TOMISTA después de los penosísimos años de guerra que, a solas e incomunicados, hemos tenido que devorar las hieles más amargas que en la tierra se pueden concebir, nos place comenzar nuestras relaciones con la narración sucinta del estado de la Iglesia católica en nuestra naciente República.

La revolución exterior, iniciada en 28 de octubre de 1918, en el seno del antiguo imperio austrohúngaro, que terminó al cabo por destruirlo, produjo también en la Iglesia una conmoción profunda. Por aquellos días se formó el nuevo estado de Checoslovaquia, compuesto de Bohemia, Moravia, Silesia y la parte septentrional de Hungría, donde, más que en parte ninguna, se cebó el espíritu de rebelión y soberbia. Lo que empezó siendo una conmoción religiosa, al parecer sin importancia, evolucionó hasta convertirse el presente año en un verdadero cisma. Y es de notar que la chispa separatista partió, no de individuos pertenecientes al estado secular, sino de miembros del estado eclesiástico, a los cuales pesaban demasiado ciertas observancias que su vida de perfección les imponía. Así lo manifestaron en las bases que redactaron en noviembre del 18, donde pedían independencia de Roma, abrogación de la ley del celibato y otras que los lectores de LA CIENCIA TOMISTA pueden ver en la Crónica de Italia del número pasado. Es de advertir que este programa, en el que el espíritu del diablo frente al de Cristo se destaca, había sido ya redactado casi en los mismos términos por un puñado de clérigos en 1908. Esforzaronse los disidentes por imponer su criterio al Arzobispo de Olmütz, al de Praga y a otros obispos de la nación; pero, a Dios gracias, con ellos nada consiguieron.

Pasaba esto en los meses de noviembre y diciembre del mencionado año 18. En enero de 1919 un párroco llamado Zahraduik-Brodski reunió en Praga una asamblea de sacerdotes pertenecientes al clero secular. Presentóles el programa, y como éste había sido hecho y revisado por los mismos de la asamblea, excusado es decir cuán fácil fué su aceptación. "Respecto del artículo que al celibato atañe —decía Brodski a los asambleístas—, tal vez pudiera a alguno de vosotros chocar; pero bien sabéis el estado calamitoso del clero en este punto; por tanto, nada más racional que curar con el matrimonio este mal que a nuestra Iglesia oprime." Desapachóse este desventurado párroco bien a su gusto inventando torpes calumnias contra el clero secular, sin duda objetivando siempre la rebelión de sus pasiones y la corrupción de costumbres que él sentía en su conciencia. Al fin, la abrogación de la ley del celibato, la introducción de la lengua vulgar en la liturgia, la deposición del hábito clerical, la elección de los obispos por el clero y pueblo nacional, con algunos otros puntos no de tanta transcendencia quedaron aprobados, no sin antes haber protestado algunos, aunque pocos, de los asistentes al conciliábulo. A

principios de 1919 ya había sacerdotes que decían la misa y rezaban el Oficio en lengua bohemia, y muchos también que arrojaron los hábitos sacerdotales para vestirse como cualquier seglar ordinario.

En los meses de marzo y abril redactaron un famoso "Memorandum" con todas las doctrinas sobredichas, a fin de presentarlo para su aprobación al Romano Pontífice. Una comisión de tres sacerdotes fué la encargada de llevar a Roma el "Memorandum". En el mes de junio recibiólos en audiencia el Papa, y así que le expusieron sus deseos respondióles el Pontífice que, excepto la ley del celibato, que desde aquel momento él más y más afianzaba y confirmaba, los demás puntos debían entregarse a las respectivas Congregaciones para que, después de estudiados, dieran su parecer. En febrero del presente año se concedió a los innovadores la facultad de celebrar en algunas iglesias en lengua vulgar el Santo Sacrificio, dejando en lo demás las cosas, poco más o menos, como antes estaban.

En agosto del año pasado volvieron a Checoslovaquia los sacerdotes de la comisión. Reunieron de nuevo la asamblea, expusieron el poco resultado de sus gestiones e hicieron presente la contrariedad del Papa para con sus pretensiones. Como era de esperar, aquí comenzó la verdadera división de nuestro clero. Afortunadamente, la mayor parte se sometió a las disposiciones del Pontífice de Roma, y otros, los menos, a cara descubierta comenzaron a practicar los artículos de su programa.

Mientras estos desgraciados trabajaban en tales materias, el Gobierno de la República da un decreto sobre el *matrimonio civil*, reconociendo como legítimo el de cualquier clérigo que lo hubiera contraído según las normas gubernamentales del país. Aprovechándose de esta disposición el párroco Brodski, cabecilla de los rebeldes según dijimos, contrajo matrimonio públicamente el 8 de septiembre de 1919, declarando que clandestinamente estaba casado ya desde el año 1908. Por estas vías de hecho fuéronle siguiendo poco a poco algunos sacerdotes más, entre los que se cuentan un hermano suyo, religioso premonstratense en la abadía de Praga. Con cierta timidez va también avanzando, desgraciadamente, la lengua eslávica en la liturgia. El Señor quiera parar los pies a esta plaga asquerosa antes de que se cebe de lleno en lo más sano y floreciente de la Iglesia católica.

Permítasenos para consuelo de los muchos hermanos nuestros que han de ver estas páginas de LA CIENCIA TOMISTA, permítasenos decir que, a Dios gracias, de nuestra Santa Orden ninguno hasta ahora ha caído en tales desvarios. Todos, hasta la fecha, están conformes en condenar fuertemente la conducta de esa desdichada parte del clero.

Después de varias peripecias, al fin volviéronse a reunir, el 8 de enero del presente año, los sacerdotes adictos al nuevo estado de cosas y proclamaron la erección de la nueva *Iglesia Eslávica Católica*, la cual, obedeciendo a la necesaria ley de todos los errores, hase dividido en cuatro hasta la fecha, y el Gobierno le ha retirado de hecho el auxilio que parecía estaba dispuesto a prestarle.

Con lágrimas lo decimos, a pesar de que el cisma no ha tomado el desarrollo que en un principio era de temer, no podemos negar que algunos pueblos, con el pastor al frente, se han pasado a la nueva Iglesia, y muchos

sacerdotes, no contentos con recobrar lo que ellos llamaban su independencia, han apostatado miserablemente de la fe. Los obispos se han apresurado a excomulgar a los sacerdotes rebeldes, lo cual no les impide celebrar el Santo Sacrificio dos o tres veces cada domingo, sin preocuparse para nada del ayuno natural que para la comunión impone la Iglesia.

Tal es el estado de la Religión católica en nuestro país; esperamos que el buen ejemplo del clero fiel y la misma perversidad del rebelde enseñe al pueblo el camino que debe seguir.

CUESTIÓN POLÍTICA.

No pondremos punto final a nuestra Crónica sin antes decir cuatro palabras sobre el momento político que tanto preocupa a nuestros queridos compatriotas. Desgraciadamente, para las personas de orden son bien poco halagüeñas las esperanzas que pueden fundamentarse en las elecciones habidas a fines de abril del presente año. Los socialistas de los diferentes matices lograron sacar 137 diputados; y por más que es cierto que los contrarios cuentan con 144, aunque sea triste, hay que decirlo, la unión existente entre ellos deja mucho que desear. Los diputados que desde este punto de vista podemos llamar nuestros pertenecen a trece partidos, al paso que los socialistas, sin dejar de distinguirse por algunos matices, están abiertamente inclinados al radicalismo, y son muy unos siempre que de imponerlo se trata. Con esto, indicado está que los soviets ganan terreno, y muy mucho han de cambiar las cosas para que el bolcheviquismo no venga a darnos un susto.

Los antisocialistas comprenden el peligro y se apresuran a redactar programas que siempre, menos ahora, han pasado por avanzados entre nosotros; así, por ejemplo, nadie pone en duda la necesidad de reducir los latifundios, de expropiar lo improductivo, de dar medios propios de vida al que no los tiene, de transformar profundamente el régimen actual de posesión y otros puntos por el estilo. Esto no obstante, el ambiente parece irse cargando de tal manera, que poco a poco va arrancando de nuestros corazones la esperanza del restablecimiento perfecto y duradero del orden.

Ohnutz (Checoeslovaquia), 30 de mayo 1920.

P. GUILLERMO SCHLÖSSINGER, O. P.

JAPON

CUESTIÓN SOCIAL. En el Japón, como en todas partes, los temas sociológicos tienen, hoy por hoy, la virtualidad de irse atrayendo la atención de todos los que estudian y de todos los que trabajan. Están tan lejos de haber aquí perdido interés desde nuestra última crónica, que antes por el contrario puede decirse que, a todas luces, va *in crescendo*, sobre todo desde que ha comenzado a poner sus reales en el campo de la política. Hasta no hace mucho la palabra socialista había de usarse con cierta medida, y no era del mayor gusto el ser tildado de tal. Hoy las cosas

han cambiado mucho, y ya nadie se avergüenza de pregonar y ensalzar el nuevo ideal de regeneración social, y hay muchos, muchísimos, que cifran su gloria en presentarse públicamente como paladines del nuevo sistema, y a no poca honra tendrían el ser reconocidos como jefecillos por el vulgo.

El Gobierno y las personas de orden hacen cuanto pueden por conservar la nueva corriente sociológica en el terreno de las ideas; envían acá y acullá oradores y ministros que hagan ver al pueblo las excelencias del pasado, la veneración y acatamiento que se merece el orden preestablecido, la honorabilidad de nuestras Instituciones, la necesidad de las clases sociales y, sobre todo, la utopía necia que encierran las doctrinas socialistas. De agradecer son los buenos propósitos de nuestros gobernantes; pero ¿conseguirán algo de lo que pretenden? No será mucho, de cualquier manera; lo que sí podemos decir que este horrible dragón multiplica sus cabezas conforme se le van cortando. Si feo y terrible se presentaba ayer, hoy amenaza por todas partes con todo género de exterminios.

Un sensible zarpazo ha hecho conmover a las autoridades cuando ha puesto al Gobierno en la necesidad de disolver las Cortes de diputados en plena asamblea, al ver que no era posible mantener el orden y hacer callar las bravatas y desmanes de los agitadores. Paladinamente confesó que de aquel modo era imposible gobernar; y que el dar curso libre a las peroraciones del populacho era poner en peligro, no sólo el estado de la paz social, sino todo aquello ante lo que el pueblo japonés ha sentido siempre respetuosa veneración. Preténdese (¿quién lo había de decir?) que el sufragio universal se extienda hasta la imberbe juventud, hasta la plebe estudiantil. ¿Y para qué? Adivínelo el lector... Y luego, que arda Troya.

Estamos en vísperas de elecciones; nadie puede todavía prever su resultado. Esto no obstante, se puede dar por descontado, aun sin presumir de profetas, que surgirá en cuerpo y alma el partido socialista del Japón, con su credo y con su organización correspondiente. Esto, en el presente estado de cosas, es inevitable; lo más que se podrá obtener es cierta paliación de sus extravagancias conteniéndole en las normas de un cierto orden, llegando acaso hasta variarle el nombre a fin de desnaturalizarlo siquiera hasta el punto de no hacerlo aparecer tan de punta con las tradiciones e ideales seculares del pueblo japonés. Nunca mejor que hoy podrán exclamar los prohombres de este gran imperio: *O témpora, o mores.*

LA IGLESIA Y EL ESTADO. No podemos prescindir en nuestras crónicas de la influencia de la Iglesia católica, ya que al querer dar una idea del estado social y político del Imperio siempre nos encontramos con la religión, que labora por todas partes.

A los que tenemos por oficio propio y exclusivo hacer triunfar la doctrina del Salvador sobre los corazones de los hombres nos es sumamente grato ver las muestras de respeto que por todas partes se van mostrando a la Iglesia de Dios. Limitándonos a nuestro imperio del Japón, es consolador el elogio casi universal de la prensa del país (exceptuando la perteneciente a los fanáticos protestantes) respecto de los nobles esfuerzos

que el pontificado hizo por restañar y cicatrizar las profundas llagas abiertas por la gran guerra europea.

Sabido es, además, que el Gobierno del Micado, aceptando también con satisfacción la tan benéfica actividad de Benedicto XV, trató de aprovecharla y secundarla estableciendo relaciones directas con la Santa Sede, ya sobre las cuestiones bélicas, o de la guerra derivadas, y ya también sobre asuntos eclesiásticos referentes al Japón. No es del caso ponderar hasta qué punto llegaron las negociaciones sobre esta materia; notemos únicamente para ver la tendencia de nuestro Gobierno, que para asistir a las Conferencias de la paz en Versalles fueron elegidos cinco católicos, con el insigne Jamansoto a la cabeza; católicos, digo, prácticos, públicos, cuyas ideas procuraron siempre poner de manifiesto ante el mundo, y sobre todo ante los que tuvieron el acierto de darles la honrosa comisión.

LAS MISIONES Y EL GOBIERNO. No es nuestro ánimo censurar, antes al contrario, estamos dispuestos a justificar y defender la actuación de las misiones alemanas en las islas del Sur, que durante la guerra cayeron en manos de nuestro Imperio y que el Tratado de Paz ha querido adjudicarle para la dirección y gobierno de las mismas. Sin embargo, es necesidad no reconocer y confesar muy alto la intachable conducta de nuestro Gobierno en los asuntos religiosos. Lejos de presentarse con la autoritaria fórmula: *ego sum Pharao*, con que algunos Gobiernos *muy católicos* se presentaron, el nuestro nada vió tan natural como entenderse directamente con el Vaticano, en quien, desde luego, reconoció la competencia en estas materias. Alguien se ha lamentado, bien injustamente por cierto, del poco empeño que los jefes de nuestra Sagrada Religión ponen por formar un clero indígena que desempeñe los santos ministerios en estos países. Pues bien, aun en esto el Gobierno se ha sabido mantener en un honroso nivel; sin dejar de reconocer la necesidad de sustituir los misioneros alemanes de las referidas islas, ha tenido, no obstante, la atención de tratar sobre esto con el Vaticano, no poniendo reparo alguno a que misioneros de las naciones latinas fueran a ocupar los puestos que los germanos dejaran. Aún chorrea sangre el estado social de Corea; de la parte que en aquellas revueltas cupo a los señores protestantes hemos hablado en otra crónica; el influjo religioso apareció de alguna manera; pues bien, el Gobierno ha dado pruebas de sensatez al discernir claramente entre la honradez de la Iglesia católica y la perversidad de su hijastra la Reforma protestante.

Por todos estos puntos que para nosotros son de sumo interés, parece que este pueblo comienza a ver claro sobre el verdadero ideal de la Iglesia católica; parece haber pasado la época del traspantajo y espantamoscas, o sea la época en que el Vaticano sonaba algo así como a usurpación de dominios temporales.

REPRESENTACIÓN OFICIAL. Otra prueba de las buenas relaciones entre este Imperio y el Papado la tenemos en el hecho de la representación oficial de la Iglesia en el Japón. El 10 del pasado marzo des-

embarcaba en Kobe Mr. Pedro Biondi, arzobispo titular de Diodée, como delegado apostólico en Japón. No cabe dudar que esto significa mucho en favor del Vicario de Cristo y del reconocimiento de su actuación bienhechora en el mundo. Tan lejos estamos ya de oír llamar *el bonzo de Roma* al Romano Pontífice, que en esta ocasión la prensa en general ha alabado y apoyado la sobredicha representación oficial, confesando que hoy es ya imposible y perjudicial al Imperio carecer de esta mutua inteligencia y delegación. Sea, pues, bien venido S. E. Mr. Biondi, *et ad multus annos* y para mucha gloria de Dios. Dícese, y ojalá sea así, que viene con los proyectos de aumentar las diócesis; traer otras órdenes y congregaciones religiosas de propaganda; fomentar la enseñanza con colegios católicos y otras obras sociales. Para todo y para todos hay extenso campo; cúmplale el Señor sus buenos propósitos y aún nos quedará para lamentarnos repitiendo la frase del Evangelio: "*Messis quidem multa, operarii autem pauci.*"

Kochi (Japón), mayo de 1920.

FR. TOMÁS DE LA HOZ, O. P.

REVISTA DE REVISTAS (1)

Bíblica, 1920, núm. 2.—A. FERNÁNDEZ: *La crítica reciente y el Pentateuco*. Los críticos racionalistas en su mayoría niegan la autenticidad mosaica del Pentateuco. Algunos católicos, para armonizar esa autenticidad con los argumentos aducidos por la crítica, suponen que Moisés es autor de ciertos documentos, los cuales, entrelazados más tarde por un autor desconocido, formaron el actual Pentateuco. ¿Puede armonizarse esta segunda suposición con la autenticidad mosaica tal como la entiende la Comisión Bíblica? Para poder responder afirmativamente es preciso que se cumplan estas dos condiciones: que en la fusión de los documentos no haya sido alterado su contenido y que no se sustraigan a Moisés partes integrantes del Pentateuco. Esto desde el punto de vista *apologético*. Desde el punto de vista crítico puede discutirse la existencia de esos documentos de que se supone integrado el Pentateuco. En primer lugar, no consta que siempre haya existido entre los orientales la costumbre de historiar acoplando documentos anteriores, ni hay conformidad en este punto entre todos los críticos. Tampoco es decisivo el triple argumento en que suele fundarse esta teoría, a saber: los nombres divinos, que ofrecen una base muy insegura para concluir lo que se pretende; las narraciones o relatos paralelos, que en muchos casos es dudoso si se refieren a los mismos hechos, como lo pretenden los defensores de esa teoría, y, por último, la diversidad de estilo, que tanto se presta a arbitrariedades, como ha ocurrido con la literatura homérica. De donde se infiere que la teoría documentaria, lejos de ser un dogma científico, debe, en conformidad con una crítica severa, ser rechazada. En cuanto al decreto de la Comisión Bíblica, a la palabra "autor" debe dársele el significado que hoy tiene, no el que tenía entre los orientales. Moisés pudo servirse de documentos anteriores y ser ayudado por otros en la redacción, con tal que no se admita contradicción alguna en sus afirmaciones. A su relato pudo añadirse posteriormente algún complemento, siempre que no se trate de una "parte integral". Por último, dentro de la autenticidad e integridad substancial del Pentateuco queda un margen muy amplio para la investigación y discusión.—J. B. FREY: *Le concept de "vie" dans l'Evangile de Saint Jean* (fin). De parte de Dios la "vida" es una gracia que se ofrece a todos. De parte del hombre exige rectitud de voluntad, escuchar dócilmente la palabra de Jesús y creer en El y en su doctrina, ser regenerado por el bautismo y recibir el pan eucarístico con que se nutre esa "vida". Los hombres reciben esa "vida" de Dios por adopción, y mediante ella se establece una unión íntima entre la Santísima Trinidad y nuestra alma. En el estado presente el justo posee imperfectamente la vida eterna. Cuando llegue a un estado definitivo, los hijos adoptivos de Dios obtendrán una perfecta semejanza con El. Los efectos de la "vida" en el alma son: ilustración del entendimiento en orden a conocer la Verdad divina; saturación de las facultades afectivas; participación de la omnipotencia divina mediante la oración, y, por último, la resurrección, mediante la cual redundará la "vida"

(1) Esta sección ha sido redactada por los padres Aguado (Vergara), Pardo (Corias), Perancho y Vigil (Madrid).

en esa forma inmortal en el mismo cuerpo. Todos estos múltiples aspectos de la vida se resumen en el Verbo encarnado, que es "vía, veritas et vita".

Ciudad de Dios (La), 20 de mayo.—P. Teodoro RODRÍGUEZ: *Actuación social de las clases consumidoras*. La solución del problema social está mal enfocada. En vez de aumentos de salarios debe abarataarse la vida. Lo fundamental es trabajar más, producir mucho, a fin de que, abaratando las subsistencias, resulte duplicado o triplicado el salario nominal. El procedimiento que seguimos hoy, gracias a la lucha entre patronos y obreros, nos lleva a todo lo contrario. La Casa del Pueblo, con sus huelgas y alborotos, no hace más que encumbrar a unos cuantos vividores, a cambio de multiplicar más y más los sufrimientos de la mayoría de los elementos sociales. La cuestión social deberá ser resuelta por todos, dado que afecta a todos y de todos depende.—P. Jerónimo MONTES: *Introducción al estudio de la ley penal según las doctrinas de los jurisconsultos y moralistas españoles*. Expone primeramente el concepto de ley natural y luego el de ley positiva, valiéndose para ello de las enseñanzas de nuestros principales teólogos.—P. Guillermo ANTOLÍN: *Real Biblioteca de El Escorial: Códices latinos procedentes de la Capilla Real de Granada*.—P. Angel R. DE PRADA: *Sección científica: De "re" astronómica*.—*Idem*, 5 de junio.—P. Teodoro RODRÍGUEZ: *Actuación social de las clases consumidoras* (continuación). Después de exponer y propugnar la necesidad de unirse para luchar contra las oligarquías políticas, expone el proyecto de la fundación en Madrid de la Casa del Trabajo. Es digna de todo encomio la orientación práctica y detallada que el autor sabe comunicar a sus ideas sociológicas.—P. B. GARNELO: *Doctrinas pedagógicas de San Agustín*.—P. Francisco MUÑIZ: *Un misionero ilustre*. Refiérese el presente artículo a la vida del padre Agustín González, O. S. A., muerto santamente, después de grandes trabajos por el triunfo de las misiones católicas en China.—*Idem*, 20 de mayo.—P. Teodoro RODRÍGUEZ: *Actuación social de las clases consumidoras* (continuación). Señala como solución al gran problema contemporáneo la actuación de las clases medias. "Las clases medias tienen dos elementos incontrastables en las luchas dentro del régimen democrático, que son el número y la inteligencia; si a éstos se añade voluntad y organización, puesto que de medios materiales también disponen, el triunfo, indudablemente, será suyo."—A. CABANAS: *Rafael de Urbino*.—Ilustrísimo P. Z. M.-NÚÑEZ: *Santo Tomás de Aquino*. Oración predicada en honor de Santo Tomás de Aquino a los profesores de la Universidad Central y de los Institutos del Cardenal Cisneros y San Isidro, el día 14 de marzo, en la iglesia de San José, de Madrid.—V. MENÉNDEZ: *Triunfo de un Sindicato Católico de mineros*.

Civiltà Cattolica (La), 27 de abril de 1919.—*Lettera del S. Padre al vescovo di Bergamo*. (Texto y traducción).—*La parola del Padre e i capisaldi della restaurazione sociale nell'ora presente*. (Comentario a la carta anterior).—*I diritti o privilegi tollerati o concessi dalla S. Sede ai governi civili*. Privilegio de presentación: cuándo se transmite al sucesor en el gobierno; cuándo se pierde por cambio substancial en la forma de dicho gobierno, o por apostasía o infidelidad de aquél.—*Nell'Africa equatoriale (Kisantu)*. Origen y propagación de la misión apostólica en este territorio del Congo belga.—*Il primo decennio della P. S. S. di musica sacra in Roma*. Programa de estudio y proyectos de amplificación.—*Idem*, 1 de mayo.—*Il Concilio Vaticano e la difesa della ragione umana contra gli errori moderni*. (Con motivo del quincuagésimo aniversario).—*Il giorno di Pasqua negli antichi riti papali*. (Las vísperas y procesión al baptisterio; el simposio final).—*Oropa*. Fundación y vicisitudes del santuario de este nombre en el Piamonte. Coronación solemne de la imagen de María en el año 1620.—*Idem*, 15 de mayo.—*Lezioni providenziali delle nuove canonizzazioni*. (Reflexiones morales sobre la deficiente educación de la juventud y frialdad religiosa de nuestro siglo y excesos de crueldad del exagerado patriotismo; para remedio de cuyos tres males nos propone la Iglesia el ejemplo de los tres santos recientemente canonizados: Gabriel de la Dolorosa, Margarita de Alacoque y Juana de Arco).—*"Compartecipazione industriale"*.—Al inconveniente contra el propugnado sistema señalado

en el artículo anterior añade otros nuevos, como el ejemplo de las grandes potencias industriales (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), que no acaban de aceptar el sistema, la pequeña parte que tocaría a cada obrero de la repartición de las ganancias con que se enriquecen los capitalistas, y que, por consiguiente, no merece la pena de cambiar el sistema del *salario* por este de la participación, que tan pocas ventajas ofrece. A la primera de las tres dificultades se responde que las naciones no acaban de aceptar el sistema de participación porque, en virtud de la inercia en un sistema que consideraron como óptimo al disolver los gremios, les es muy difícil aceptar el nuevo, aunque comprendan ser mejor; como se adaptó con mucha dificultad la abolición de la esclavitud. Respecto a la segunda hay que recordar lo dicho en otros artículos, que la *partición* debe convertirse en acciones sobre el capital con el correspondiente derecho de inspección y consejo en los negocios de la empresa, de modo que al cabo de algún tiempo venga a convertirse la empresa en una cooperativa común de capitalistas y oficiales y obreros. De esta manera dígasenos si al cabo del tiempo no resultaría grandemente provechoso el sistema de comparticipación. La dificultad única consiste en la resistencia del capital a perder las fabulosas ganancias que el sistema del salario le reporta; y por esto los Gobiernos deben poner mano en el asunto, ya que no imponiendo por ley general el sistema (pues muchos obreros se hallarán contentos con sus subidos salarios y gratificaciones bondadosas), estimulando, al menos, con el ejemplo en las empresas que el Estado monopoliza y usufructúa.—*I diritti o privilegi tollerati o concessi dalla S. Sede ai governi civili.*—(Derechos que pueden pasar de un Gobierno a otro por transmisión de la cosa con las cargas anejas sobre que el privilegio se funda; cesación de estos mismos privilegios).—*Merriggio d'Etiopia* (narración histórica). *Palomos y áspides*. Descripción, con viveza de colorido local, de una boda regia; intrigas de cortesanas licenciosas por medio de los monjes cismáticos, para destruir la labor de reconciliación con Roma llevada a cabo por los misioneros.—*Il pensiero cristiano del cinquecento nell'arte di Raffaello*. En el artículo anterior había *historiado* los frescos de *La Disputa* y *La Escuela de Atenas*, que decoran las paredes laterales de la *Sala de la Signatura*. En el presente historia los dos restantes (el *Parnaso* y la *Codificación de Justiniano*); y tratando de investigar el destino de dicha sala, sospecha con fundamento que fué para biblioteca particular del Pontífice, como parece por su título de *Signatura*, por el asunto de los frescos y medallones (la Teología, la Filosofía, la Poesía y la Jurisprudencia) y por la multitud de libros que en el decorado figuran. Téngase presente que en aquel siglo los volúmenes no se colocaban en estantes pegados a las paredes sino erigidos en medio de la sala. Pasa después a *historiar* la sala llamada de *Eliodoro*, decorada como monumento para conmemorar los triunfos del Papa Julio II sobre los franceses usurpadores de los derechos temporales y espirituales del Papado. El artista, con mucho acierto, tomó por asunto el triunfo de la Iglesia sobre sus perseguidores, simbolizado en los cuatro frescos que decoran las cuatro paredes: El castigo de Eliodoro, el Milagro de Bolsena, la Liberación de San Pedro y la Detención de Atila. En todos ellos el artista, con anacronismo explicable, introduce un Pontífice con las facciones de Julio II, excepto en la Detención de Atila, donde las facciones del Pontífice son las de su homónimo León X, bajo cuyo pontificado se acabó la decoración de la sala.—*Idem*, 5 de junio.—*Il Concilio Vaticano contra gli errori moderni di filosofia religiosa.*—*L'Escatologia musulmana nella "Divina Commedia"*. A propósito de la obra de Asín Palacios con este título, el articulista se adhiere a la opinión del refutador de dicha obra, G. Gabrieli (*Intorno alle fonte orientali della "Divina Commedia"*), esto es, que Dante no se inspiró en la Escatología musulmana, a pesar de las coincidencias, puesto que a casi todas las citadas por Asín Palacios puede señalárseles origen occidental. No conocemos la obra del señor Asín; pero si las coincidencias con las tradiciones árabes son, como las que su refutador señala, como de origen escriturario y patristico, desde luego afirmamos que la erudición musulmana del señor Asín era digna de emplearse en causa mejor. Es manía de los eruditos señalar filiación

a las concepciones y pensamientos de grandes y pequeños artistas por fortuitas coincidencias, como si no pudiesen dos hombres tener un mismo pensamiento sino por recíproca influencia. Así escribe el articulista: "Cuanto al concepto general de la *Divina Comedia*, cuyo primer sugerimiento está en el cántico de Ezequías: *In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi...*" Todos concedemos que Dante sabría de memoria el cántico de Ezequías; pero que su primer verso sugiriese el primero del poema: "*Nel mezzo del camin di nostra vita...*" es opinión tan bizarra, que podrá seducir a muchos, pero no convence a los que consideren cuán inconsciente suele proceder la labor de poeta, que por algo se llama inspiración. Los grandes poetas todos merecen el antiguo calificativo de σοφοί (sabios) por su vasta erudición, pero erudición asimilada que fluye después espontánea como jugo del racimo, siendo vano precisar en las asimilaciones minerales coincidencias de sabor.—*Scienze naturali*.—*La finalidad de la naturaleza estudiada en un fruto común* (una manzana).—*Da Grödig*.—*La catástrofe* (del imperio austrohúngaro). Del diario de un capellán prisionero.—*Una nuova forma dell'apostolato della donna per la salvezza dei negri*. La hermandad de San Pedro Claver para las misiones de Africa (de las colonias italianas); obra alabada por el ministro de Negocios Extranjeros, Sforza, y bendecida por Su Santidad.

Ecclesiastical Review (The), mayo 1920.—H. B. LUGNAN, S. J.: *The sone of Jesus Christ*. Expone y razona, sin hacerla expresamente suya, la opinión del cardenal Cienfuegos acerca del modo de habitar Cristo en quien dignamente le recibe en la Santa Eucaristía.—F. J. CONNELL, C. SS. R.: *Our lady and the Sacraments*. "Es verdaderamente probable que María recibió, a lo menos, tres Sacramentos de la Nueva Ley: el Bautismo, la Santa Eucaristía y (en sus efectos) la Confirmación. La Penitencia y las sagradas órdenes seguramente no las recibió. Era lo menos probable que recibiese la Extremaunción; pero es verdaderamente improbable que recibiera el Sacramento del Matrimonio.—F. STALTER, S. J.: *Propety rights of parish priests*. Los derechos de propiedad de los francos según el Código de Derecho Canónico.

España y América, 1 de mayo de 1920.—P. G. MARTÍNEZ: *La mujer y los derechos civiles*. Sigue notando la desigualdad de derechos contenidos en los códigos para el hombre y la mujer y aboga por la supresión de esa desigualdad.—P. A. J. BARREIRO: *El origen de la raza indígena de las islas Carolinas*.—P. N. DE MEDIO: *Sobre la objetividad de nuestras sensaciones*.—*Idem*, 15 de mayo.—P. A. PALMIERI: *El problema del restablecimiento de la unidad cristiana en América*. Relata las tentativas hechas por el anglicanismo para promover la unidad cristiana y señala la conducta que debemos observar los católicos frente a la actitud de nuestros hermanos disidentes. "Debemos evitar los dos extremos: el laxismo de los optimistas y el rigorismo de los pesimistas."—P. A. J. BARREIRO: *El origen de la raza indígena de las islas Carolinas* (continuación).—A. BAIG BAÑOS: *Labor cultural de una valencianista ilustre*.—*Idem*, 1 de junio.—P. G. MARTÍNEZ: *Los derechos políticos de la mujer*.—P. BRUNO IBEAS: *Ensayos de Filosofía moral: La crisis moral presente: fase intelectual*. Pone en evidencia el desbarajuste que se introdujo en el campo de la Filosofía moral y su influencia desastrosa en el campo de la práctica.—P. E. NEGRETE: *Apostillas a un libelo*.—P. A. J. BARREIRO: *El origen de la raza indígena de las islas Carolinas* (continuación).—P. N. DE MEDIO: *Otra solución a una cuestión éticomoral filosófica*. Critica la solución dada por el padre B. Ibeas a la siguiente cuestión: ¿Hay derecho de propiedad de las riquezas empleadas en el lujo o en el vicio? El padre Ibeas está por la negativa. Lo contrario defiende el padre De Medio. Aunque la oposición entre ambos articulistas parece absoluta, es posible que en el fondo no lo sea tanto como en la apariencia. Ambos escritores defienden el derecho de propiedad privada; ambos están conformes en que los bienes de fortuna deben de ser disfrutados por los propietarios honestamente, y que de suyo las riquezas están destinadas para subvenir a las necesidades de los prójimos. ¿De qué naturaleza son los deberes que los ricos, en cuanto ricos, tienen para con los pobres? El padre Ibeas dice: "Son de justicia", y el padre De Medio contesta: "Son de

caridad". Esta es la divergencia. Pero al defender el padre Ibeas los deberes de justicia en los ricos no concede a los pobres una acción directa sobre las riquezas de los propietarios sino derecho a exigir de la autoridad el que las riquezas cedan en beneficio de todos. ¿Negará el padre De Medio este derecho a los pobres y la necesaria facultad en las autoridades para intervenir en el uso de las riquezas?—*Idem*, 15 de junio.—P. G. MARTÍNEZ: *Los derechos políticos de la mujer* (continuación).—P. BRUNO IBEAS: *Ensayos de filosofía moral: La crisis moral presente: fase intelectual* (continuación).—MARQUÉS DE SABUZ: *De literatura galaica: Composiciones elegíacas*.—P. N. DE MEDIO: *Otra solución a una cuestión éticomoral filosófica* (conclusión).

Month (The), junio 1920.—J. B. CORNACKS: *Jeanne d'Arc*. Un fervido elogio de la heroína francesa Santa Juana de Arco. "Ella —concluye el articulista— tiene aún que salvar a Francia y, por medio de Francia, acaso al mundo."—J. B. WILLIAMS: *Who be header king Charles I?* Quién fué el verdugo que ejecutó al rey de Inglaterra Carlos I es lo que inquiere el autor.—S. F. SMITH: *Re-marriage of ter divorce*. Impugna el divorcio a vínculo y defiende, por consiguiente, que es nulo el nuevo matrimonio después del divorcio. Todo lo prueba por los Evangelios sinópticos.—W. RANDVEPH: *On the pre-reformation architecture*. Consideraciones sobre la arquitectura medieval prerrenacentista.—H. THURSTON: *The Pilgrim Forthethers*. Discurre alrededor del viaje que en 1620 hicieron los peregrinos de *Mary Stower*, que fundaron en los Estados Unidos la primera de las colonias de la Nueva Inglaterra.

Princeton Theological Review (The), abril 1920.—J. FOX: *Spiritist theologians*. Exposición del extravagante movimiento teológico espiritista que en los Estados Unidos inició Margarita Fox en 1848.—C. H. FENN: *The religion of modern China*. Para estudiar la religión de la moderna China analiza el preconfuncionismo, el confucionismo, el budismo y el tavismo. Concluye que esa religión es una amalgama de elementos heterogéneos que no satisface a los chinos educados y doctos.—J. D. DAVIS: *The recto Hing and coronation of Joshua*. Exégesis de las visiones del profeta Zacarías en los capítulos III y VI.—B. B. WARFIELD: *"Miserable-Sinner christianity" in the hands of the rationalists* (I). El término *Armesimder christentum*, o "miserable pecadora cristiandad", ha venido a ser prácticamente un término técnico para expresar la particular actitud del cristiano respecto al pecado en la enseñanza y en la vida de las iglesias de la Reforma. De esta actitud habla el articulista, y más en especial desde Richste hasta Wernke.

Razón y Fe, mayo 1920.—N. NOGUER: *La propiedad de lo superfluo*. Reduce el articulista la materia al caso de que el indigente no esté en necesidad extrema. En este supuesto, pregunta: ¿Puede decirse que lo superfluo del rico pertenece de rigurosa justicia al necesitado? No puede negarse que el opulento tiene obligación de socorrer al pobre; pero tal obligación es de pura caridad, no de justicia tal que pueda ser requerida en juicio. Aduce algunos textos de Angélico que parecen decir lo que el autor intenta demostrar. Algunos han creído que el rico, por el mero hecho de usar mal de sus bienes, pierde sobre ellos el derecho de propiedad, ya que obrando así va contra el fin y el destino natural de las cosas. Con razones y ejemplos procura el autor en lo restante del artículo hacer ver cuán fuera de camino van los que así piensan.—P. VILLADA: *El sufragio femenino en España*. Del juicio pronunciado por varios periódicos y revistas españoles se puede inferir que no será tarde cuando tengamos en España el sufragio femenino; no debe, sin embargo, esperarse como una de las panaceas universales, supuesto que son de bastante peso las razones de los que opinan que el voto de la mujer influiría muy poco en la buena marcha de la sociedad.—Constancio EGÜA BRIZ: *El españolismo de Pérez Galdós*.—Z. GARCÍA VILLADA: *La persecución de los primeros cristianos en España*.—E. UGARTE DE ERCILLA: *Predicadores célebres*.—*Idem*, junio.—P. N. NOGUER: *La propiedad privada y la necesidad extrema*. La necesidad de los bienes materiales puede reducirse a tres grados: 1.º, Bienes necesarios para la vida; 2.º, *Idem* para el propio estado, y 3.º, Bienes necesarios para la conservación decorosa del propio estado. La indigencia por

parte del pobre puede ser extrema, casi extrema, grave y común. Respecto de la obligación por parte del rico a subvenir a la extrema necesidad del pobre, hay teólogos que la consideran como de rigurosa justicia, otros solamente de caridad y otros de ambas cosas. El autor tiende en todo a dar mucha parte a la caridad, quitando la influencia grande que algunos pretendían dar a la justicia.—C. BAYLE: *La plaga social de la blasfemia*.—E. UGARTE DE ERCILLA: *La clave de la Teosofía*.—A. PÉREZ GOYENA: *Jansenio en las Universidades de España*. En 1626 vino Jansenio a España comisionado por la Universidad de Lovaina, a fin de confederar las Universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá, para oponerse en común a las pretensiones de los jesuitas en la enseñanza. Después de recorrer los mencionados centros, parece que los doctores españoles se dieron cuenta de lo peligroso de algunas doctrinas del doctor holandés, y esto fué causa de que, habiendo tomado la Inquisición por su cuenta el asunto, tuviera Jansenio que salir poco menos que escapado de España.—José María IBERO: *Extrañezas de la conciencia psicológica*.—A. RISCO: *Los últimos Duques de Pastrana*.

Revista Católica de Cuestiones Sociales, enero 1920.—Juan DE HINOJOSA: *Trabajo intelectual, trabajo manual*. Defiende la preeminencia de aquél sobre éste, que, a su vez, ha sido considerado por la Iglesia en todos tiempos como ocupación muy honrosa, desvaneciendo los prejuicios del paganismo, particularmente de Roma, sobre este punto. Ya no es la "porción de los siervos" el trabajo manual, sino el lote de los robustos, algo toscos casi siempre, pero tan libres como el que más: el trabajo intelectual queda para las constituciones selectas, delicadas las más de las veces, y por eso poco aptas para las obras de mano. Aunque nuestros intelectuales hayan desprestigiado el trabajo intelectual con excentricidades y utopías, siempre será verdad que excede en estimación y en importancia al trabajo manual; los dos son necesarios y los dos se ayudan y completan mutuamente, si bien la tiranía de las masas pretende hoy invertir los términos.—Resume el artículo con las siguientes palabras de Ruskin: "Debe existir un trabajo hecho con los brazos, sin el cual nadie podría vivir; debe haber un trabajo hecho con el cerebro, sin el que nuestra vida no valdría la pena de ser vivida. Y los mismos hombres no pueden realizar uno y otro. Hay un trabajo duro, que debe ser realizado por hombres duros; hay un trabajo delicado, que debe ser hecho por hombres delicados."—*Idem*, febrero de 1920.—Juan DE HINOJOSA: *Más acerca de la jornada legal del trabajo*. Propugna la jornada de ocho horas contra los que ven en ella para el futuro una baja en la producción: la experiencia y una observación cuidadosa demuestran que la cantidad de la producción no es proporcional—directamente proporcional— a las horas de trabajo; se ve, se ha experimentado, que un muchacho, una mujer, un obrero, produce mejor y en mayor cantidad reduciéndole prudencialmente las horas de trabajo. Una naturaleza agotada por jornadas excesivas no puede producir ni bien ni mucho, y sólo con gravísima molestia. Defiende también la jornada de ocho horas contra los que creen que el obrero pasará necesariamente las horas de descanso en la taberna; porque, así como al patrono no se le priva de la libertad para el vicio, tampoco debe privarse de ella al obrero, que, a su vez, es susceptible de otra educación, que le haga ver las ventajas de emplear esas horas en aumentar su competencia profesional y atender a las necesidades de su espíritu. No porque los obreros puedan emplearlo mal dejemos de darles tiempo para que lo empleen bien. Bastará con medidas preventivas, leyes indirectas.

Revista Social, abril.—José M. LLOVERA: *Nuestra contribución a la obra de la paz social* (discurso). ¿Puede hacer algo de incontestable, respecto a la paz social, la "Acción Popular"? ¿Con qué medios cuenta para ello? Expone la necesidad de propagar las ideas cristianosociales, de enseñar los deberes a cuantos los tienen olvidados, procurando por todos los medios que las doctrinas de Jesucristo lleguen a redimir tantos hombres como gimen aun hoy, después de tanta libertad, bajo la más grande esclavitud.—Andrés MANJÓN: *Los noveleros o modistos en Sociología y Pedagogía*.—J. M.^a OMAR Y GELPI: *El problema económico capital en los momentos actuales*. Es evidente un déficit grande en la actual pro-

ducción; las causas del mismo son varias, entre otras, la reducción de la jornada de trabajo, la falta de hombres después de la guerra, el cansancio que el pelear tantos años produjo. Es preciso reaccionar, en lo posible, contra estos fenómenos, si queremos disfrutar de algún bienestar social en lo futuro. La divisa: *Trabajar menos y ganar más* debe cambiarse por esta otra: *Producir más para vivir mejor*.—E. MADRIGAL: *La participación en los beneficios y el Derecho Natural*. Una vez pagado al obrero el *justo salario*, no le queda ningún derecho sobre los beneficios de la producción. Es evidente la conclusión si en el *justo salario* están comprendidos cuantos títulos puede tener el obrero a la retribución de su trabajo.—José M. LLOVERA: *La limitación legal del derecho de propiedad*.

Revue Biblique, 1.º de abril 1920.—R. P. L. H. VINCENT: *La Palestine dans les papyrus ptolémaïques de Gerza*. Describe y analiza la serie de papiros griegos entresacados de los "Archivos de Zenón" y publicados por M. C. Edgar en *Anales del Servicio de las Antigüedades de Egipto*.—R. P. D. BUZY: *Les symboles prophétiques d'Ezechiel*. Ezequiel es el más simbolista de los profetas, y así adquiere especial interés el estudio de la realidad e historicidad de sus símbolos. Las acciones simbólicas, consideradas por Röss como otras tantas figuras de Retórica, aparecen hoy, según Gautier, como hechos reales realizados en presencia de los espectadores, a fin de imprimirles más fuertemente el vaticinio de los sucesos futuros. El autor divide este estudio en cuatro partes, que son: 1.ª Estado del Profeta durante el período simbólico. 2.ª Forma literaria de los símbolos principales. 3.ª Visiones simbólicas. 4.ª Acciones simbólicas. Examina la teoría de Klostermann sobre el estado de "catalepsia" del Profeta y la desecha por extravagante y perfectamente infundada y contraria a los informes bíblicos.—G. BARDY: *Le texte de l'Épître aux Romains dans le commentaire d'Origène-Rufine*.—A. VASCHALDE: *Ce qui a été publié des versions coptes de la Bible*.

Revue du Clergé Français, 1.º de mayo de 1920.—F. GIRERD: *Marie, Mère des hommes, ou Marie, Mère de grâce*. Estudia el autor esta prerrogativa de María, derivándola de su maternidad divina. Pretende hallar en la Escritura fundamento positivo a su tesis. Cita las palabras de Jesús a su Madre y al discípulo amado, pronunciadas desde la Cruz: "Mujer, he ahí a tu hijo." Después al discípulo: "He ahí a tu Madre." Examina los comentarios diferentes que se han hecho de estas palabras de San Juan. Trae a este propósito algunos textos favorables de Orígenes, San Efrén, San Epifanio, San Agustín y San Pedro Crisólogo, etc., etc. Lo confirma con la autoridad de documentos pontificios de Benedicto XIV, Pío VIII y León XIII. Pone a continuación el argumento teológico, considerando a María como corredentora *ex congruo*, y trae igualmente el testimonio de la Escritura desde el *fiat* con que se hizo cargo conscientemente de esta misión divina hasta la consumación del cruento sacrificio, presenciado por Ella al pie de la Cruz; hace de víctima y sacerdote, ofreciendo su Primogénito al Eterno Padre. San Justino, San Ireneo, Tertuliano y San Hipólito consignan esta doctrina; y más tarde, Orígenes, San Gregorio Taumaturgo, San Efrén y San Agustín la aceptan, confirmándose modernamente con el testimonio de León XIII.—E. GRISSELLE: *Souvenir d'une reprise au Vatican*. Se reduce a unas notas históricas sobre la lucha diplomática entablada entre León XIII y el Canciller de Hierro, en que le obligó a reparar los daños causados al Catolicismo en Alemania por el Kulturkampf.—J. RIVIÈRE: *Chronique d'Apologétique et de Théologie*.

Revue Neo-Scholastique de Philosophie, mai 1920.—J. HALLEUX: *La leçon des événements*. Hemos olvidado el Evangelio, que es todo espíritu de paz, para dejar el puesto a una filosofía de la fuerza, cuyos frutos son de muerte. El articulista analiza el espíritu de algunos filósofos modernos, especialmente de Kant, y deduce de estas filosofías la dolorosa experiencia de estos últimos años.—P. MANSION: *De la suprême importance des Mathématiques en Cosmologie, à propos de Kant*.—P. MANDONNET: *Gilles de Lessines et son "Tractatus de Crepusculis"*.—B. MARCHAL: *De L'Effect à la Cause*.—A. PELZER: *L'édition léonine de la Somme contre les gentils*.

BIBLIOGRAFÍA

La Méthode Intuitive de M. Bergson. Essai critique. Thèse présentée à la Faculté des Lettres de Fribourg en Suisse pour obtenir le grade de Docteur, par M. T. L. PENIDO, de Petropolis (Brésil).—Paris, Librairie Alcan, 1918.

La Universidad Católica de Friburgo (Suiza) goza ya de bien merecido renombre por las tesis doctorales de sus alumnos. Temas de gran interés histórico o de palpitante actualidad, vasta y escogida erudición, trabajo macizo y personal, desarrollo integral de la cuestión, criterio tan sólido como amplio, han sido las cualidades de la mayoría de las tesis hasta ahora publicadas por los graduandos de la Universidad friburgense. Más bien que primicias de inteligencias juveniles parecen frutos sazonados de profesores encanecidos en el estudio o en la enseñanza.

Entre esas tesis merece puesto de honor la recientemente publicada por el joven brasileño señor M. Penido, quien desde hace años viene formando su poderosa inteligencia en la Facultad de Filosofía y Letras de Friburgo, bajo la dirección particular e íntima del renombrado dominico belga P. de Munnynck.

Como introducción a su tesis nos da el señor Penido una bibliografía completa, tanto de los escritos de Bergson como de sus principales expositores o impugnadores. Nada falta allí. Libros, folletos, conferencias, artículos de revista, cuanto Bergson ha escrito o a Bergson se refiere, todo está consignado como fuentes adonde puede acudir el deseoso de estudiar a fondo el pro y el contra de esa llamada "filosofía nueva".

La división de la tesis no puede ser mejor proporcionada. Tiene dos partes de casi igual extensión, de unas cien páginas la primera y de ciento veinte la segunda. En la primera trata el señor Penido de la "Exposición del intuicionismo bergsonian"; la segunda lleva por título: "Crítica del intuicionismo bergsonian".

La primera abarca cinco capítulos: 1.º Metafísica y método, 2.º La dialéctica de la alegría, 3.º La intuición externa, 4.º Intuición e inteligencia, 5.º Los descubrimientos de la intuición.—La segunda comprende otros cinco capítulos: 1.º Psicología de la intuición, 2.º La intuición y el No-Yo, 3.º Intuición y Metafísica objetiva, 4.º El antiintelectualismo, 5.º Conclusión.

Por clara y convincente que sea la crítica que del sistema de Bergson hace el autor en la segunda parte, nos parece que es aún de mucho más mérito la parte primera, dedicada a exponer y hacer inteligible al común de los mortales esa filosofía, tan opuesta a las nociones corrientes del sentido común y tan evaporada entre nubes de poéticas metáforas, que ha podido decir de ella uno de sus más fervientes admiradores, monsieur Gilouin, que era "un coto cerrado a los profanos".

El señor Penido, con su lógica y transparente exposición de la génesis y de los más recónditos repliegues del sistema de Bergson, ha logrado hacerlo acce-

sible a todas las inteligencias, aun a las de ordinaria cultura filosófica. Ni en Gillouin, ni en Grandjean, ni en Farges, ni en Maritain, ni en Benda, ni en Höffding, ni en tantos ilustres defensores o impugnadores de Bergson, es fácil encontrar tan claramente expuestos y tan bien condensados, en un número de páginas relativamente corto, los puntos cardinales y el encadenamiento lógico de la "filosofía nueva" de la intuición.

Con justicia mereció esta tesis la nota mayor que la Universidad friburgense puede adjudicar: *Summa cum laude*; y la edición quedó agotada en pocos meses.

Nuestra más cordial enhorabuena a su autor, que tan alto ha logrado colocar en Friburgo el nombre de una nación iberoamericana, de su amada patria el Brasil.

Fr. F. M. S.

Rosmini nell' "Ultima Critica" di Ausonio Franchi. Studio storico-critico per Sac. Giuseppe Bozzetti, dell'Istituto della Carità.—Firenze, Tipografia de G. Giannini, 1918. Un vol. de 179 págs.

Conocidas son las turbulencias filosóficas y políticas italianas del pasado siglo, en las cuales eficazmente intervino el sabio y piadoso Rosmini; nada extraño, por consiguiente, que tuviese amigos y enemigos apasionados por una y otra parte. La lucha comenzó por los años de 1840, tomando mayor incremento con motivo de la unidad italiana del 1870. Parece ser que la animosidad contra Rosmini tuvo un origen político, que después, andando el tiempo, se convirtió en oposición filosófica, a la cual daban motivo sus innovaciones en el campo de la especulación. Entre los que con mayor impetuosidad combatieron a Rosmini se cuenta Ausonio Franchi en su famosa obra *Ultima Critica*, que contiene la retractación e impugnación de las doctrinas malsanas profesadas durante su apostasía del catolicismo.

Según Franchi, Rosmini es un liberal en el orden político; y en el filosófico, su doctrina del *Ente ideal e inicial* es insostenible, siendo, además, diametralmente opuesta a la de Santo Tomás. Posteriormente, infinidad de escritores se han hecho portavoces de estas críticas, y hasta en el púlpito de una de las más insignes Catedrales de Italia se han repetido recientemente por un ilustre Prelado, apoyándose en la autoridad del apóstata convertido, a quien apellida "*gran filósofo*". Además, según este orador sagrado, Rosmini era un hombre muy pagado de sus ideas y doctrinas y de sí mismo, lo cual le llevó miserablemente a la ruina.

El Preposición general de los rosminianos (Instituto de la Caridad), que se hallaba presente en aquella alocución, se sintió vivamente herido y exhortó a un miembro del Instituto, que es el autor de este opúsculo, a salir a la defensa de su fundador. De cuatro capítulos consta su trabajo: en el *primero* trata de la cuestión rosminiana *históricamente*, y a la verdad que hace ver palpablemente la ignorancia crasa de Franchi en el asunto; los hechos y las fechas de la verdadera historia y de la seudohistoria de la *Ultima Critica*, puestos a dos columnas, dicen más que volúmenes enteros (págs. 11-41); en el *segundo* trata de la cuestión *política* (Rosmini y el liberalismo, págs. 51-115); en el *tercero* toca la cuestión *filosófica* entre la *Ultima Critica* y el *Rosminianismo en cuanto a su principio fundamental* (págs. 115-136), y, finalmente, termina en el *cuarto* con la *Ultima Critica y las relaciones entre las doctrinas de Rosmini y las de Santo Tomás* (páginas 137-176).

El temperamento exaltado de Ausonio Franchi le hizo exagerar sus críticas contra todo lo que sonaba a liberalismo, antes profesado por él en su apostasía *ex toto corde*, y sus juicios sobre la filosofía rosminiana dejan bastante que desear. Lo que pasa es que su estilo vivaz y su ingenio arrastran fácilmente a los que no tienen bastante calma filosófica. Pero, por otra parte, la defensa filosófica de Bozzetti no peca de menos apasionamiento. ¿Quién duda de que Rosmini era un hombre muy piadoso y pacato y de que Franchi era un temperamento apasionado? Una exageración no debe corregirse con otra, y menos descender a tantas personalidades. Rosmini, como hombre y como católico, no necesita de-

fensa, para quien sepa un poco de su vida; pero no puede decirse lo mismo si se le considera como *filósofo*, y no deja de extrañar que todavía los rosminianos pretendan en serio defender la doctrina de su fundador como muy conforme con Santo Tomás y con la ortodoxia. Rosmini era, sin duda, un ontologista, aunque bastante moderado; su intención de armonizar la Filosofía con el dogma católico fué rectísima; pero en su realización se engañó, porque la filosofía que él quiso armonizar es *inarmozizable* con las enseñanzas de la fe. No todo lo que se dice contra Rosmini es fruto de apasionamiento, so pena de que se diga que el mismo Santo Oficio, condenando en 14 de diciembre de 1887 cuarenta proposiciones rosminianas, después de tantas discusiones en tiempo de Pío IX, perdió la serenidad y se dejó llevar de la pasión; sabida es, además, la parte personal que en esa condenación tuvo León XIII, que no era un *quidam* en el campo filosófico-teológico. Inútilmente se esfuerza el autor por concordar a Rosmini con Santo Tomás, pues Santo Tomás dice que el ente es *análogo*, mientras que Rosmini asegura que es *unívoco*. El autor piensa resolver la oposición aparente diciendo que Santo Tomás entiende la analogía en cuanto a la *esencia* y Rosmini en cuanto a la *existencia*; pero esta evasiva nada vale, porque, si bien la esencia es distinta realmente de la existencia según Santo Tomás, la existencia es, sin embargo, *proporcional* a la esencia, como *acto* suyo que es, resultando que la razón de ente es análoga a la esencia y a la existencia y que, por lo mismo que el ente como esencia es análogo, lo es también como existencia. No hay que darle vueltas: de la concepción ontológica rosminiana al panteísmo no hay más que un paso, que no lo dió Rosmini por una feliz inconsecuencia debida a su gran sentido católico; por eso se salvan las intenciones del autor, pero no sus doctrinas. Insistir en defender a Rosmini en el terreno filosófico es echar a perder su causa, principalmente después de lo ocurrido desde el famoso decreto de 1887.

FR. SANTIAGO M.^a RAMÍREZ, O. P.

Analecta Montserratensia. Vol. II, 1908. En 4.º, 494 págs.—Monasterio de Montserrat, 1919.

Nuestros lectores conocen ya el volumen primero de esta publicación, del cual se dió cuenta oportunamente. Este segundo contiene un trabajo acabadísimo acerca de la imprenta en aquel célebre Monasterio. Va firmado por el padre Anselmo María Albarado y consta de siete capítulos, cuyo contenido indicaremos brevemente: Proemio: Protección que prestaron los benedictinos desde su origen a las artes del libro (bibliotecas, copistas, calígrafos, miniaturistas y xilógrafos): 1.º, fuentes para el estudio de la imprenta de Montserrat (la principal y casi única son los datos que trae Méndez en su *Tipografía española* suministrados por el benedictino Ribas; 2.º, causas que motivaron el establecimiento de la imprenta en Montserrat (la verdadera causa fué la presencia del abad Cisneros en aquel Monasterio); 3.º, Contratos del Monasterio con el maestro Luschner (sólo se han conservado fragmentariamente en Méndez: Luschner imprimió en Montserrat en 1499 y en 1500); 4.º y 5.º, impresiones y funcionamiento de la imprenta (además de Luschner imprimió también Rosembach de 1518 a 1525 ó 1526); 6.º y 7.º, Incunables montserratinos e impresos del siglo XVI (se describen diez y siete de los primeros y trece de los segundos, reproduciendo algunas portadas). A estos capítulos sigue un artículo de don Fernando Bruner Prieto acerca del *Missale benedictinum* (Montserrat, 1599), hallado por él en Chile, único ejemplar conocido.

La mayor parte de estos impresos eran libros litúrgicos de la Orden benedictina. El padre Suñol hace un estudio minucioso del Calendario, Oficio Divino, Misal, Ceremonias, Canto y Directorio de horas canónicas según el contenido de esos monumentos tipográficos.

Por último debemos advertir que la obra está impresa con toda magnificencia en el mismo Monasterio de Montserrat, donde últimamente se ha establecido una imprenta.

El libro de cómo se hacen todas las cosas, por C. CABAL. En 8.º, 340 págs. Madrid, López del Horno, 1919.

Es un libro de literatura amena escrito por una de las primeras plumas que colaboran en el *Diario de la Marina* de Cuba.

Trata de todo dando gran atractivo a la narración anecdótica que predomina en estas intervius con los prohombres de las distintas manifestaciones del arte. El interés que despiertan los títulos de cada capítulo se sostiene con habilidad hasta el fin mediante un estilo festivo y movido. No puede uno resistirse a la tentación de leer al tropezar con epígrafes como éstos: *De cómo se pinta un cuadro*, *De cómo se dirige una orquesta*, *De cómo se da una verónica*, *De cómo se comenta un libro*, *De cómo se busca un romance*, etc., y después de haberlos leído queda uno convencido de que esa narración, corroborada con hechos y con autoridades buenas o malas, burla burlando enseña más para la vida práctica que la lectura y meditación sería de los principios que deben regir las actividades humanas.

Cartas a un amigo seminarista, por L. ARAVIO TORRE. En 8.º, 97 págs.—Vitoria, Impr. del Montepío Diocesano, 1919.

Hermano del anterior por el estilo y forma, aunque no por el contenido puede llamarse este libro. Trata temas de formación, moral e intelectual en orden al sacerdocio. El seminarista aludido está en vacaciones y sin someterse a la disciplina del Seminario, quiere con todo, aprovechar el tiempo alimentando su espíritu con lecturas y observaciones que completen las materias de curso. El autor es un excelente redactor de epístolas. Promete una segunda serie y puede creer que cuantos hayan leído la primera están esperando la publicación de esa segunda.

A los religiosos jóvenes, *Esto Fidelis*, por el padre J. DELBREL, S. J. En 8.º, XVI-146 págs.—Madrid, Bruno del Amo (Toledo, 72), 1920.

El contenido principal de este libro se ordena a sostener en su vocación a los religiosos que se encuentran vacilantes en ella. Y es claro que los razonamientos del autor en su mayoría tienen también aplicación a las religiosas. Además se consignan en él las disposiciones canónicas y trámites que se ha de seguir para la secularización y dispensa de votos. Es obra que hará mucho bien en los novicios y religiosos jóvenes para disipar en ellos ciertas sugerencias malignas que ponen en peligro su vocación.

Amarás al Señor, por M. BARGUÑO Y MORGADES. En 16.º, x" (-778 págs.—**Amarás a tu prójimo**, por el mismo. En 16.º, 800 págs.—**Diario del cristiano**, por el mismo. En 16.º, XII-800, págs.—Barcelona, Subirana.

Los dos primeros volúmenes son una exposición doctrinal completa del precepto de la caridad según los testimonios de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los escritores ascéticos y místicos. Su lectura, al mismo tiempo que instruye, mueve el corazón y convence el ánimo imbuyéndolo del verdadero sentimiento cristiano que se refleja en esos testimonios selectos.

Lejos de imitar la tendencia, hoy tan frecuente, del devocionario sentimental y huero, de contenido macizo, estos libros, que quieren ser también devocionarios por la forma en que están presentados, desentrañan el significado de las virtudes cristianas en que deben educarse las almas para que tengan algo más que un barniz de piedad.

El *Diario del cristiano* tira más a devocionario, aunque su contenido es eminentemente litúrgico, como son las Misas de las principales festividades y el Salterio, más una serie de lecturas para cada día del mes tomados de la *Imitación de Cristo*. Todavía hubiera ganado sustituyendo algunas *novenucas* por lecturas o materias relativas a la Pasión y a la Eucaristía.

FR. V. B. DE H.

Il B. Isnardo de Vicenza, O. P., e il suo apostolato in Pavia nel secolo XIII, por Rodolfo MAIACCHI.—Foligno, G. Campi, 1920.

Ofrecer al público una vida bien hecha de un Santo es tarea más difícil de lo que parece. No basta literatura ni erudición. Hay vidas de santos escritas por literatos y por eruditos, las cuales podrán contentar la fantasía y satisfacer la curiosidad, pero que dejan el espíritu frío, y las vidas de los santos son principalmente para quitar el frío espiritual de nuestras almas.

Esta vida del B. Isnardo, cuya primera edición data de 1910, es una vida muy bien hecha, porque el autor no se limita a narrar hechos sino que éstos nos los da envueltos en un ambiente de sencillez y piedad que nos dejan divinamente confortados. Así lo reconocía el reverendísimo padre Jacinto María Cornier en carta que dirigió al autor al publicar la primera edición: *Vous n'êtes pas seulement le narrateur des gestes du B. Isnard, mais...*

En nueve capítulos se hallan admirablemente organizados los datos que el autor pudo recoger sobre los estudios, apostoliado, muerte y prodigios del B. Isnardo.

Esta es una obra, como dice el reverendísimo Cornier, escrita con verdadero amor: *Triple amour, de l'Eglise, de la Famille Dominicaine et de la Patrie.*

El capítulo II contiene una de las más bellas descripciones sobre la forma en que se vivía en un convento dominicano en los principios de la Orden: "Un convento domenicano, nel periodo delle origini dell'Ordine, e una delle più soavi ed incantevoli visioni, che allietano lo spirito cristiano..."

Librito de Misa, dedicado a los niños piadosos, por Gustavo MEY.—Friburgo de Brisgovia (Alemania). B. Herder, librero-editor pontificio.

Aunque el presente librito va dedicado a los niños piadosos, es muy recomendable también para personas mayores por el contenido. Trae dos maneras de oír Misa con fruto. Sigue una serie de oraciones piadosísimas y termina con cánticos sagrados y oraciones rimadas.

La presentación no puede menos de ser simpática a los niños: el color de la pasta y la variedad de grabados (cuarenta y tres), alguno de ellos en colores, todo está muy en armonía con las aficiones infantiles.

FR. E. V.

Marie Antoniette et l'Agonie de la Royauté, par Imbert DE SAINT AMAND. En 8.º, 364 págs.—Paris, P. Lethielleux.

Mucho es lo que se ha escrito sobre la Revolución francesa; hace algunos años producía cierto hastío el montón de literatura comentarista de la Revolución; las cosas hoy han cambiado no poco. Las páginas que nos reproducen aquellos luctuosos días que precedieron a la proclamación de la República en Francia se leen hoy con gusto, sin duda porque un tanto proféticamente nos hacen columbrar el estado actual de nuestra sociedad y los misteriosos días que tal vez se aproximan.

Comienza el libro de monsieur Imbert exponiendo el estado de ánimo del pueblo francés por los años de 1792, y es de admirar la belleza con que pinta los templos convertidos en parlamentos populares, los cafés animadísimos con las controversias revolucionarias, y los periódicos, mitinistas y oradores respirando todos el mismo aliento de inquietud revolucionaria.

Personas de imaginación brillante y de grandes artimañas, como madame Roland, influyen en la marcha de los negocios públicos, y Gobiernos débiles y desprestigiados se suceden cuando la falta de fortaleza y de prudencia más se sienten en todas partes. Relájase la disciplina del ejército, y mientras en poquísimas partes de la nación es alabada la conducta de algún héroe que se opone a

intentos de insurrección, son muchísimas en las que este mismo hecho se detesta como un nuevo impedimento para el *reinado de la libertad*. El ambiente se va cubriendo de tristeza y todo ayuda al presagio de la tormenta que se avecina.

El Rey va cediendo a las exigencias de los enemigos, y se arrepiente más tarde, cuando el remedio ya no es posible. Cae luego en mortal abatimiento, y esto hace que el pueblo le tome por un imbécil. La revolución invade los corazones de todos y ya no se ven más que llamaradas acá y acullá de la gran hoguera que arde en todas las plazas y rincones de Francia. Las envidias de los gobernantes son tantas y las dificultades de gobernar son tales, que los hombres honrados se retiran de los negocios públicos para ver cómo se hunde una nación poderosa.

Todos estos puntos y otros que nosotros ahora no podemos ni siquiera indicar se van con gran delicadeza exponiendo a lo largo de las páginas de este libro, interesando sobremedida al lector, que ve en muchísimas cosas un retrato fiel de lo que está pasando por la sociedad de nuestros días.

La obra de monsieur Imbert está escrita con delicadísimo sentimiento; de tal modo, que el lector recorre sus páginas sin saber qué admirar más, si la grandeza de los hechos o el arte del narrador.

Liber Geneseos textum hebraicum emendavit, latinum vulgatum addidit Godofredus HOBERG, Phil. ac Th. Doctor, Prof. P. O. in Universitate Friburgensi in Brigs. Edit. altera. Apud B. Herder.

Es un pequeño libro de bolsillo que contiene a dos caras el texto latino y el hebreo y constituye, ante todo, una preciosidad tipográfica. Es, además, una obra de ciencia crítica por lo que toca a la edición del texto hebreo, corregida en muchas cosas, ya sea según las autoridades de las versiones, ya según otras razones críticas, con lo que se tiene un texto más correcto y más claro. En notas indica siempre la lección común del hebreo y las fuentes de corrección, para que cada uno pueda juzgar y preferir una u otra. El libro será de grande utilidad, así a los alumnos que estudian la lengua hebrea como a los profesores que quieren explicar el texto sagrado.

FR. A. C.

Crítica efímera (*Divertimientos filológicos*), por Julio CASARES. En 8.º, 318 páginas.—Madrid, Calleja, 1918.

Con muy buen acuerdo ha coleccionado don Julio Casares en este libro los artículos que tenía publicados en la Prensa diaria para salvarlos del olvido en que suele caer lo que se estampa en las columnas del periódico. Como lo confiesa el prologuista, R. Menéndez Pidal, tienen estos artículos, "además del mérito de la vulgarización de rectos principios, el valor de gran número de observaciones originales relativas al léxico, a la Gramática y a la interpretación de textos". Acostumbrados como estamos a tropezar con etimologistas improvisados y un tanto pintorescos, queda uno algo sorprendido al leer estos artículos del señor Casares, tan saturados de ciencia filológica como de buen sentido. Muchos son los errores que en ellos desvanece y los idolillos que deja maltrechos con su argumentación, sólidamente documentada en el tesoro de nuestros clásicos, y con su clara percepción para inferir por tenues vestigios que aún quedan la evolución y genealogía de las palabras. Lo bien acreditada que queda en este libro su habilidad para definir magistralmente acerca de modismos, anfibologías, neologismos y otras menudencias gramaticales discutidas a diario, hacen desear que aparezcan nuevas producciones suyas que contribuyan a limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua castellana.

Apuntes biobibliográficos de Mosén Francisco del Vayo y Monzón, por don José María PÉREZ y MARTÍN. En 4.º, III págs.—Valencia, Escuelas Profesionales Salesianas, 1918.

Nació Mosén Vayo probablemente en Jérica, hacia 1518. Siguió la carrera eclesiástica y obtuvo la dignidad de racionero en su propia parroquia. Según se desprende de algunos informes acerca de sus méritos y calidades para obtener prebendas, fué persona virtuosa, docta y muy suficiente para regir los cargos que se le encomendaron. Gozó de gran prestigio en su villa natal y en la Curia civil y eclesiástica, como lo demuestran su intervención en asuntos de administración y competencia en defensa de los intereses de su iglesia. Su muerte tuvo lugar el 8 de marzo de 1593. Publicó unas *Linguae latinae grammaticae institutiones* y, además, dejó inédita la *Historia de la Leal, Real y Coronada Villa de Xérica*. Fué también muy versado en Arqueología y Paleografía.

Merece anotarse entre los recuerdos que de él quedan aún el terno de terciopelo con imaginería que legó a su iglesia.

Estos y otros muchos datos acerca de su biografiado nos ofrece el diligente investigador don José María Pérez, que conoce cual ninguno el Archivo parroquial jericano y ha puesto un empeño extraordinario en esclarecer la historia de los personajes más conspicuos que de Jérica han salido. Si cada población de alguna importancia contase con un historiador local tan laborioso, pronto quedaría reconstruida la historia nacional. Pero esas biografías o historias locales deben presentarse en otra forma, siguiendo como línea directriz el desarrollo natural de los hechos, reservando únicamente los más salientes para exponerlos en capítulos especiales. Se exige también alguna mayor concisión para no hacer enfadosa la lectura y dar relieve al contenido substancial del libro.

FR. V. B. DE H.

Obras pastorales del ilustrísimo señor doctor don Pablo Padilla y Bárcena, obispo de Tucumán (República Argentina). Segunda edición. Dos tomos en 8.º, xx y 1.138 págs.—Editorial casa de B. Herder, en Friburgo de Brisgovia (Alemania).

Colección hermosa de las pastorales que el sabio Prelado de Tucumán dirigió a los fieles de su diócesis, más una serie de artículos, cartas, etc., que forman un monumento admirable. En sus páginas se hallan las ternuras paternales de un padre celoso por la santificación de sus hijos y a la vez las enseñanzas sólidas del Cristianismo aplicadas a la vida de las sociedades modernas, el remedio de tantos males como ha traído al mundo el desarrollo de la vida material con olvido doloroso de la espiritual. Es digno de notarse la importancia que el sabio Prelado da a la familia, como célula del organismo social, y que trata de regenerar por el amor cristiano que produce el Sacramento, afirmando el vínculo y robusteciendo los deberes respecto de los hijos. De ella se ocupa repetidas veces el Obispo de Tucumán con el celo de un santo y con las competencias de un sabio. Creemos que estas obras deben figurar en la biblioteca de todo sacerdote, porque en ellas verá trazados magistralmente los derroteros por donde deben marchar las almas, facilitando, por consiguiente, la sana dirección.

El culto de María, por el excelentísimo señor don Antolín LÓPEZ PELÁEZ, arzobispo de Tarragona.—Luis Gili, Clarís, 82, Barcelona.

Sólo diremos que este volumen se compone de quince sermones dedicados a la Santísima Virgen con diversas advocaciones, en donde la pluma del llorado Arzobispo de Tarragona derrama sus cariños hacia la Reina de los Cielos y de la tierra. A ratos poeta, siempre fervoroso, fluye la palabra como una cascada que jamás se agota.

Historia de la Santísima Virgen María, con explicaciones y reflexiones cristianas, por el ilustrísimo señor don fray Toribio MINGUELLA y ARNEO, de la Orden de Agustinos Recoletos, obispo titular de Basilinópolis.—Hijos de Gregorio del Amo, Madrid.

En el título de la obra está su contenido: la historia de la Santísima Madre de Dios, contemplada a través de las páginas del Evangelio, siguiendo sus pasos con unción y ternura cristianas e ilustrando los relatos bíblicos con observaciones y consideraciones de piedad.

Nuevos apuntes para el estudio y la organización en España de las Instituciones de Beneficencia y Previsión. Trabajos de la Dirección General de Administración. En folio, 315 págs. Madrid, Rivadeneyra, 1912-1918.

Cuanto hasta ahora trataban de hacer algo serio en asuntos sociales de España tropezaban siempre con la falta de datos estadísticos que concretaran y confirmaran las afirmaciones del que escribía. Se habla, por ejemplo, de la sindicación obrera, y nadie sabe a punto fijo el cuánto y el cómo de los sindicados; si se trata de nuestra producción sucede lo mismo y sucedía también, hasta hace poco, a todo el que hablaba de la Beneficencia en España. Veíamos por todas partes pulular asilos, sanatorios, orfanotrofios, hospitales, escuelas, etc.; pero ignorábamos cuántos eran, dónde estaban y, sobre todo, cómo eran administrados. Hoy, gracias a la Dirección General de Administración, que publicó el pasado año una estadística completa sobre la Beneficencia y Previsión en España, poseemos valiosísimos datos que nos permiten formar un juicio seguro respecto a estos asuntos.

Después de una breve, pero clara introducción sobre cada una de las tres partes generales de que consta la obra, ordenadamente va apuntando en cifras y fechas la beneficencia general, su actual desenvolvimiento; beneficencia provincial, centros benéficos de cada provincia, sanatorios antituberculosos, instituciones de los extranjeros en España y viceversa, siguiendo luego un sumario muy completo del número, calidad, fines, historia y vida económica de los referidos centros.

La obra presente la juzgamos de gran utilidad, ya que por ella podemos conocer con bastante exactitud, además de los datos indicados, el total de ingresos y gastos de la Beneficencia en España, la esplendidez de cada provincia y las necesidades socorridas por la caridad y humanitarismo de nuestros compatriotas.

¡Ojalá que los centros directivos y gubernamentales activen la labor cada día más en esta dirección, pues es sentir común que mientras esto no se haga las leyes sociales que tanto se prodigan seguirán siendo, en muchos casos, de escasa eficacia.

La Biblia y el Rosario, por doña Soledad ARROYO, terciaria dominica. En 4.º, 206 págs.—Madrid, 1919.

Fruto de largas meditaciones es, sin duda, la obra de doña Soledad que presente tenemos. Más de mil quinientos textos de la Sagrada Escritura lleva intercalados; comparados con los misterios del Rosario, dan una base firme para asentar todas las virtudes que deben adornar al verdadero cristiano. Los fieles que deseen ahondar en el conocimiento de la gran devoción mariana, y los predicadores que quieran distribuir al pueblo las admirables enseñanzas de los misterios del Rosario, estudien la presente obrita, que no serán, a buen seguro, defraudadas sus esperanzas.

T. S. PERANCHO.